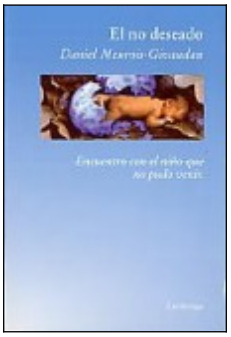
EL NO DESEADO



Encuentro con el niño que no pudo venir

DANIEL MEUROIS-GUIVAUDAN

Traducción: Berta Sanz Cuñat

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN

Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo

Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu

El no deseado: encuentro con el niño que no pudo venir
Daniel Meurois-Guivaudan.
Digitalizador: José Manuel (España)
L-05 – 20/12/03

NOTA DE CONTRAPORTADA

EL NO DESEADO
Encuentro con un hijo que no pudo llegar

A continuación del inmenso éxito de su obra "Los nueve peldaños", Daniel Meurois-Givaudan se inclina, una vez más, sobre los mecanismos sutiles del nacimiento y de la vida.
Si bien a través de "Los nueve peldaños" se descubrió, hace algunos años, el camino seguido por una alma en su proceso de reencarnación, se ignoraba todavía lo vivido por un ser que no logra llegar a este mundo.
Con términos simples y precisos, es todo el problema del aborto provocado, del aborto accidental, de las muertes prematuras y de las malformaciones el que se aborda en esta obra.
Usando el método de trabajo que le es propio, el autor se esfuerza por ir al encuentro de ciertas almas frente a las cuales, por razones diversas, unos cuerpos maternales se cerraron o no pudieron abrirse.
¿Cómo dichas almas "no deseadas" vivieron y comprendieron el rechazo? ¿Tiene sentido su sufrimiento? Por último, a un lado y otro de la cortina de vida, ¿cómo reconstruirse entonces y luego construir ?
Explicativo, quitando culpas a la vez que imponiendo responsabilidades, "El no deseado" tiene el mérito de abordar -de una manera totalmente nueva y con amor- unas de las pruebas más íntimas que golpean hoy en día a un número creciente de mujeres y de parejas.
A través de abundantes detalles y reflexiones, Daniel Meurois-Givaudan nos entrega ahí, una vez más, una cantidad de informaciones sin precedente.
Una guía apaciguadora para mejor superar unas heridas minimizadas, ocultadas y, demasiadas veces, negadas.

ÍNDICE

PREPARAR EL CORAZON
UNA MAÑANA COMO OTRA CUALQUIERA
I. ENTRE DOS MUNDOS
II. LO QUE DURA UN SUEÑO
III. JUNTO A UN ALMA-RAÍZ
IV. HERIDAS Y CONFESIONES
V. LAS CATACUMBAS DEL ALMA
VI. RAZONES PARA NO NACER
VII. EL DON DE LA PAZ
PREGUNTAS Y RESPUESTAS
UN MÉTODO SENCILLO PARA LAS CITAS DEL ALMA

A todos aquellos que no pudieron,
a los que no supieron...

PREPARAR EL CORAZON

Sí, preparar el corazón... Éstas son las primeras palabras que han salido espontáneamente de mi pluma al iniciar el preámbulo de esta obra. ¿Cómo abordar de otro modo un testimonio como el que se presenta aquí?

Dar cuenta de las vivencias íntimas de los seres que sufren lo que se denomina púdicamente una interrupción voluntaria del embarazo, hablar de los interrogantes que suscitan los abortos y las malformaciones congénitas es, sin duda, entrar por un camino difícil.

De hecho, durante todo el tiempo que ha durado la redacción de las doscientas páginas de *El no deseado,* he tenido la sensación de estar haciendo equilibrios en la cuerda floja sobre el vacío; o dicho de otro modo, y sin que parezca un juego de palabras de mal gusto, de avanzar pisando huevos. Es posible que los temas tratados en este libro, de carácter íntimo, abran heridas muy profundas en algunos lectores y les causen un dolor desgarrador.

Si me he lanzado a ello a pesar de todo es porque me parece evidente que no se consigue curar una herida o mitigar un sufrimiento desviando sin más la mirada. No. una llaga, una aflicción se cicatriza, se cura, se supera cuando uno se atreve a afrontarla, cuando no la niega, cuando no la teme. El olvido no cura las heridas, desde luego, y los lamentos o la pena que puedan inspirar, tampoco; en cambio pueden curarse mediante la comprensión y el aprendizaje de la comprensión.

Para que este testimonio fuera factible era indispensable, por supuesto, que me tendieran una mano *desde lo alto*. Era preciso que hubiera algún ser dispuesto a colaborar, es decir, que quisiera aceptarme como espectador respetuoso de su fuerza y su debilidad a lo largo de toda su experiencia de rechazo. Tenía que tratarse, además, de un alma madura, mucho más lúcida que la mayoría, que estuviera dispuesta a confiarme su vida íntima y me invitara a seguirla ofreciéndose ella misma como hilo conductor.

Se presentó con el nombre de Florence. He estado con ella, fuera de mi cuerpo, entre un mundo y otro, y he seguido el mismo riguroso método de trabajo que hace unos años con Rebecca, la niña de *Los nueve peldaños* (Luciérnaga, 1992).

Nuestra complicidad, en un recorrido no siempre fácil, ha durado algo menos de seis meses. El tiempo que ella ha necesitado para florecer de nuevo, y también el que yo he necesitado para encontrar palabras apropiadas.

Porque, como sin duda observarán ustedes, y como hago siempre, me he esmerado en transcribir con la mayor fidelidad posible todo aquello de lo que he sido testigo atento y que aparece relatado en las páginas siguientes. No pretendo que sea una obra literaria. He querido, sobre todo, que fueran palabras sencillas y lo más directas posibles, tal como han ido saliendo del corazón que las pronunciaba.

No obstante, que nadie se llame a engaño, porque, bajo la aparente sencillez, con frecuencia se esconden verdades muy profundas. Verdades cuya comprensión requiere a veces cierta gimnasia interior y un horizonte sin límites.

Hablar de la problemática de los abortos, de la amargura que generan, de los interrogantes tan dolorosos que surgen en torno a los nacimientos difíciles requiere autenticidad, precisión, concreción y, evidentemente, una gran dosis de amor. Ésos son los instrumentos con los que he trabajado.

Desde mi punto de vista, la precisión y el sentido de lo concreto no son en absoluto incompatibles con las ideas metafísicas. Ideas que, por otra parte, no era razonable evitar, en particular en su aspecto a veces desestabilizador, si quería ofrecer una visión de las cosas que saliera del tradicional contexto médico, social, psicológico, religioso o simplemente, moral.

He tratado de captar la vida lo más cerca posible de su esencia, en esos mundos cuya existencia se niega oficialmente pero en los que se distribuyen las verdaderas cartas, con su cómo y su porqué.

Por último, debo agradecer a Florence muy especialmente la sencillez, naturalidad y valentía con las que me ha confiado sus sentimientos. Si tengo la esperanza de haber realizado una obra innovadora y oportuna con *El no deseado,* es sin duda gracia a ella y a su coraje.

Sé que ahora su alma se une a la mía a fin de que se abran a la vida nuevas ventanas de comprensión, de respeto y de ternura.

UNA MAÑANA COMO OTRA CUALQUIERA

Una mañana de noviembre, en algún lugar de una ciudad del sur de Francia. El cielo es de un azul descolorido y el aire frío parece anestesiar a los pocos transeúntes que caminan con dificultad por las aceras. Hace solo un momento aún había una ligera niebla y apenas se veía el otro extremo de la zona de aparcamiento del hospital.

Yo estoy aquí esperando. O, para ser sincero, en realidad no espero, no. Quiero decir, no en mi cuerpo de carne. El que se ha situado aquí es el de mi consciencia, el de mi alma podríamos decir; estoy en una esquina de la calle, cerca de un letrero luminoso rojo y blanco que dice: Urgencias.

Sin embargo, no hay ninguna urgencia, ningún herido que yo conozca hasta el punto de haberme atraído hasta aquí. No, ningún herido. Al menos en apariencia.

Sólo sé que dentro de un momento, un hombre y una mujer empujarán la gran puerta de cristal del hospital, bajarán los pocos escalones de cemento de la escalinata y se irán hacia un coche cívicamente alienado junto a los demás. Será una pareja joven, de poco más de veinte años.

En realidad ignoro casi todo lo relacionado con ellos. He sabido que los dos son estudiantes: él estudia una disciplina de la rama científica; ella, psicología. Hace poco menos de un año que se conocen. Sé también que se conocieron en una fiesta en casa de una amiga común. Era el día de Reyes. Él sacó la sorpresa del roscón, le pusieron en la cabeza la corona de cartón dorado, y tuvo que elegir una reina.

Eso fue lo que pasó. Comenzó así, como miles de historias de amor de todo el mundo. Una historia a la vez sencilla y hermosa. Se amaron enseguida. Una sonrisa, una mirada... y su vida partió a doscientos por hora en una misma dirección.

¿Qué más sé? Pues... ¡poca cosa! Sencillamente, que hicieron como muchos, que tuvieron miedo de los que les ocurría y que, de mutuo acuerdo, prefirieron no comprometerse demasiado y continuar viviendo cada uno por su lado: él, en la habitación del campus universitario, y ella, en el pequeño apartamento amueblado que sus padres le había alquilado para todo el año.

¿Por qué entonces estoy todavía aquí, esperándolos? Porque, al final, su pasión pudo más que su prudencia de enamorados *razonables*. Emilia – así se llama ella – quedó encinta hace dos meses. No era su primer amor, podía haberlo previsto, pero...

Tras el impacto de la noticia y cierta incredulidad, se apoderó de ella el pánico. ¿Era seguro? ¿Qué había que hacer?

Después de esperar mucho tiempo en la consulta del médico, después de la confirmación del diagnóstico, después de dos semanas de muchas dudas, tomó la decisión. Pierre, su *amigo*, estaba totalmente de acuerdo. No seguirían adelante con *él*.

Sí, por eso es por lo que estoy aquí esta mañana esperándolos a la salida del hospital. No para husmear en los secretos de su intimidad, desde luego, sino para alzar con pudor y respeto una esquinita del gran velo de la Vida, de esa Vida misteriosa, con mayúscula, que nos desborda en muchos aspectos.

Mientas espero estoy pensando en lo delicado de la tarea que se me ha confiado, en lo inhabitual que resulta posa la mirada al otro lado de la gran escena de nuestra existencia, allí donde en realidad se distribuyen los papeles.

Ahí están. Acaban de empujar la gran puerta de cristal en la que se refleja un tímido rayo de sol. Primero aparece Emilia, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta azul marino; Pierre surge de la sombra detrás de ella, con aire un poco ausente.

- Deja que me apoye en ti.
- ¿Te encuentras mal?
- No, pero deja que me apoye.

Sus voces me llegan desde dentro. Tratan de ser firmes y fuertes. Voy a dejar mis reflexiones para otro momento a fin de grabarlo todo mejor en la memoria.

Emilia trata de apoyarse en el hombro de su compañero, pero éste se comporta con torpeza. Se le cae el libro que lleva en la mano y acaba yendo detrás de ella, que apresura el paso hacia el coche.

- Conduce tú.

Pierre no sabe que hacer. Farfulla vagamente unas palabras que no consigo captar. A decir verdad, él parece mucho más frágil que ella, con esos vaqueros demasiado anchos y sus grandes zapatillas de deporte. Ella está ya en el coche, mientras él recoge el libro que se le ha caído de las manos por segunda vez. Por fin se pone al volante.

- ¿De verdad que no te encuentras mal¿
- No, estoy bien. Llévame a mi casa. Mira, no es tan grave. Isabelle también lo hizo el año pasado. Y mi prima también, y es que ella no tenía a nadie. Venga, date prisa. Vas a llegar tarde a clase.

Un instante de silencio en el pequeño habitáculo. Luego se besan rozándose los labios. Pierre gira la llave de contacto, el motor se pone en marcha y los neumáticos chirrían al arrancar, y se alejan para continuar cada uno su vida. Ahora ya sólo son dos, seguro.

Yo, por mi parte, sigo inmóvil y expectante cerca del letrero de urgencias. ¿Qué debo hacer ahora? No es para asistir a esta escena – tal vez conmovedora pero, después de todo trivial – por lo que he proyectado mi consciencia hasta este lugar. Tengo un objetivo: reunirme con *la presencia* que acaba de ser expulsada, aspirada fuera del vientre de Emilia.

¿Qué está viviendo *esa presencia*? ¿Quién es? No puedo creer que no significa nada, o casi nada, que haya surgido de ningún sitio y que después haya vuelto a ninguna parte. Si ella pudiera decirme..., si pudiera hablarme de su camino, del desconocido itinerario que recorren los que un día, por mil razones distintas, han visto cerrarse bruscamente ante sí las puestas de nuestro mundo...

Mi método será sencillo: consistirá en dilatar mi corazón y vivir plenamente a nivel del alma al mismo tiempo que procuro mantenerme lúcido. Así es como me propongo grabar, con mi cuerpo de luz, la película del testimonio que se me va a ofrecer.

Aquí está:

No existe tensión alguna en mi ser ni el menor afán de dirigir nada de lo que deseo ver. Me dejo absorber poco a poco por el ambiente del hospital, por todo lo que se mueve y respira íntimamente, no dentro de sus paredes de cemento, sino más allá, más allá de la luz de los quirófanos, los pasillos y las habitaciones donde la gente se hace preguntas.

Tengo la sensación de elevarme por los aires. La gran zona de aparcamiento del hospital, con sus coches dormidos, se difumina suavemente y al cabo de un momento me encuentro en el seno de una luz blanca. Parece material, casi me entran ganas de decir que es... como una matriz. Me rozan una formas tímidas que no percibo con claridad; oigo como unos cuchicheos más sutiles que los murmullos..., caricias de pensamientos apenas formulados, interrogantes e inquietos.

Estoy en la frontera entre dos mundos. El que llaman de los vivos, el nuestro, y el otro, el que está al otro lado del espejo y donde uno se siente igualmente vivo.

Ahora sólo tengo que esperar. Para establecer el contacto, dispongo de una pequeña clave: voy a representarme interiormente los rostros de Pierre y de Emilia, y su imagen – si esa clave es la correcta – será el hilo de Ariadna que me guiará hacia la *presencia*, o la conducirá a ésta hacia mí.

- ¿De veras es usted?
- ¿Me esperabas?
- Me había dicho que existía usted, que tal vez podría ayudarme y que...

La voz se ha detenido, incierta y como si se hubiera censurado a sí misma. Yo empiezo entonces a buscar en la luz y me sumerjo aún más en lo que llamaría los intersticios de su sustancia lechosa. Sé que ahora he penetrado en el espacio mental del ser que buscaba y que he de tratarlo con ternura.

- Así pues, ¿me esperabas? – no he podido por menos de repetir.

Transcurre un rato; después, el océano de luz que me rodea se va haciendo algo más ligero, menos compacto.

Entonces, algo emerge poco a poco de él y comienza a ocupar todo mi campo de visión. ¡Una Mirada! Una hermosa mirada azul..., de la que casi podría decir que no es humana. Me resulta familiar y extraña al mismo tiempo. La observo. Intenta sonreír, pero hay en ella cierta crispación. No puede,

- Sí, tendría que ayudarme – continúa la voz, que brota ahora de ella con claridad -. Necesito ayuda. Me *han* dicho que también tendría que contarle a usted..., pero no sé si podré. Necesito dormir. Dormir. Ni siquiera sé dónde estoy.
- Volveré. Será fácil ahora que ya nos conocemos. Pero todavía me falta una cosa para poder encontrarte con facilidad. Tu nombre.
- ¿Mí nombre? Digamos..., digamos que es Florence. Es el que siempre he preferido llevar.

Ya está. Lo dejamos ahí por hoy. No insisto. Por otra parte, la mirada de Florence se apaga poco a poco. Se repliega sobre sí misma como un abanico en medio del resplandor doliente que nos ha reunido durante unos momentos.

¡Florence! Es pues a ti a quien la Vida ha confiado la difícil misión de guiarnos por el camino de los que yo he llamado los ***no deseados.***

I. ENTRE DOS MUNDOS

He dejado transcurrir dos días. Una especie de intuición me dice que he de tener paciencia. Sé que no debo precipitarme, pues no se puede entrar de golpe y de cualquier modo en lo más íntimo del corazón de un ser, ni siquiera con el pretexto de que es por una buena causa, como podría yo decir con egoísmo.

Pero ahora noto que ha llegado el momento. Relajación profunda, respiración intensa..., y heme aquí en camino, sobre un hilo de luz, al encuentro con Florence. Es como un hilo tendido entre nuestras consciencias, una especie de esclusa en la que me sumerjo de pronto para salvar en un instante la sensación de distancia que nos separa.

- ¿Florence?

Me dirijo a un océano de claridad, a un espacio luminoso que me rodea por todas partes. Al mismo tiempo que la formulo, me doy cuenta de que mi llamada no tiene razón de ser. Es inútil. La mirada azul del ser que busco ha ocupado inmediatamente todo mi campo de visión.

Desearía alejarme un poco, verla desde cierta distancia para captar todo su rostro, tal vez su silueta. Imposible. La mirada de Florence está clavada en la mía, casi es interior a la mía, y la percibo como tras una lupa.

- Estoy tan... dispersa – murmura la voz que brota de esa mirada -, tan... dolida. No sé como decirlo. Ni siquiera sé si tengo cuerpo.
- En cualquier caso, tienes ojos, ¡te lo aseguro!

La idea me ha venido de pronto. He forzado adrede el tono un poco festivo para alejar las nubes.

- ¿Has dormido durante todo este tiempo? Han pasado dos días enteros, ¿sabes?
- ¿Dos días? Hubiera dicho... tres o cuatro horas. Parece como si se acabara de apagar la primera percepción que tuve de su presencia y que *alguien* acabara ahora de encender otra vez la luz. No, ¡no se vaya! ¡Es tan duro estar sola! Espere al menos a que me reúna. Tengo la

impresión de que mis miembros se han dispersado, se han disuelto por completo. ¡Resulta tan penoso!

- ¿Tienes dolor?

- No sé si puedo decir que sufro. Es... como una prisión. Me siento como si estuviera encerrada en la cabeza, como si el resto de mi cuerpo no existiera o estuviera anestesiado.

- ¿Quieres contármelo todo? Creo que, si me permitieras conocer tu historia personal, poco a poco irían espaciándose los barrotes de tu prisión.

- Sí, contar. Eso es lo que me *han* dicho que haga. Lo intentaré.

- ¿Te *han* dicho? ¿A quién te refieres, Florence?

- A mi familia y a mis amigos, a los seres que viven en el lugar de donde vengo. Ese lugar es como el reverso de la Tierra, ¿sabe?, como el negativo de una fotografía. Aunque más bien habría que decir lo contrario, porque no tiene nada de negativo. ¡Es mucho más luminoso, más verdadero! Por eso, cuando comencé a abandonarlo para descender, tenía la sensación de morir.

Florence se ha callado de pronto. Me doy cuenta de que le hago meter el dedo en la llaga y de que la estoy acuciando demasiado para empujarla a hablar. ¿Ha captado mi pensamiento? Es posible, porque enseguida continúa.

- No. está bien que hable de eso, así y ahora. Tiene razón, tengo que salir de la prisión en la que estoy encerrada.

- Entonces, ¿puedes decirme algo más sobre ese lugar, sobre tu familia y las circunstancias que te han hecho aproximarte a la Tierra? Háblame de tus recuerdos.

- ¡No son recuerdos! Todo está vivo en mí, lo estoy viviendo ahora. A ellos en realidad no los he abandonado. Están ahí, ¡a dos pasos!, los adivino. Soy yo quien me he encerrado en otra realidad. He comenzado a descender para ir a vuestro mundo y ahora me siento bloqueada, en un peldaño cualquiera, entre dos universos. Sobre todo, tengo la impresión de haber sido traicionada. Eso es lo que me duele y hace que empiece a desmoronarme... después de tanta delicadez, de tanta dulzura. Estoy disociada, ¿sabe? Sí, ésa es la palabra que mejor expresa lo que estoy viviendo. Además...

- ¡Qué?

- Además... Desde que hago el esfuerzo de hablar con usted, noto que siento una cólera tremenda. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía esto! Me da vergüenza. Pero no puedo evitarlo y me dan ganas de llorar. ¿*Por qué* han hecho eso?

Al pronunciar estas palabras, Florence casi ha gritado. Al menos yo las percibo dentro de mí como un auténtico puñetazo. Su impacto ha creado un momento de silencio y su onda de choque ha repercutido inmediatamente en el espacio de luz que nos envuelve, que se ha apagado un poco. Al mismo tiempo, la mirada de Florence se ha velado, como si se hubiera corrido ante ella una cortina. Temo que quiera abandonar mi compañía y que se encierre en una prisión interior más densa que la actual.

- ¿Florence?

Se sobresalta. Sus pupilas se dilatan un poco y aparece en ella un ligero centelleo.

- ¡Sí, siento verdadera ira! – continúa la voz dentro de mi cerebro -. Tengo la impresión de que sube en mí por oleadas. No sé si lo que me duele es eso, o es tener que renunciar a todo el bonito teatro que me había montado. ¡No hago más que dar vueltas sobre lo mismo! Es casi una sensación... física, ¿comprende?

Me gustaría poder abrazar a Florence, aunque sólo fuera un segundo, para consolarla y hacer que su presencia, que sigue siendo muy tenue, tuviera más vida.

¡Una mirada es todo y nada al mismo tiempo! En el espacio donde estamos habituándonos el uno al otro ni siquiera hay una mano que yo pueda tomar para ofrecerle un poco de fuerza y expresar lo que las palabras no pueden transmitir.

Sólo estoy seguro de que soy yo quien debe avanzar la situación; de lo contrario, el alma de Florence podría hundirse en una rebelión que nos llevaría a un punto muerto. En primer lugar, debo atreverme a hacerle una pregunta que sé es dolorosa.

- ¿A quién te referías cuando has dicho que *por qué habían hecho eso*? ¿A Emilia y Pierre? ¿O tal vez a los que te sugirieron que tomaras un nuevo cuerpo?

Silencio otra vez. Al hacerle esta pregunta me estaba arriesgando a herirla, y, en efecto, temo que ha sido prematura e impertinente. Además, ahora ni siquiera capto su mirada. Se ha borrado; se ha diluido, podríamos decir, en el espacio lechoso que nos envuelve. No obstante, *algo* me permite adivinar que mi interlocutora está todavía ahí; lo que ocurre es que se ha encerrado en sus pensamientos.

Esta vez no la llamaré para atraerla hacia mí. Si se repliega en su jardín interior, será porque es demasiado pronto.

- Sí. Tiene usted razón. Será mejor que le cuente enseguida...

La voz de Florence ha interrumpido de pronto en el interior de mi cerebro cuando ya me disponía a retirarme.

- Puedo volver mañana si lo prefieres.

- ¿Mañana? Eso no significa nada para mí. Como usted sabe, aquí no hay días ni noches, no pasa el tiempo. Le he dejado penetrar a usted en el espacio de mi consciencia, donde yo misma estoy. Si no hubiera en él alteración alguna, querría decir que algo en mí se estaba petrificando, y entonces tendría la sensación de morir de verdad.

- ¿Cómo una gota de agua que se transforma en hielo poco a poco?

- Exactamente. Si mi pensamiento no hace más que dar vueltas sobre sí mismo y se cristaliza en torno a lo que acabo de vivir, me hundiré en una prisión de cólera y soledad.

- Necesito que alguien me hable, ¡y también hablar yo! Eso es lo que, en la Tierra, ustedes no comprenden cuando no quieren que alguien... Lo envían de nuevo al lugar de donde había venido sin haberle dicho nada, sin haberle ofrecido siquiera la ocasión de comunicar algo: una sensación, una palabra, una imagen. Lo despachan con un simple: “No te queremos”, procurando no relacionar ese *te* con alguien que pudiera oír. De hecho, todos tratan de creer que no es *nadie*, apenas una larva tan pequeña como una pepita de uva o un hueso de aceituna. ¡Si al menos nos hablaran! ¡Si al menos no fingieran creer que no hay nada...!

Mientras expresaba su indignación, la mirada de Florence ha ido haciéndose cada vez más visible. Parece como si la ira hubiera hecho nacer en ella una especie de vida de la que antes carecía, como si la hubiera encarnado más, podríamos decir.

- Sí, voy explicarle por qué estoy en esta situación y por que me encuentro ahora en un callejón sin salida, sin saber realmente quien soy, oscilando entre la indignación y la mendicidad. Ya ve, me siento como un mendigo de amor. Sin embargo, hace tres o cuatro meses de su tiempo estaba llena de esperanza.

- ¿No esperabas que pasara lo que ha pasado?

- Pues... No esperaba ver una adversidad semejante.

- No has respondido en realidad a mi pregunta.

- Mire, es mejor que empiece desde el principio. Me ayudará a despertar de este horrible sueño, y usted lo comprenderá todo mejor. A decir verdad es una historia que no tiene comienzo, porque el principio del camino de un alma se pierde en la noche de los tiempos. Pero le contaré lo que todavía tengo cerca y puede resultar útil.

“Yo he vivido innumerables veces en la Tierra, como todos, y entre una vida y otra, he vuelto a ese mundo de reposo y suave luz que algunos llaman Devachan o Purgatorio. *(Llamado también universo astral).*

“Como usted sabe, es allí donde recuperamos fuerzas, donde tratamos de curar las heridas del alma, donde recapitulamos sobre nosotros mismos, sobre lo que no hemos comprendido y lo que nos queda por aprender. Es también allí donde reunimos las herramientas de trabajo necesarias para preparar la siguiente vida que, pronto o tarde, se abrirá ante nosotros. No sé por que digo la siguiente vida, porque, sinceramente, la sentimos más bien como una muerte.

“Siempre se pone en marcha el mismo proceso: en cuanto no queda más remedio que comenzar la metamorfosis, se apodera de nosotros la sensación de muerte; es como un reflejo de protección. El miedo a perder...

“Mi alma es femenina. La polaridad de mi alma está inscrita en lo que yo llamo... mi biología sutil, aunque por razones de aprendizaje y, por lo tanto, de evolución, ha aceptado tomar cuerpos masculinos de vez en cuanto. Si le hago esta precisión es porque tiene importancia en mi historia personal. Es más, lo que estoy viviendo ahora está directamente relacionado con la última existencia que tuve como hombre.

- ¿Quieres decir que eres consciente de que en aquella vida sembraste *algo* ¿

- Hagamos lo que hagamos, siempre sembramos algo. Pero, mire, no es tan sencillo. No vaya a creer que si ahora sufro es porque antes he hecho sufrir. ¿No le parece que es una ingenuidad entender el karma de esa manera?

Al oír a Florence hablarme así me dan ganas de sonreír. Se va animando. La siento más viva, casi dispuesta a derribar el muro opaco que forman las resistencias de su ser herido.

Por otra parte, se diría que su mirada, dilatada y como desesperada, se ha alejado un poco de la mía. Un poco más y podré adivinar los pómulos, las sienes, tal vez la frente, signos de que Florence habrá comenzado a percibirse a sí misma reuniendo sus elementos dispersos; en otras palabras, que va a definirse otra vez centrándose de nuevo en torno a sus recuerdos.

- Si, ya veo lo que quieres decir con lo del karma. Piensas en un escenario pueril del estilo de: “Fue un asesino, de modo que si le niegan la vida es porque ha de pagar por lo que hizo”.

- Eso es. Hay que rectificar ese tipo de... reflexión, de reflejo más bien, demasiado fácil. Resulta caricaturesco y cierra toda posibilidad al menor soplo de amor.

- ¿Quieres decir que no deja lugar a la compasión?

- Si, esa es la palabra que no me atrevía a pronunciar. Escuche. Le estaba diciendo antes que en mi última existencia en la Tierra fui hombre. Tenía que aprender a afirmar determinados aspectos de mi personalidad, entre ellos mi capacidad de decisión. Y, en el contexto que podía encontrar en aquella época, un cuerpo masculino me brindaba más oportunidades.

- Así que nací hombre, es decir, niño, y crecí en una familia relativamente acomodada. Mi padre dirigía una finca de labranza. A su lado aprendí el oficio: me enseñó a asumir responsabilidades y a dirigir a los trabajadores en medio de la constante y acuciante necesidad de tener que ocupar mi lugar en un contexto difícil, el de los años que precedieron a la última guerra mundial.

- Fue entonces cuando me enamoré de una chica del pueblo vecino. Nos enamoramos de verdad. Fue una pasión mutua que nos llevó a rebasar los límites admitidos en aquella época. No sabíamos tomar precauciones; así que, como se puede imaginar, mi amada se quedó enseguida embarazada. ¡Un drama! La guerra estaba a punto de estallar, yo iba a ser llamado a filas, el niño no tendría padre y nuestras familias verían conmocionados sus principios morales.

- Me enfadé con ella, aunque la verdad era que estaba asustado; le reproché que no supiera “como funcionaba eso”, que no conociera su cuerpo. Me pasé varios días temblando. Lo recuerdo, casi no nos hablamos.

- Yo no veía otra solución que la de deshacernos del niño. Recuerdo haber dicho: “Después de todo, ni siquiera es todavía un niño. Además, ¡nadie lo sabrá!”. Suzanne se resistió al principio. No quería. Decía que sabría ocuparse de él aunque se quedara sola y que le importaba poco lo que dijera la gente.

- Pero yo no quise escuchar sus argumentos. Se me hacía un nudo en el estómago y tenía miedo. En aquellos momentos desempeñé realmente mi papel, el de un varón que había venido al mundo con la necesidad de afirmarse. Fui tan testarudo y persuasivo que acabé llevando a mi novia a casa de una de esas mujeres a las que entonces llamaban “hacedoras de ángeles”.

- Hizo lo que tenía que hacer con mucha rapidez; y, en efecto, nadie se enteró. Sólo la mirada de Suzanne reflejaba la tristeza que sentía y, ciertamente, una culpabilidad inconfesada.

- Una semanas más tarde tuve que ponerme el uniforme, como me había imaginado. Me uní a no sé que regimiento y no volví jamás. La guerra me tragó.

- Eso fue lo que pasó. Ahora ya sabe exactamente cuál fue la semilla que sembré. Yo no quise matar, no era un asesino.

Cuando la confesión de Florence estaba llegando a su punto álgido, empezó a aparecer su rostro. Ahora está ahí, ante mí, con su óvalo perfecto, dolido y apacible a la vez, como los de algunas pinturas italianas cuya contemplación nos causa tanta turbación.

Florence tiene los ojos bajos e intenta sonreír, como si, al confiarme su relato, se hubiera desembarazado de un gran peso. A su alrededor no hay más que luz. Sigo sin ver su cuerpo, porque para ella no existe. No tiene realidad en su pensamiento. La imagen mental que creaba su cohesión se disolvió en el momento en que fue expulsada del vientre de Emilia y de su atmósfera vibratoria. La idea que Florence tenía de sí misma en su realidad corporal se ha disgregado.

- ¿No dices nada?

Mi interlocutora acaba de alzar los párpados. Ya no veo en el brillo de sus ojos la sombra de su exasperación; ha sido reemplazada, al parecer, por una profunda tristeza.

- Ya no soy nadie, ¿comprende? Aunque le he dicho que me llamaba Florence, eso no significa gran cosa. Fui Florence una vez, en una vida. Es un nombre que, en cierta forma, resume el color de mi alma; por eso es el primero que se me ha ocurrido cuando he tenido que decirle uno. Pero en el fondo no sé quien soy, ni donde estoy, ni adónde voy. He abandonado mi lugar *arriba*, y me han considerado indeseable *abajo*. Estoy como bloqueada entre dos puertas, ¿comprende? ¿Cree usted que mi clamor al menos servirá de algo?

Respondo a Florence con todo mi ser. Noto que surge de mí una especie de onda de calor. A menudo las almas comunican así cuando están fuera de su soporte carnal. Las palabras resultan demasiado pobres, aunque las enlacemos unas a otras siguiendo el hilo de nuestros pensamientos y acabemos, antes o después, atándonos a ellas.

- Escucha, tienes que contar todo lo que has vivido, hacerlo salir de ti, todo, hasta el último detalle. Así es como volverás a encontrarte a ti misma y conseguirás renacer, además, así es como harás llegar plenamente a otros lo que has llamado tu *clamor*.

Silencio otra vez. A veces percibo de un modo fugaz unas ondas luminosas que se mueven a nuestro alrededor. Me siento claramente en el centro de una burbuja, en una esfera por completo virtual, generada y modelada por la consciencia de Florence, en un mundo en el que hay un

movimiento de masas de energía. No son exactamente presencias; más bien parece olas, campos de fuerza que proceden de su actividad mental y de su universo emocional.

- Si, creo que ahora lo comprendo mejor – susurra al fin el alma de Florence -. Usted quiere saber también como he vivido mi aborto, ¿no es eso¿ Acabo de darme cuenta de que ni usted ni yo habíamos pronunciado esa palabra hasta ahora. ¡Qué raro! Es lo que ha hecho que nos encontráramos, precisamente, y ahora parece como si tuviéramos miedo de pronunciarla. ¿Tal vez por miedo a hacerme daño? De todas formas, ya estoy dolida. Así que no me importa entrar a fondo en mi sufrimiento; tal vez así consiga quitarle vigor y hacer que sirva para algo.

- Mire, tener que abandonar al cabo de poco más de dos meses el embrión que suponía iba a ser mi cuerpo puede parecer que no tiene importancia. Por otro lado, eso es lo que yo me dije a mí misma cuando me arriesgué a aceptar como padres a Emilia y a Pierre. Ellos, por su parte, ni siquiera se han planteado realmente la cuestión. Desde su punto de vista, su amor no había hecho más que “prender la mecha” a una cosita microscópica que ni siquiera era carne todavía. ¿Cómo voy a estar resentida con ellos? A menudo les oí hablar.

- ¿Fuiste a visitarlos con frecuencia desde que Emilia supo que estaba encinta?

- ¡Ya lo creo, incluso antes! Desde el momento de mi concepción empecé a reunirme con ellos. Primero me deslicé en su aura común, sencillamente. Era para acostumbrarme a su olor. Sí, cada aura tiene un olor, y hay que habituarse a él. Todas las almas que van a nacer hacen lo mismo. Es como un mecanismo establecido por la propia Naturaleza, y también un modo de medir nuestras compatibilidades. Es un periodo mucho más importante de lo que se cree.

- ¿Sabe? En el mundo del que vengo tengo una amiga que no pudo superar ese obstáculo. Había una especie de disonancia entre su radiación y la de sus padres potenciales, y al cabo de una semana de estar concebida dijo que no. Su alma entera se contrajo y se produjo un rechazo espontáneo. ¡La joven que debía ser su madre ni siquiera llegó a enterarse de que había estado embarazada!

- No hay que responsabilizar a nadie por esas situaciones, porque hay colores y perfumen que no casan en absoluto. A veces la Vida intenta crear puentes entre ellos, trata de aproximarlos para darnos la ocasión de disolver antiguas tensiones, pero muchas de esas tentativas fracasan porque sin duda son prematuras. Detrás de todo eso existe una química sutil y muy inteligente, que es difícil de imaginar cuando no está uno metido en ese contexto.

- Para mí fue sencillo, porque el aura de la pareja que forman Pierre y Emilia me resultaba agradable y armoniosa. Al penetrar en ella tenía la sensación de deslizarme dentro de una túnica de seda. No podía hacer largas incursiones, desde luego, ¡porque era todo tan diferente del mundo que venía y donde todavía estaba una parte importante de mi ser...!

- Sólo pude penetrar de veras en ella al cabo de tres semanas, cuando el corazón de *mi* embrión comenzó a latir, aunque también entonces fueron momentos muy breves. Así que iba y volvía de mi familia de *arriba* a la otra, a la que se suponía iba a ser la nueva. No estaba en absoluto disociada ni separada de nada. Ése es uno de los sufrimientos que causa el aborto: el alma, al sentirse dispersa de pronto, no encuentra el hilo conductor para volver al lugar del que procedía, ¿comprende?

- ¿Te sentías ya muy unida a tu pequeño feto?

- No estaba muy unida afectivamente, pero el vínculo físico era ya muy fuerte.

- ¿Después de haber transcurrido sólo dos meses?

- Sí. Ya me lo habían advertido. Y ahora lo estoy comprobando.

- Pero ¿por qué dices “físico”? Hablas de tu alma como si fuera una realidad material.

- Cuando uno está en su alma, está también en una materia. Es otro concepto de materia, eso es todo. No sé explicarlo de otra manera. Es muchísimo más tenue, más ligera, y no obedece a las mismas leyes que la otra, pero eso no significa que no sea una realidad muy concreta. Además..., además interviene otra cosa.

- ¿Te refieres al cuerpo etérico?

- Sí. Hay toda una red energética, un torbellino de fuerzas de la Naturaleza que hace que se teja en torno al embrión y, después, en torno al feto el esbozo del cuerpo que va a venir, *(Para más detalles, véase Los nueve Peldaños, del mismo autor. Ed. Luciérnaga).* Habla usted del cuerpo etérico, pero es una palabra engañosa porque parece como si se tratara de algo inconsistente. Sin embargo, el etérico es... algo así como la electricidad.

- Imagínese un mundo formado por multitud de redes eléctricas extraordinariamente complejas y de intensidades diferentes. Así se hará una idea de cómo son las fuerzas que intervienen en los intercambios que tienen lugar entre el alma y el embrión que se encuentra en el vientre de una mujer. Todos los principios del universo se dan cita ahí.

- Y si ese entramado se viene debajo de pronto... es como si se hubiera producido un enorme cortocircuito. Por eso decía yo que era “físico” y que el impacto me había dispersado.

Florence ha bajado poco a poco los párpados. No me cuesta imaginar que está tratando de disimular unas lágrimas.

Lo que me llama la atención es su extraordinaria madurez. Quiero decir que tiene la lucidez de un ser adulto, lo que confirma el hecho de que los seres que se aproximan a la Tierra para nacer a través del cuerpo de una mujer no son vagas presencias incólumes o niños sin pasado. Son seres de pleno derecho, que lo viven todo según la apertura de su consciencia y el bagaje acumulado.

- ¿Podemos continuar Florence? ¿O quieres estar sola?

Mi interlocutora sigue cabizbaja durante unos momentos. Luego alza de nuevo la cabeza.

- No. La actividad de mi pensamiento me hace bien. Quédese. Creo que hablar a todos los que son *rechazados* es de vital importancia. Yo me siento ahora como un tejido al que no le quedara más que la trama vertical. Sí, eso es. Los hilos horizontales, todo lo que hacía que yo tuviera color, forma, identidad…, todo eso se ha deshecho de repente.
- ¡El alma está tan unida al cuerpo! Cuando estamos en la Tierra, estamos convencidos de que el alma y el cuerpo nada tienen que ver entre si, creemos que pertenecen a dos mundos completamente distintos. Pero es todo lo contrario: están apenas separados por una línea tenue y permeable. Se diría que hay una red de hilos telefónicos tendida entre ambos, y todo lo que atañe a uno afecta al otro.
- Claro que, para poder comprender lo que intento explicarle, hay que estar convencido de la existencia del alma o saber, al menos, que el que va a ser aspirado fuera del vientre espera un poco de ternura. ***¡Sólo un poco de ternura! ¿Es eso tan difícil?***

La imagen de Florence empieza a desdibujarse una vez más. No puedo menos que pensar en el caracol que se esconde en su concha justo en el momento en que, por el contrario, tendría que avanzar.

Para sacarla del espacio semi-consciencia dolorosa que todavía parece querer absorberla, le lanzo la primera pregunta que me viene a la mente.

- ¿Y qué me dices de Pierre y Emilia? ¿Sabías si creían en algo? ¿El alma tenía para ellos algún sentido?

Me responde con una voz muy débil, como si saliera de los labios de alguien que está a punto de entrar en un gran laberinto y teme perderse en el.

- Para Emilia, si. Bueno, en cierta forma. Cree que existe *algo*; pero ese algo es tan vago, tan difuso, que en la práctica no tienen consistencia alguna. Pero no se lo reprocho, porque he visto que no tenía ninguna referencia que le hiciera reflexionar un poco. En teoría cree en algo – como su madre, digamos -, pero todo queda ahí.
- ¿Y Pierre?
- Él es otra cosa, lo he visto con claridad. Dice que no, que el alma no existe, pero no porque esté en contra de su existencia, sino porque, le da miedo, sencillamente. Si de verdad se diera cuenta de que el alma es una realidad, su descubrimiento trastornaría de tal modo su mundo interior, coherente en apariencia, que sería como el estallido de una bomba ante el que se sentiría como un niño desamparado. Tampoco se lo reprocho. Después de todo, es la misma situación en la que se encuentran la mayoría de las personas, como usted sabe. ¡No son tan adultos como parecen!
- Para no tener que afrontar sus temores deciden vivir con los postigos cerrados. Nunca se altera su horizonte, así que no hay vértigo posible; y, sobre todo, su falta de perspectiva los hace menos responsables. “Antes del cuerpo no había nada, después de el, evidentemente, tampoco!” ¿No es así mucho más sencillo? En medio de todo eso, un aborto no es más que un detalle técnico. Ya ve, ¡sólo he sido un detalle! Darse cuenta de esto ¡también hace daño al corazón!

La profunda mirada azul de Florecen me llega directamente, como en los primeros momentos de nuestro encuentro. No sé si hemos avanzado un poco en el intento de superar su sufrimiento. Tengo la sensación que debo mostrarme más firme. ¡Si al menos pudiera tomarla por los hombros para estar seguro de que no iba a entrar en el camino entorpecedor y anestesiante de las víctimas…!

- Florence, antes me has dicho que sentías verdadera ira, pero después me has asegurado que no estabas resentida con Emilia ni con Pierre. Explícame.
- Si…, bueno, ya no lo sé… Creo que estoy un poco resentida con ellos, si. Lo que no acepto es que no quieran saber; eso es lo que hace la mayoría de la gente: cerrar los ojos cuando les conviene. No querer saber es una forma de no asumir las consecuencias de sus actos. Creo que es esa actitud la que me duele, y por lo que he aceptado confiarle a usted hasta el fondo de mi corazón. Espero que sirva al menos para que algunas personas tomen conciencia de todo esto y reflexionen.
- Creo que mis arrebatos de cólera están causados por la estupidez y la falta de amor. Se pueden aceptar muchas cosas, incluso hacer frente a muchos rechazos, si hay un mínimo de amor.
- Hace un momento me has comentado que sabías el riesgo que corrías al aceptar a Pierre y a Emilia como padres, y que te habían advertido de lo doloroso que te resultaría el

rechazo aunque no hubieran transcurrido más de dos meses. Es decir, que tú ya sabías lo que te iba a pasar. Si ya lo sabías, ¿por qué te indignas ahora? ¿No es una contradicción? No lo acabo de entender.

- Ya lo sé. Pero no es tan sencillo. Se trataba desde luego de un riesgo, de una probabilidad. Cualquiera que sea la dirección que uno tome, siempre hay un margen de libertad. Y, aunque ahora me cueste reconocerlo, ese espacio de libertad es precisamente el que nos hace crecer.

- En realidad no estaba *escrito con antelación* que mis padres potenciales no iban a ser al final mis padres porque me rechazarían. Una parte de la prueba por la que debía pasar consistía también en aceptar la inseguridad de la indecisión. Y estuve de acuerdo. Cuando se ha vivido *arriba* durante algún tiempo parece todo tan sencillo… Se ven las cosas con ojos puros, se comprende su finalidad y uno se siente fuerte. Y muchos de los acontecimientos probables parecen aceptables.

- Por lo que a mí respecta, debo confesar que podría haber rechazado esa adversidad o haberla aplazado para otra vida.

- Pero quisiste librarte de ella enseguida, ¿no?

- No, no. No era eso. Más bien fue una cuestión de orgullo. Quise demostrar ante los amigos que me guiaban, un poco por fanfarronería, que era lo bastante fuerte como para superar la prueba. Yo me dije a mí misma: “Me voy. Hay cincuenta por ciento de probabilidades de que vuelva al cabo de muy poco tiempo. Si es así, sin duda sufriré un poco; pero, bueno, enseguida volveré”. Tal vez me comporté como una estúpida. O tal vez ha ocurrido así porque yo era quien tenía que hablarle a usted de todo esto. ¿Quién sabe?

- Ya ve, tanto a un lado como al otro del espejos seguimos siendo seres humanos, con nuestras incoherencias.

- Al oírle hablar así…, se diría que hay una especie de complicidad, a menudo subconsciente, entre las dos laderas de la Vida, ¿no te parece?

Florence no responde enseguida. Veo de nuevo todo su rostro, como en un zoom que, al mismo tiempo, genera una onda luminosa de tonalidad de rosa intenso.

- Sí. Eso es. Aunque todavía me cuesta reconocerlo, es cierto que, a un lado y otro del velo de la Vida, somos nosotros quienes sembramos todo lo que nos ocurre y todo lo que nos construye. No hay que culpar a nadie.

- Ahora me gustaría un poco de silencio y soledad. Necesito encontrarme a mí misma… e inventar de nuevo una columna vertebral para mi alma. ¿No le importa?

II. LO QUE DURA UN SUEÑO

El martilleo de la música *rock* llega a cuerpo de mi alma con una violencia inaudita. Lo que me ha atraído esta noche a una discoteca del sur de Francia es una razón verdaderamente importante: quería ver como se sentían Emilia y su compañero después de lo que había pasado. Forma parte de la misión que me ha sido confiada, que es dar testimonio de la verdad.

Por eso he abandonado hace un rato mi túnica de carne, y ahora me encuentro aquí, observador incómodo de un centenar de jóvenes que bailan bajo una lluvia de luces de colores y en medio de una nube de humo.

Ahí, en un rincón, están sentados quienes podrían haber sido los padres de Florence. Pierre, que acaba de apurar un vaso, se acerca a un amigo que intenta decirle algo gritándole al oído; después se vuelve hacia Emilia. Tiene aspecto de estar aburrida; yo diría agotada, algo de lo que no parece percatarse Pierre, que dirige de nuevo la mirada hacia su amigo. Emilia está harta; le toma la mano y hace ademán de levantarse. Parece un poco crispada.

- ¿Estás cansada?

La joven no responde. En realidad no es necesario, porque sus ojos lo dicen todo. Además, para que la oyera tendría que gritar. Cruza por en medio de los que bailan con grandes contorsiones y llega al mostrador del guardarropa. Pierre comprende que no tiene otra elección. Con el rostro tenso y gesto disgustado, ya está empujando con el hombro la pesada puerta cobriza de la discoteca.

- Creía que te gustaba esto. Ha si tú quien has querido venir aquí esta noche.

- Ya lo sé. Pero estoy cansada, eso es todo.

- Estás pensando en lo de la semana pasada, ¿verdad? ¿No te encuentras bien?

Emilia no responde. Aprieta febrilmente la mano de Pierre y, al cabo de un momento, no hay más vida en la estrecha calle que el ritmo marcado por sus pasos, que resuenan sobre el asfalto.

A decir verdad, ahora no sé por qué he venido aquí desde mi espacio entre dos mundos. ¿Sólo para observar una pequeña secuencia de vida? Todo lo que puedo decir es que me ha empujado una voluntad exterior a mí, la misma que me empuja a seguir el coche en el que acaban de

meterse Pierre y Emilia. Reconozco el ruido estridente de los neumáticos al arrancar, el mismo que oí en el hospital hace ya algo más de una semana.

- No, Pierre. Subo sola. Nos veremos mañana. ¿Me llamarás?

El trayecto ha sido breve. Una avenida, tres manzanas y un edificio de apartamentos con pequeños balcones. Ya estamos. Después de un beso en el que apenas se han rozado los labios, Emilia cierra la portezuela del coche; aterida de frío, hunde la cabeza entre los hombros y se mete en el ascensor.

No sé que hacer, pues es evidente que ahí comienza el mundo íntimo de Emilia. No veo otra solución que alejarme de ese lugar físico, dejar que el cuerpo de mi alma suba hacia un espacio más cercano a su naturaleza y esperar allí alguna señal. Simple cuestión de desapego.

Basta unos segundos. Ya no estoy mentalmente frente al edificio que ha engullido la silueta cansada de Emilia. Su fachada se ha borrado, como una realidad entre un centenar de otras realidades posibles y simultáneas. Nuestro universo está hecho así. Lo conozco por dentro, con sus múltiples longitudes de onda o *longitudes de imágenes* que se entremezclan y se superponen a la manera de los estratos de un paisaje geológico.

Ya está. Mi consciencia se amplía, se dilata y, aunque parezca extraño, me encuentro de nuevo en presencia de Emilia, que está tumbada en la cama. Se ha dejado caer completamente vestida, se ha echado encima un edredón y enseguida se ha quedado dormida. En el suelo ha quedado encendida una lamparita de tono malva.

Parece la habitación de una niña que ha crecido demasiado deprisa. Algunos ositos de peluche se entremezclan con los libros de estudio; hay dos tazas de té utilizadas sobre un trabajo sin terminar y varias hojas desparramadas sobre una mesa blanca.

En su sueño inicial, Emilia parece sollozar.

- ¿Me oye?

Una voz acaba de hacer irrupción en mí, dentro de mí.

- ¿Me oye? – repite con cierta insistencia mezcla de inquietud.

¿Será Emilia? No. Es imposible, acaba de dormirse, todavía no ha cruzado la frontera entre los mundos.

Algo en mi interior da media vuelta, es una sensación difícil de expresar. Florence ha venido a hablar conmigo. Está ahí, frente a mí y, por primera vez, ¡de cuerpo entero! He necesitado un buen rato para darme cuenta de que era ella de verdad.

- También es la primera vez que yo lo veo a usted – dice -. Hasta ahora no había podido. Sólo notaba su presencia de un modo vago y oía su voz como resonando desde el extremo de un largo tubo, aunque también estaba el brillo de su mirada. ¡Oh, que alivio!

Una atmósfera suavemente blanquecina ha ido envolviendo poco a poco la habitación de Emilia. Parece como si hubieran corrido un velo para ocultar el decorado; su joven ocupante queda ahora muy lejos, perdida en medio de su enorme cama.

- Casi había olvidado como era – murmura en mí la voz de Florence -. ¡Me parece que hace un siglo! Sí, antes de salir del punto muerto en que me encuentro tenía que verla otra vez. He hecho todo lo posible para que usted oyera mi llamada y nos encontráramos aquí.
- ¿Por qué aquí y no en cualquier otro lugar?
- Porque en este decorado donde se ha urdido todo. Aquí es donde me concibieron y aquí donde tomaron la decisión de rechazarme.
- Comprendo. Pero creo que lo que dices no es del todo exacto. No has sido rechazada tú, como persona; lo que han rechazado ha sido más bien la idea de tener un hijo. Es muy distinto, ¿no? Tu alma, que está en pleno aprendizaje de la vida, se ha encontrado con una laguna de consciencia, con una carencia de amor…, podemos llamarlo como queramos. Si dejaras de creer que tú, Florence, has sido considerada indeseable, cambiarían mucho las cosas.
- Ya lo sé. Me lo he dicho a mí misma muchas veces desde que usted y yo nos encontramos por primera vez. Pero asimilarlo no es tan sencillo. Y…

Iba a decir algo más. Su voz, dentro de mí, ha quedado suspendida como una respiración inacabada. Yo no quiero forzar las cosas. Es una ocasión preciosa para que se establezca entre nosotros una comunicación silenciosa; es un momento en el que puedo observarla de veras totalmente.

Ya no es sólo una mirada, un alma con la que he entrado en contacto en algún lugar del infinito, sino un ser humano real, completo, con su cuerpo, su vestido, sus actitudes. Además, es muy bonita, con su larga melena de color castaño que le cae sobre los hombros y su vestido azul, que recuerda los que se llevaban a comienzo del siglo pasado. ¡Estamos tan lejos del pequeño embrión que se apagó en una sala del hospital! Florence se ha encontrado a sí misma, aunque es evidente que todavía no se ha liberado de su pena.

- Sí – continúa -, no es sencillo convencerse de lo que usted acaba de decir. Sobre todo cuando uno es consciente del lazo que nos une. No ha sido el azar el que me ha abierto el

camino hacia Pierre y Emilia. ¡Nada ocurre por casualidad! Puede estar seguro. El alma de Emilia y la mía se conocieron en otros tiempos: fuimos hermanas hace muchos siglos. Por eso me he sentido como si mi hermana ya no me quisiera, ¿comprende?

- Según dicen, la almas que van a formar parte de una misma familia se reúnen antes de encarnarse, se ponen de acuerdo antes de que su cuerpo sea concebido. Por lo que me dices, tu caso confirma esto.

- Es cierto. Nosotras nos habíamos puesto de acuerdo. Pero, como ya le he dicho, entre el proyecto ideal que hacemos *arriba* y el que llevamos a cabo cuando estamos abajo, al pie del cañón, con frecuencia hay un abismo.

- En un principio, antes de encarnarse, Emilia tenía intención de acogerme. No había entre nosotras deuda moral alguna; nos movía únicamente el deseo de seguir caminando juntas.

- Cuando nuestras consciencias volvieron a encontrarse, que fue cuando empezó a salir con Pierre y se entreabrió una puerta para mi venida, comprendí que había cambiado. Ya no estaba segura de quererme, no estaba segura de sí misma ni de tener valor para afrontar la situación; tampoco veía claro que fuera el momento adecuado. Sé que también ha sido una prueba para ella, y creo que ahora es cuando se está dando cuenta.

- Como se puede ver, esta habitación se ha convertido en una especie de fondeadero de mi ser, el único lugar de la Tierra al que me puedo aproximar de verdad en espera de entrar en contacto con Emilia después de todo lo que ha pasado. Ya sé que es una limitación que me impongo a mí misma; pero, por el momento, así es. Necesito un punto de referencia para poner orden en todo esto, para borrar la pizarra en la que había empezado a escribir mi trayectoria y poder así emprender de nuevo la ruta.

- Debe comprender que para que un alma pueda volver a encontrar su camino, su hilo conductor, tiene que haber dicho todo lo que tenía que decir; o, al menos, tiene que haberse liberado en parte de esa carga. En el espacio entre los mundos, que es donde vivo ahora, los pensamientos son como inmensas telarañas. Y avanzar cuando uno se encuentra atrapado en una telaraña es muy difícil.

- ¿Quieres decir que vas a intentar hablar con Emilia?

- Me gustaría hacer que ella penetrara en mi espacio mental. ¡Oh si! ¡Me gustaría tanto que su alma se acercara a la mía! Exactamente de la misma manera que está usted en este instante. Estoy segura de que sería un encuentro liberador para las dos.

Momento de emoción para Florence. Si no fuera, en cierta forma, su invitado me sentiría de más ante lo que parece que va a ocurrir.

- Me han enseñado lo que había que hacer cuando se está todavía muy cerca de los que se ama. Tengo que deslizarme en la luz, muy cerca de ella, e intentar tocarla… en la mano, en el hombro tal vez. Así tendré alguna posibilidad de hacerla venir, de llamar su atención. Si lo consigo, dentro de un rato o mañana, cuando se haga de día, Emilia tendrá la impresión de haber soñado conmigo.

No puedo responder a Florence. En este momento, más quizá que en ningún otro, me he convertido en testigo de su metamorfosis, en testigo respetuoso y atento de algunos de los misterios que envuelven nuestra vida. Estoy sumergido de lleno en el corazón de lo sagrado; soy plenamente consciente y me siento muy emocionado. Ahora sólo he de dejar hacer y observar.

Mientras Florence se acerca a Emilia, que sigue tumbada bajo el edredón, me da la impresión de que comienza a vadear un río. Lo que va a hacer es estimular el cuerpo sutil de la joven, no el físico, por supuesto, y atraerlo suavemente hacia sí. Pero, desde mi puesto de observación, veo que no hay diferencia alguna entre las dos orillas: es la misma vida que se prolonga al otro lado, no hay frontera.

Ya está, Florence se inclina y posa su mano en el hombro izquierdo de la que tendría que haber sido su madre. Está así mucho rato, y yo percibo con toda claridad que se ha tendido un puente entre las dos.

Emilia suspira profundamente. ¿Va a despertarse? No, no es su cuerpo de carne el que recibe el estímulo. Florence retrocede, se desliza a dos metros de la cama y sonríe.

De pronto, una forma de luz, color luna se desprende del cuerpo cubierto con el edredón. La reconozco: es la de Emilia; tiene su silueta y los rasgos de su rostro. Su alma se ha unido a nosotros tomando el camino del sueño. Parece que empieza a salir de un largo letargo y, durante unos momentos, me complace pensar que nos encontramos ante una Emilia más consciente.

Sin embargo, el cuerpo de luz de la joven parece prolongar en su sueño los reflejos adquiridos en su vestidura de carne. No, no me equivoco: el alma de Emilia solloza y se estremece ligeramente. Ha llevado su pena al otro lado del espejo.

Una rápida mirada a Florence me basta para comprender su ansiedad. No sabe que hacer ante esa pena de la que sin duda cree ser el centro y la causa. No obstante, una cosa es evidente, y es que la cólera ha desaparecido. Hace apenas unas semanas era una presencia en el vientre de esa

mujer que llora; y ahora se encuentra ante Emilia, de igual a igual, tan afligida y desamparada como ella.

Ignoro si siempre ocurre así, pero encuentro conmovedora la escena que se me ha permitido observar.

- ¿Emilia?

La llamada procede de Florence. La ha hecho como el que lanza un salvavidas al mar. Se ha escapado de su corazón con una pizca de desesperanza.

Emilia no reacciona. Ha traído hasta aquí el ambiente que rodea su vida. Sueña que está llorando y se pasa la mano con desasosiego por los cabellos cortos y enmarañados.

- ¿Me reconoces? Soy yo.

Florence se le ha acercado. Adivino que querría tomarla por los hombros, como lo haría una hermana mayor o una madre, pero que no tiene fortaleza para hacerlo.

- ¡Emilia! ¿Me oyes? – dice de pronto, un poco crispada -. ¡Necesito hablar contigo!

Esta vez la joven alza la cabeza. Con aire un poco alelado recorre con la mirada la luz que nos rodea, es decir, el *doble energético* de su habitación. Después se aparta del borde de la cama y avanza hacia Florence como si no le sorprendiera su existencia ni su presencia.

Ese movimiento basta para modificarlo todo. El espacio de luz que nos acoge a los tres parece disgregarse. Y comprendo enseguida que son los pensamientos conjuntos de Emilia y de Florence, o más bien la naturaleza de sus pensamientos, la que lo ha remodelado.

Se convierte en un auténtico holograma conforme a su realidad interior del momento, hasta el punto de que temo que escape a mi percepción o que se me excluya de él, pues no dejo de ser un extraño frente a la intimidad que suscitan los pensamientos de ambas.

Tengo aquí, ante mí, una demostración perfecta de la forma en que se construyen los sueños. Fuera de su vestidura de carne y hueso, nuestras almas poseen la capacidad innata de generar mundos más o menos sólidos, más o menos permanentes, en el seno de los cuales también pueden organizar situaciones y poner en escena o dar vida momentáneamente a sus fantasmas.

Tal como lo presentía, en efecto, la complicidad entre Florence y Emilia es demasiado íntima como para que yo pueda ser testigo pleno. Ahora sólo me llegan sus voces, pequeños hilos conductores que me permiten, pese a todo, seguirlas hasta su jardín privado. Lo acepto plenamente, pues es la mano que se me tiende para que pueda continuar la misión que me han confiado.

- Emilia, ¿por qué no me has dicho nada?
- Yo misma no lo sabía.
- ¡Pero habíamos decidido reunirnos de nuevo!
- No tienes la menor idea de la forma en que se vive en este momento abajo. Todo el mundo nos dice que eso no es grave. Y, además, no sabes como es Pierre. Él no quería.
- No es que sea grave, Emilia. No hay herida que no cicatrice. Grave no es la palabra. Es… es la manera de hacerlo, es la falta de amor. Eso es lo que me hiere más que ninguna otra cosa. ¡La falta de amor! Tengo la impresión… de haber sido traicionada, abandonada, ¿comprendes? En cuanto comprendí que debía perder toda esperanza de reunirme enseguida contigo fue como si se rompiera algo dentro de mí. Me había armado de valor, estaba preparada, y entonces… todo se bloqueó de repente.

No oigo la repuesta de Emilia. Tal vez es que no la hay. Parece haberse establecido entre ambas un pesado silencio.

- Oye, somos cómplices, ¿no? No quiero reprocharte nada. Es un asunto entre nosotras. Solo quisiera que me comprendieras que no tienes que continuar viviendo así, medio dormida.
- ¿Tú crees que estoy dormida?
- Nosotros creemos que estáis *todos* dormidos. En cuanto nos acercamos a vosotros para volver, parece que hemos de afrontar un desafío. Creo que no hay ni un solo ser entre nosotros que no se pregunte: “¿Nos oirán? ¿Tienen al menos la sensación de que hay alguien que va a su encuentro y que los está viendo?”. Sabemos que descendemos a un mundo en el que se ha eliminado sistemáticamente todo lo que debería ser respetado como sagrado.
- Pero tú sabes de sobra que yo no he sido educada en la religión.
- ¿Quién habla de religión, Emilia? ¡Te estoy hablando de lo sagrado! ¡No tiene nada que ver! Lo sagrado pertenece a la Vida, a su fundamente, a su esencia, Es el respeto a un misterio que nos supera a todos, seamos quienes seamos.
- Intenta comprenderme. Tenías perfecto derecho a no aceptarme. Yo sólo hubiera querido… que me lo explicaras, que me dijeras que me querías pero que no era un buen momento para ti. Hubiera esperado a que me dieras… otra cita.
- No sabía que eras tú. Ni siquiera sabía que había una auténtica presencia en mi seno.

Algo se altera en el espacio mental que se ha tejido entre Florence y Emilia. La consciencia de ambas debe de haberse expansionado de pronto liberándose de su carga emocional, pues yo me siento invitado de nuevo a entrar en su mundo. Vuelvo a ver sus siluetas, que parecen esculpidas en la luz. El cambio se debe, sin lugar a dudas, a que sus corazones se han abierto plenamente, dilatando así el horizonte de su universo interior. Incluso se ha creado a su alrededor un decorado que procede, con toda seguridad, de antiguos recuerdos comunes, y que les ayuda a centrarse de nuevo en torno a los que las une.

Las dos mujeres están sentadas sobre la hierba, en una pradera sembrada de margaritas. Cerca de ellas veo un viejo tronco y un cachorro que brinca por allí. A lo lejos todo queda difuminado en medio de una soleada niebla.

- Sin embargo, te he encontrado muy dolida, Emilia. Eso significa que, a pesar de todo, tú me sentías.
- No sé. Me decía a mí misma que sin duda era mi cuerpo que reaccionaba independientemente de mí, que se reorganizaba. Bueno…

La voz de Emilia queda ahogada en un sollozo. Después de un momento respira de nuevo y puede continuar.

- Bueno…, si, me siento culpable. Pero no en la cabeza, pues tengo mil razones para justificarme, sino en lo más profundo de mi corazón. Además, está Pierre. Él nunca ha querido hablar con sinceridad de todo esto. Prefiere verlo como un problema matemático que hay que resolver y para el que no hace falta cierto estado de ánimo. Aunque yo creo que él se protege a su manera porque es muy sensible. Ha hecho como yo, ha preferido no pararse a pensar en lo que no comprende. Por otra parte, a él le parecía natural porque a su madre le ocurrió lo mismo cuando él tenía unos diez años. ¡Oh, dime otra vez que no es tan grave!

Florence sonríe con tristeza.

- No... – dice al fin, con una especie de suspiro -. Solo es… una página del cuaderno que ha sido arrancada y que habrá que volver a escribir de otra manera.

De pronto, Emilia se sobresalta. Su cuerpo de luz y el verde decorado en el que yo acaba de ser admitido desaparecen en una fracción de segundo. Ya no las veo. Yo mismo tengo la impresión de que tiran de mí hacia abajo o de que caigo en el fondo de algo. El espacio mental del mundo que compartía con Florence y Emilia ha estallado como una pompa de jabón.

Por suerte, esa desagradable sensación dura poco, y enseguida me encuentro en la acogedora atmósfera de la habitación de Emilia. El molesto timbrazo de un teléfono que se encuentra en el suelo, cerca de la cama, acaba de sacar a la joven de su sueño, que a duras penas consigue descolgar el auricular y farfullar con voz opaca unas palabras.

- ¿Eres tú Pierre? Acaba de dormirme. No, de verdad, estoy bien. No, no, no estoy enfadada. Tenía un sueño muy raro. Ya te lo contaré mañana. Si, yo también.

Con un gesto pesado y torpe, la joven cuelga el auricular. Yo, por mi parte, también siento que ha contado la *línea*. Emilia va a intentar dormirse de nuevo, y Florence ha vuelto a su mundo, más allá del velo… No me queda más remedio que retornar a mi cuerpo para intentar tomar el cuaderno y la pluma dentro de unas horas.

III. JUNTO A UN ALMA-RAIZ.

Las preguntas que se han amontonado en mi mente desde que estuve en contacto con Florence y Emilia por última vez son incontables. Tengo las estanterías a rebosar; he tenido tiempo de llenarlas, incluso de clasificar las preguntas, porque hace muchos días que no he intentado nada para obtener respuestas. No notaba signo alguno que pudiera parecer una llamada de Florence; y, además, quería permanecer fiel a mi decisión de no forzar ni precipitar las cosas.

Sin embargo, creo que hoy ha llegado el momento de avanzar un poco. Si mi interlocutora se ha reconstruido algo más a sí misma, si su alma se ha tranquilizado, me comprometo a abordar con ella algunos puntos que todavía encuentran oscuros muchas personas que se hacen preguntas en torno al tema del nacimiento, en concreto respecto a evitarlo o no.

Reunirse con un alma en el mundo donde vive es una sencilla cuestión de corazón, siempre ha sido así. No hay un itinerario establecido de antemano. La *fibra óptica* o el *cable de banda ancha* que facilita el viaje a gran velocidad tiene sólo un nombre: Amor. Un amor que ha madurado poco a poco, que no se identifica con la carne y que está libre de cualquier cadena.

No tengo la menor idea del lugar en que se encuentra Florence. Sólo su rostro – no sé si atreverme a decir *florentino* – y la incipiente amistad que se ha tejido entre nosotros me sirven de hilo conductores. Siempre ocurre así cuando se ha creado un vínculo entre dos almas: es como si se intercambiaran sus códigos de acceso. No es una expresión muy poética, pero resulta muy elocuente en la sociedad actual, caracterizada por la tecnología.

Sí, cada alma, cada consciencia tiene su propio código, que es como un conjunto extraordinariamente complejo de frecuencias vibratorias, portadora cada una de ellas de una infinitud de trayectorias, de historias personales y, por lo tanto, de memorias. De modo que, cuando dos seres se encuentran por primera vez o se reúnen de nuevo, son dos universos los que, aún sin saberlo, intercambian miles de millones de informaciones; entre ambos pueden tenderse una infinitud de puentes.

Cuando un hombre y una mujer se unen en una vida, aunque sólo sea durante cinco minutos, cuando un vientre materno acoge algunas semanas una presencia, se teje entre ellos un hilo de plata que los une para siempre.

¿Por qué de plata? Porque, en un principio, está hecho de impulsos y emociones; es tarea de cada persona convertirlo un hilo de oro con el transcurso del tiempo, cuando comprenda su sentido y sea capaz de sublimarlo a través de la multitud de mundos y de vidas que a todos se nos ha dado vivir.

- ¿Cuánto tiempo hace? ¿Lo ha calculado?
- Ahora hace casi un mes, Florence.

Esta vez me he reunido con la joven en un decorado completamente distinto. Estamos en una especie de túnel interminable, envueltos en una luz de un color verde muy tenue. Florence sigue llevando el largo vestido azul un poco anticuado con el que la vi la otra vez.

- No me sorprende – responde con una sonrisa forzada. Todavía resulto muy densa, muy pesada, lo sé. Aunque no me extraña, porque es demasiado pronto. Ya he podido entrar un poco en mí misma, pero ha habido algo que me ha traído aquí con un peso en el corazón. ¡Que barbaridad! ¿Por qué se me resiste tanto?
- ¿De qué estás hablando?
- De todo lo que iba a formar mi carne, de las fuerzas que habían comenzado a modelarla. Estoy verdaderamente muerta, ¿comprende? Yo tenía un corazón que latía... y, cuando de pronto decidieron interrumpir sus latidos, produjeron un cortocircuito en la trama inteligente de la vida. Los elementos de la Naturaleza que habían empezado a ensamblarse en mí fueron disgregados de repente. Habían comenzado a organizarse para construirme, primero sólo como *idea*, órgano tras órgano, y he aquí que, de repente, separaron el éter del aire, el aire del fuego, el fuego del agua y el agua de la tierra. Increíble o no, ¡ así es como ocurre esto!
- Imagine una casa que, cuando ya se han levantado las paredes, se viene debajo de repente. Todos los materiales se rompen y entremezclan. Los ladrillos, la argamasa, la madera, el cristal..., todo cae en desorden. Hace falta tiempo para que los elementos que forman los escombros se vayan seleccionando uno tras otro y vuelvan al lugar que en un principio ocupaban en la Naturaleza.
- Pues bien, en un cuerpo pequeño, aunque no sea más que un esbozo de cuerpo, ocurre algo análogo. Hacen falta unos cuarenta días para que los principios vitales que lo construyen vuelvan a su matriz de origen. Es un mecanismo contra el que no se puede hacer nada.
- El fuego se reintegra a la esencia del Fuego; el aire, a la del Aire, y así todo lo demás. Mientras no se haya completado el proceso, hay algo sutil, una especie de gravedad que continúa vinculando el alma con las fuerzas dispersas que estaban tejiendo su vestidura carnal.
- Por eso no consigo volver de verdad a mi hogar y me arrastro por esta especie de pasillo de mi consciencia. No depende por completo de mi voluntad. Es como si mi nave estuviera varada sobre un banco de arena y tuviera que esperar a que subiera la marea para volver a navegar. Tal vez dentro de unos diez de sus días...
- ¿Qué responder a eso? Florence me ha dirigido otra sonrisa un tanto forzada y ahora veo que se aleja un poco en su túnel de luz verde.
- ¿Adónde vas?
- Me gustaría que viera como es ahora mi hogar, así que estoy intentando ir allí para que usted me siga.
- Hablas como si tuviéramos que recorrer una distancia física.
- No, no crea. Las distancias físicas no existen. Sólo hay distancias mentales. ¿Ve este túnel en el que parece que estoy caminando? Pues es una construcción de mi mente. Como ya le he dicho, en mi realidad presente todavía queda la huella marcada por la gravedad de la Tierra, y este túnel es su reflejo. Mi hogar se encuentra ahora aquí, en algún lugar entre los intersticios de esta luz. Estoy tratando de darme a mí misma la impresión de moverme para abrir un espacio en mi corazón y entrar por él. Quédese cerca de mí, se lo ruego.
- Florence, hay una cosa que me gustaría saber. Me has hablado del tiempo que haría falta para que los escombros de una casa en ruinas se seleccionaran por sí mismos y

volvieran al lugar que ocupaban antes en la Naturaleza. Sin embargo, ¿no crees que la mano del hombre podría acelerar la obra del tiempo y librar de escombros el terreno?

Apenas he acabado de decir esto cuando Florence se vuelve hacia mí y me dirige una mirada dolorosamente acariciadora.

- ¿Se refiere a la oración? Pero ¿quién de ustedes ora hoy en día?

- No me refería sólo a eso. Quería decir que también el pensamiento, con la fuerza que tiene cuando va envuelto de comprensión, de amor, de...

Dejo la frase sin terminar porque Florence comienza a sollozar. Su herida está aún demasiado viva y yo, sin quererlo, buscando palabras sinceras, he reavivado su dolor.

- No es nada... – continua casi enseguida rehaciéndose -, hay que decir las cosas con claridad, es un acuerdo entre nosotros. Aquí, usted y yo estamos fuera del tiempo. Pero, como puede ver, a pesar de todo hay en este misterio una especie de reloj de arena interior cuyo ritmo hay que respetar; todo acabará tranquilizándose. Sí, es cierto, ¡Pensamientos de amor! Pensamientos que siembren amor y que lo vuelvan a sembrar, sin duda acortarían el camino. No sé si usted comprenderá todo esto y podrá traducirlo en palabras. Emilia y Pierre ya están tan lejos y al mismo tiempo tan cerca...

Noto que en la consciencia de Florence se ha abierto una rendija. El simple hecho de evocar el amor parece que ha abierto una puerta en su espacio interior porque en un instante se ha modificado la estructura de *lugar* donde nos hemos reunido.

El canal de luz en el que tengo la sensación de caminar tras ella, se hace cada vez más transparente, más cristalino. Desearía que se convirtiera de pronto en un puente que me permitiera cruzar enseguida el río que separa un mundo de otro.

- Florence, me has hablado de tu familia, de tus amigos. ¿Vas a llevarme con ellos?

No sé si ha sido esa pregunta la que ha producido el cambio pero, de pronto, se ha desgarrado un velo. ¡Ahora no veo más que hierba! ¡Hierba por todas partes! Irradia una luminosidad tal que me siento sobrecogido por una viva emoción.

- Precisamente eso era lo que yo quería, esperaba poder hacerlo. Usted me ha ayudado; ahora, la imagen de mi familia y de mis amigos ¡ha aparecido en mi interior con mucha fuerza!

Al volverme veo a Florence de pie ante mí en medio de una inmensa pradera por la que corren algunos caballos. Parece una joven campesina morena y radiante.

- Tengo... tengo la impresión de que acabo de salir de un mal sueño – dice, buscando las palabras -. He tenido una pesadilla.

Sin una palabra más, Florence da media vuelta y comienza a caminar por la hierba con la vista clavada en los pies, por lo que comprendo que trata de disimular sus lágrimas. Yo no digo nada, y la dejo que se aleje un poco.

¿Cómo no voy a emocionarme yo también si sé que lo que está viviendo es una auténtica liberación? Por primera vez desde hace meses de tiempo terrestre respira a pleno pulmón, y su respiración es tan conmovedora que repercute en mí dándome una maravillosa sensación de ligereza.

Sí, voy a dejarla que se aleje tanto como necesite. Ha roto las cadenas de su dolor y regresa a su hogar. Si nuestra historia común terminara en este punto, lo aceptaría sin más.

Mientras ella continúa caminando, percibo una casa a lo lejos, en el otro extremo de la pradera, detrás de una hilera de árboles no muy grandes. Tal vez una granja y sus dependencias. Parece una construcción muy antigua, con el techo de paja, un palomar y un fuerte entramado en las paredes. Un decorado bucólico, como el que todos hemos soñado alguna vez.

- Es ahí – dice de pronto Florence con una voz mucho más dulce que la habitual -. Es ahí donde yo vivía... donde vivo. No sé como tengo que decirlo. Es ahí donde me reúno siempre con *ellos*. Estarán ahí, ¡los he llamado con tanta intensidad! ¿Viene? No he terminado, ¿sabe? ¡Todavía tengo que decirle muchas cosas!

Detrás de los matorrales debe de haber un riachuelo, pues oigo el sonido cristalino de su canto; el arroyo me transmite su magia festiva. Así que avanzo, cruzo una pasarela de madera parecida a las de las tarjetas postales de mi infancia y al cabo de un momento estoy andando por el sendero que conduce a la casa de Florence.

Ella va caminando delante de mí con gravedad, sin volverse y como si se hubiera proyectado ya dentro de la morada. Por mi parte, no quiero perderme nada de lo que pasa y tengo más expandida que nunca la consciencia.

Sin duda he sido llevado por el movimiento de proyección de su alma, pues casi instantáneamente, sin haber cruzado umbral alguno, me encuentro a su lado dentro de la casa, en la puerta de una habitación. En el centro hay una mesa grande, del estilo de las que hay en las granjas, y cuatro personas sentadas alrededor. Se diría que es una familia que está esperando a unos invitados rezagados.

Mientras camino hacia ellos en medio de un decorado que parece de varios siglos atrás, tengo una sensación extraña. Adivino bajo mis pies el relieve suave y duro de un suelo de adobe.

A continuación todo son abrazos. Es cierto, pues, que Florence se reúne aquí con la familia de su alma y, a pesar de la misión que me ha sido confiada, en medio de tales efusiones de afecto casi me siento de más. Yo todavía no pertenezco a su mundo. Además, me doy cuenta perfectamente que mi cuerpo no tiene la misma densidad que la de los que viven aquí.

Sin embargo, no son necesarias las presentaciones. Saben quien soy y que he venido a hacer. ¿Va todo bien? El trabajo que he emprendido ¿va saliendo a mi entera satisfacción?

Respondo que sí, pero que me quedan aún muchos temas que abordar.

Están escuchándome. Les explico que, en la Tierra, hay que consolar y responsabilizar al mismo tiempo. ¿Podré plantearles todas las preguntas que llevo dentro?

- Nos gustas tus palabras. Consolar y responsabilizar. Nosotros creemos que ése es precisamente nuestro papel.

Estas palabras me las ha dirigido un hombre de unos treinta años, de aspecto fuerte y tranquilo, sentado en el otro extremo de la mesa, en cuyos brazos se encuentra acurrucada Florence.

- Florence fue mi hija hace ya mucho tiempo – comenta en tono protector -. Desde entonces hemos mantenido el mismo vínculo.

No puedo menos que sonreír ante una escena tan tierna.

- Yo creía que los vínculos cambiaban de una vida a otra.
- Sí, es cierto. Pero eso no impide que todos tengamos, en otro mundo, un padre, o una madre, o un abuelo, o un amigo... predilecto. Es un apoyo, un refugio, un oído atento al que siempre podemos recurrir.
- ¿Un guía? ¿Un ángel de la guarda, en cierta forma?
- No, ni uno ni otro. Podríamos llamarle... alma-raíz. Así que, en cierta forma, yo soy el alma-raíz del Cielo de Florence, su refugio entre una vida y otra, el que la consuela. Nos hemos adoptado mutuamente con esa finalidad. Respecto a los guías o a los ángeles de la guarda... es distinto. A mi lado estás viendo a unos que están aquí para cumplir una misión. ¡Con mucha frecuencia saben lo que yo ignoro! Su misión es instruir, la mía, reconfortar.

Mientras dice esto, el *padre* de Florence mira con gesto alegre a las otras tres personas que, después de los abrazos, ha vuelto a ocupar sus asientos en torno a la mesa.

A decir verdad, no hay en ellos nada de especial. Son dos mujeres y un hombre vestidos según la moda de una época que podría ser la misma que la de Florence.

Al darse cuenta de que ya tengo preparadas mis preguntas, se echa a reír con una risa comunicativa. Para ser ángeles de la guarda, no pueden ser más humanos. ¡No les encontraría las alas por mucho que las buscara!

Me contagian su risa mientras intento mirarlos al fondo de los ojos, y empiezo a comprender que es aquí, en su compañía, donde todo puede aclararse de verdad.

En realidad ignoro cómo debo de proceder. En primer lugar, porque me siento en medio de una verdadera familia, y ahora mi lista de preguntas me parece totalmente incongruente. Somos seis personas alrededor de la mesa, ¡y no tengo la menor intención de hacer de periodista! Preferiría que se olvidaran de mí y me dejaran mirar y escuchar, sin más.

A pesar de todo, surge en mi interior una pregunta. No sé si la he formulado de verdad o si sólo la he pensado.

- ¿Ustedes sabían todo eso? ¿Sabían lo que le iba a ocurrir a Florence?
- Lo que quieres saber es nuestra opinión, ¿verdad? Pero antes te preguntaremos cuál es el destino de tu próximo viajes. ¿Lo sabes?
- Pues sí, claro. Sé adónde iré dentro de dos meses.
- Querrás decir que crees saberlo, pero, en realidad, ni siquiera sabes si harás el viaje. En la Tierra, todos los proyectos se apoyan en la confianza de poder realizarlos, son una apuesta de futuro, ¿no es así?
- Pues bien, para nosotros, aquí, es lo mismo. Deseamos esto o aquello, proyectamos un viaje u otro, en definitiva, apostamos. Es decir, que el destino de cada persona no está escrito de forma inmutable, sino que se escribe... ¡en cada instante! Incluso desde nuestras perspectiva, siempre hay incógnitas que despejar, riesgos que tomar y empresas de apariencia imposible que afrontar. Nadie está colocado sobre unos raíles, ni en un mundo ni en otro. Cada instante de la vida puede ser una encrucijada de caminos. ¿Has pensado en eso?
- De modo que, cuando un ser va a encarnarse, lleva impreso en él un cúmulo increíble de posibilidades y de riesgos. Florence se dio buena prisa en olvidar todo esto en cuanto sus padres la concibieron. Sin embargo, la probabilidad que tenía de volver enseguida con nosotros era del ochenta por ciento, y ella lo sabía.
- ¿No es un poco absurdo?

- La Vida se introduce una y otra vez, incansablemente, por cualquier resquicio y en cualquier lugar, por pequeño que sea, dispuesto a recibirla. Es su definición original. La Vida siempre avanza y hace de todas las adversidades terreno de crecimiento. La Fuerza que la Vida lleva en sí desconoce por completo las nociones de éxito o fracaso.
- Pierre y Emilia hubieran crecido con Florence a su lado, es cierto. Pero, al no acoger a su alma, ¿han fracasado en una especie de examen? Nadie puede decirlo porque, a través de su rechazo, crecerán de otra manera y harán avanzar a Florence de un modo diferente. Juzgar es demasiado fácil, ¡es señal de ignorancia!
- Sí, Florence sabía que estaba en la cuerda floja. Sin embargo, a medida que se acercaba al aura terrestre, no sólo desde el punto de vista psicológico sino vibratorio, iba olvidando que había aceptado libremente el riesgo.
- El guía que me ha respondido es el más joven de los tres. Digo el más joven porque esa es la impresión que dan los rasgos de su rostro, aunque soy consciente de que la apariencia bajo la que se presentan los guías no es inmutable: depende del estado en que se encuentre su alma.
- ¿Ocurre así con todos? Quiero decir, si todos los seres que viven un aborto siguen el mismo itinerario que Florence.
- ¡Oh! Podría responderte que sí porque todas las almas tienen la misma biología sutil; pero, en la práctica, una prueba, una adversidad, es siempre individual y, por lo tanto única.
- Hace unos momentos hablábamos de viaje. Para ir de un punto a otro, aunque dos seres hayan tomado el mismo camino, su itinerario interior es diferente. El trayecto no se vive sólo a través del paisaje; como bien sabes, se puede recorrer con un vehículo más o menos rápido, más o menos adecuado, y con un equipaje más o menos pesado en el maletero.
- Sin contar con el estado de ánimo con el que se emprende el viaje; supongo, que es nuestro paisaje íntimo.
- Evidentemente. Comprenderás pues por qué he matizado mi respuesta. Aunque el viaje parezca idéntico, hay mil formas diferentes de vivirlo, de aceptarlo o de rechazarlo.
- ¿Y el sufrimiento?
- Por las mismas razones, a cada persona le afecta de un modo diferente. Unos cuerpos son más resistentes al dolor que otros y unas almas son más sensibles que otras. La dimensión de una prueba, la intensidad de una adversidad es totalmente subjetivo, depende de la fuerza que uno tenga para afrontarla.
- ¿Yo la he afrontado bien? – dice Florence, desprendiéndose del abrazo afectuoso de su *padre*.
- Tú la has atravesado... conscientemente; es decir, según nos ha parecido, la has atravesado con una mente muy potente y una lucidez que ha debido de hacerte daño.
- Yo quería comprender y despertar. Tenía que salir adelante lo antes posible.
- ¡Ése es el fondo de la cuestión! ¡Ahí está el problema de la aventura humana, Florence! Si uno se duerme, se hunde bajo el peso del aburrimiento; pero cuando comienza a salir de su entorpecimiento para liberarse y emprender el vuelo, se encuentra dividido entre las fuerzas opuestas que tiran de él. ¿Has visto alguna vez que germine una semilla sin que se rompa la cáscara que la envuelve? ¿Crees que la fuerza de la Vida que hay en ella, pro primaria que sea, no conoce los dolores del parto?
- Escucha... Ten la seguridad de que las reglas del juego no son diferentes para los que podrían haber sido tus padres. Pierre y Emilia se han hecho preguntas en función de su apertura de consciencia y de su sensibilidad. Su pena ha sido a la medida de su corazón y, evidentemente, de su capacidad de comprensión.
- ¿Y qué me dices de su responsabilidad en todo esto?

El guía responde primero con una sonrisa; después, su voz continúa con la misma dulce paciencia.

- ¿Su responsabilidad? Pues... naturalmente es proporcional a su despertar, a su grado de lucidez, podríamos decir. En cuanto a la falta de amor, es otra cuestión. Ahí es donde está la clave del problema. El amor que cada uno lleva en sí no procede del modelo cultural que haya heredado, ni del conjunto de informaciones a las que pueda haber accedido. Es... otra cosa. Como sabes, nosotros le llamamos a veces el barómetro del alma. No se implanta en el cerebro de un ser para que funcione como un programa cualquiera, no.
- Bueno, y también está... *tu responsabilidad*, Florence. Ya hemos hablado de eso. El diseño de la red que se teje en torno a un embarazo se realiza entre tres. Está el encuentro de los padres y, además...
- Podía haber sido un alma diferente a la mía – interrumpe Florence, como lanzando un desafío.

- Podía, sí. Hay miles de millones de consciencias que buscan un cuerpo de carne en algún lugar del universo. Es cierto. Sin embargo, tú las has dejado atrás por la sencilla razón de que lo que has ido escribiendo en ti con el correr del tiempo respondía sorprendentemente a las páginas blancas del libro que Emilia y Pierre habían decidido escribir en común. De ahí vuestro reencuentro, aunque haya sido breve. De ahí todos los reencuentros que tienen lugar. ¿El azar? Aquí no sabemos que es el azar.
- En otro nivel, ¿crees que el azar tiene algo que ver en la carrera desenfrenada de espermatozoides que se dirigen hacia un único óvulo? Como todo el mundo sabe, sólo uno de ellos tendrá éxito, en tanto que los demás partirán de nuevo a dar otra vuelta por la rueda de la vida. ¿Por qué él y no otro? Porque en los infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande, no existen dos formas de vida idénticas. Algunas son más maduras, más amantes... o más fuertes que otras. Recuérdalo, Florence, incluso en el corazón del núcleo del átomo, la inteligencia no es una palabra vana.

Yo miro a Florence; ella no dice nada. Asiente moviendo suavemente la cabeza, lo que me hace pensar que no es la primera vez que escucha todo eso.

Ahora toma la palabra una de las guías. Yo espero que aporte alguna otra idea que enriquezca lo que acaban de decir. Pero, no. Se dirige a mí.

- El nacimiento, el aborto, la muerte... son expresiones de un mismo principio. Todos esos acontecimientos son simples metamorfosis. Algunos llegan en momentos que se consideran adecuados, otros son precipitados. Según de que modo los viva el alma, le causan un impacto más o menos profundo. Así pues, tanto en el nacimiento como en la muerte, el alma encuentra su camino..., o no lo encuentra, dependiendo del grado de luz que haya en ella.
- En cuanto al amor, ya lo has visto, es lo que de verdad ayuda a pasar de un mundo a otro, tanto al salir como al llegar, son los polvos mágicos con los que debe llenar su equipaje el viajero que quiera tener un camino más amplio. Si existe algún drama, no es el de la muerte, desde luego, sino el de extraviarse entre los mundos.
- ¿Quieres decir que Florence podría haber deambulado durante mucho más tiempo por el laberinto de su pena?
- Florence no, porque su alma ya es adulta. Pero eso es lo que les ocurre a muchos seres que no han sido acogidos por sus padres potenciales. Se convierten en víctimas de su inmadurez, y el camino que recorren por el universo es tan ambiguo e indefinido como la comprensión que tienen de la vida y de sí mismos.
- Aunque, como comprenderás, todo depende del momento en que el alma sea expulsada del feto. Es evidente que cuanto más tiempo pasa, tanto más importante es el impacto. Lo contrario no sería lógico, porque lo que interviene aquí no es solo la psicología.

En este momento se me ocurre otra pregunta, y quiero hacerla sin rodeos.

- Aquí, al otro lado del telón de la vida, ¿se considera que el aborto es un asesinato?

Las tres almas-guías de Florence se miran un instante antes de dirigirse de nuevo a mí. A decir verdad, ignoro cuál de las tres va a responderme, pues en este momento parece desprenderse de las tres una sola y única fuerza casi impersonal.

- ¿Un asesinato? Escucha, en este mundo no hay jueces. Es cada uno el que debe determinar, en el fondo de su corazón, si ha sido o no un asesino. Nuestra misión consiste en ayudar a que cada persona quite los obstáculos que le impiden ver en su jungla interior. Los tocólogos no son sepultureros. Acogen lo que se presenta y, por medio de lo que la Vida pone entre sus manos, también ellos van aprendiendo.
- Pero como sin duda estás esperando una respuesta precisa, menos metafísica podríamos decir, vamos a entrar en consideraciones más concretas.
- Cada aborto es un caso único debido a la complejidad de los vínculos que existen entre los seres humanos. No obstante, podemos considerar a grandes rasgos algunos aspectos que merecen una atención especial porque permiten comprender que nunca se puede dar una respuesta categórica.
- Piensa en las malformaciones graves, en las violaciones... No es cuestión de acusar siempre al Karma, como si funcionara de un modo automático; eso sería una apreciación pueril. Cada persona, en el fondo de su conciencia, es dueña de sí misma y sabe cuál es su capacidad para tener, o no tener, determinadas vivencias. Por eso, juzgar las decisiones de los demás y condenarlas sin apelación nos parece un comportamiento primario.
- Ten en cuenta que, cuando alguien juzga a otro ser, tanto si lo critica de verdad como si se limita a hacer un juicio de orden moral, tanto el juez como el acusado están siendo puestos a prueba.
- Aquí vivimos en la realidad del alma. No existen fichas de identificación de cada individuo y, por lo tanto, nadie va marcando casillas con una cruz. Cada persona, en el fondo de su corazón, acaba por detenerse a mirar lo que ha hecho, cómo y por qué. Y, a

decir verdad, muchas veces el cómo y el porqué son más importantes que el acto en sí, pues muestran el itinerario que está siguiendo el alma en lo más profundo de su corazón y ponen de manifiesto las cosas que siembran en ella luz o sombra.

- No olvides que *lo que llena el corazón es lo que llenará la memoria del alma*. Cuando se ha comprendido ese principio, se han comprendido muchas cosas, y se tiene menos tendencia a rechazar o a pronunciarse con severidad respecto a algunas cuestiones.

- Pero, puesto que hablamos de asesinato y de juicio, ¿no crees que deberías también preguntarle a Florence?

Estas últimas palabras, pronunciadas en un tono ligeramente malicioso, acaban de redistribuir las cartas en torno a la mesa. A mi derecha, Florence se ha levantado. Con aspecto grave, escucha con atención. Ahora está de pie junto a su *padre*.

- Pues sí. Florence – dice éste -. No puedes negarlo. Eres tú, sobre todo, quien tiene que decidir como ha de continuar todo esto. Nosotros sólo tratamos de decirte que la óptica bajo la que mires este asunto es determinante.

- La pregunta es clara: ¿piensas alimentar un profundo resentimiento contra Pierre y Emilia? Si ahogas tu sufrimiento, si reprimes la cólera o la violencia en el fondo de tu corazón, en tu próxima encarnación te los encontrarás en el camino. Así que no pienses que los que podían haber sido tus padres tienen alguna deuda contigo, no creas siquiera que la Vida te debe alguna reparación.

- Si, ya lo sé; me lo han repetido mil veces. “Los traumatismos de la conciencia son problemas que el alma no ha digerido, porque no quiere abandonar su papel de víctima” Es evidente, pero...

- Pero ¿qué?

Florence no responde. Baja la cabeza y parece refugiarse en su mundo interior. Es como si se sintiera decepcionada de sí misma y se dijera: “¡Pero seguimos siendo tan humanos a este lado del espejo...!. Después de un momento, dice con voz cansina.

- Pero lo que dices respecto a mí también es cierto para Emilia. Nos hemos visto, ¿sabes? Hemos hablado. Tiene pena y cólera... a manos llenas. De modo que no es necesario que yo la juzgue. ¡Ya se juzga ella a sí misma! Si vieras como lloraba...

- Esta vez es el más joven de los guías el que toma la palabra.

- Escucha, el fondo de su ser y todo lo que ponga en él es cosa suya. Pero, para tejer un verdadero karma, uno de esos que se pegan al alma, deben reunirse varios seres en torno al mismo telar. Podríamos decir que los que tienen un cuerpo de carne tensan algunos hilos y los que están al otro lado del decorado, como tú ahora, tienen entera libertad para responder o no a la invitación de aportar más hilos al telar y completar así el tejido. Una ofensa que afecte sólo a una de las partes, se extingue con mucha mayor rapidez que si las dos se sienten ofendidas.

- Por eso, después de un impacto como el de un aborto, por ejemplo, el primero que consiga la paz de su espíritu, transmite al otro su estado de ánimo. Ocurre siempre así. Pero, si se espera demasiado, resulta más difícil encontrar el antídoto.

- Es muy sencillo. Emilia y tú tenéis que llorar todo lo que os haga falta. Retener las lágrimas no haría más que perjudicaros. Para superar el duelo, hay que vivirlo hasta el final, hasta agotarlo, ¿comprendes? Al ser humano le pasa a veces como a esas baterías que hay que descargar por completo antes de volver a cargarlas. Ve al encuentro de Emilia durante su sueño tantas veces como puedas. Las palabras no son necesarias. Abrazaos, ¡y llorad todo lo que necesitéis!

El guía de Florence se vuelve de pronto hacia mí y me obsequia con estas palabras:

- Todo esto es fundamental. Por eso desearíamos que te hicieras eco de ello con toda fidelidad. Ya es hora de tender nuevos puentes entre un mundo y otro. El miedo y el olvido han trazado entre ambos un río-frontera que se puede cruzar con mucha más facilidad de lo que se cree. Así que, ¡dilo!

- Si todos los que han rechazado la venida de un niño pudieran darle cita en su sueño, al menos durante algún tiempo, ¡cuánto bien les haría! ¡Y cuán reparador sería para los seres rechazados! Sí, ya has visto que cuando las almas entran en otro estado de consciencia, hallan fácilmente el camino que les permite el reencuentro. No son necesarias las palabras, ni los argumentos, ni las explicaciones. Sin emitir juicios de valor y por encima de las razones que uno pueda dar para justificarse (“hubiera hecho falta que” o “yo hubiera tenido que”) hay que aprender a ir al encuentro del ser que no puedo venir.

- Todas las personas a quienes concierne esta cuestión tienen el deber de convocar esa reunión cada noche desde el fondo de su corazón, justo antes de dormirse, *(Véase al final del libro el ejercicio que se propone al respecto).* Como bien sabes, la noche no es el abismo de inconsciencia o de entorpecimiento que muchos pretenden. Es el teatro de otra acción tan efectiva como la que se lleva a cabo en el cuerpo físico, si no más. Poco importa

que la realidad terrenal corra sobre ella el velo del olvido, o que la mente encarnada la distorsione. La verdad es la verdad. La vida tiene varios niveles, y ver en ella una realidad de una sola dimensión es convertirse en un paralítico que camina por un hermoso paisaje... oculto totalmente por la niebla.

- Es cierto que se puede eludir semejante tipo de reflexiones y vivir la vida en la Tierra como el que come con egoísmo y glotonería, es decir, sirviéndose la mejor tajada y despreocupándose de los demás. Se puede, claro, y eso es lo que hacen muchos de los que están ahora allí encarnados. Sólo que la comida dura apenas un rato. Y, luego, cada uno tiene que habérselas a solas consigo mismo porque, para tomar la comparación que ha puesto antes Florence, ha de hacer la digestión él solo. Evidentemente, se pueden aliviar ciertas molestias de estómago con una píldora, o tranquilizar la conciencia con una confesión, pero si uno no tiene cuidado y la irreflexión se convierte en la norma de vida, no pasará mucho tiempo sin que se le obstruyan las arterias.

- Sí, el alma humana puede intoxicarse. Hay que decirlo con claridad y explicar las razones. Por eso hemos sugerido a Florence que compartiera contigo su viaje.

- Los grandes principios generales son los mismos a los dos lados de lo que se llama vida y la muerte porque están dentro del mismo Juego Supremo que los hace actuar de modo simultáneo e interdependiente. ¡Y, cuando uno es capaz de verlo, se da cuenta de lo maravilloso que es!

Mientras yo escucho estas palabras, Florence se ha acercado un sillón y se ha dejado caer en él pesadamente. Se la ve muy menuda metida en el gran vestido azul y parece muy cansada. Sin duda está llegando al final de ese ir y venir entre el vientre en el que hubiera deseado ser cobijada y este hogar que responde a las más profundas aspiraciones de su alma.

En la habitación que nos ha reunido reina ahora un largo y apacible silencio y nos sentimos envueltos por un sutil halo de ternura que parece irradiar de Florence. Florence, que, con la cabeza inclinada de medio lado, se adormece poco a poco en su rincón.

Con el hálito de su presencia adormecida, todo el escenario de su mundo va a ponerse entre paréntesis. ¿Qué debo entonces hacer yo sino despertarme a mi propio cuerpo?

IV. HERIDAS Y CONFESIONES

No sé cuantas veces ha salido el sol desde que estuve en contacto con Florence la última vez. No he contado os días. Todos necesitamos dormir, tanto *arriba* como *abajo*, y para ello no buscamos más que un capullo de ternura.

Incluso de retorno a su hogar, es decir, al ambiente tan caro a su corazón, Florence lo necesitaba y sé que no he sido sólo yo quien se ha alejado para respetar su ritmo: sus guías y su padre, su alma-raíz, también se han ido a otro mundo, a otras frecuencias de vida.

Si hoy he vuelto a su lado es porque me ha dado una señal a través del vínculo sutil que ya existe entre nosotros, y una especie de intuición profunda me ha indicado que era el momento adecuado.

Florence ha madurado, se ha encontrado a sí misma un poco más, casi plenamente. Por otro parte, me recibe en un ambiente que no se parece nada al de nuestro primer encuentro.

Estamos en un jardín dispuesto en terrazas al borde de un lago. Hay varias columnas entre las que se abren paso y se entrelazan unos rosales en flor y amplias escaleras de piedra con macetones rebosantes de plantas que caen en abundantes racimos. Se diría que nos hemos dado cita con la suavidad, con la delicadeza; confieso que siento la tentación de olvidar las preocupaciones que me han hecho responder a su llamada.

Sin embargo, no puedo ignorar por mucho tiempo las razones que han empujado a mi cuerpo de luz a venir hasta aquí. Florence no está sola. A su alrededor, sentadas en el suelo o en un murito bajo, unas doce personas están hablando; al mismo tiempo están prestando especial atención a mi llegada. Son amigos, evidentemente, una especie de familia de almas como las que se constituyen en esta vertiente de la vida.

- Le he traído hasta aquí porque, como usted me acompaña en el camino y, por otra parte, yo quiero comprenderlo todo, me ha parecido que sería una lástima que tuviera sólo mi testimonio personal, pues lo que me ha ocurrido a mí es apenas un ejemplo entre otros muchos. He comenzado a abrir puertas para usted, y por eso he reunido aquí a todos estos amigos. Tienen algo distinto que contarle. Ya verá, sus reflexiones son piezas clave...

Así que me siento yo también en un pequeño muro de una de las terrazas y me dispongo a escuchar. Cruzo la mirada con la de todos y cada uno de los aquí presentes. Algunos parecen viejos; otros, en cambio, brillan con el fulgor de la adolescencia. Por extraño que parezca, no me detengo a pensar en si son masculinos o femeninos. Son miradas de alma, y eso es lo único que me conmueve.

- ¿Sabe por qué Florence nos ha reunido aquí? – me pregunta uno de ellos -. Es muy sencillo. Nosotros también queremos participar, como ella, en el movimiento de despertar que parece haber hoy en día en la Tierra. Lo que hemos vivido nosotros es tema de un gran debate, y no queremos permanecer mudos.
- Mire, mis amigos y yo hemos vivido lo que ustedes llaman púdicamente una "Interrupción voluntaria del embarazo por razones eugenésicas". En otras palabras, un aborto terapéutico. Cada uno de nosotros podría contarle su caso particular; pero pensamos que lo puede hacer progresar la vida es lo que reflexionemos juntos. Bajo esa óptica nos hemos reunido aquí.
- En primer lugar quiero decirle que, aunque ahora nos vea así, no crea que hemos salido fríamente del aborto; cualesquiera que sean los motivos, el aborto es siempre una adversidad. También nosotros sabemos lo que es el miedo, la soledad y el sufrimiento; hemos tenido que recorrer un laberinto interno antes de lograr construirnos de nuevo recopilando desde dentro los elementos dispersos de nuestra identidad. Ya lo ha visto con Florence. Y sin duda habrá comprendido que cada ser emerge en este lado de la vida según su grado de consciencia y voluntad, es decir, según lo despierta que tenga el alma.
- Lo que pretendemos ahora es explicarle cómo y por qué nos hemos visto empujados a entrar en un embrión que se convirtió en un feto con un defecto importante.
- Sí, ¿Por qué? Al hablar de genética se dice que entra en juego el azar, que a veces es la propia Naturaleza la que malogra el embrión, y que algunas malformaciones se deben a las sustancias químicas que han entrado en el cuerpo de la madre. Pero, en definitiva, eso es quedarse en la superficie de las cosas. Yo creo que la verdadera pregunta es la que vosotros habéis planteado: "¿Qué es lo que hace que un alma tome posesión de un cuerpo con una grave malformación a sabiendas de que va a vivir una muerte por aborto?". ¿Hay alguno de vosotros que no haya sido consciente de la situación antes de comenzar el descenso a la encarnación?
- ¡Oh! Hay muchos casos diferentes – adelanta con desgana una presencia que parece todavía adolescente y que está de pie, apoyada en una de las numerosas columnas de la terraza -. Si se inicia el proceso de descenso a un cuerpo cuando el alma es todavía inmadura y, por lo tanto, aún está embotada, adormecida... no se da cuenta de nada. Se soporta el fenómeno y ya está. Pero eso no tiene nada que ver con lo que nos ha pasado a los que estamos aquí. Todos nosotros hemos vivido el proceso con lucidez, y por eso ahora podemos dar testimonio. Aunque, si hemos sufrido, ha sido precisamente por ser lúcidos. En todos los casos ha sido una iniciación, teníamos que pasar por una puerta muy estrecha...
- Y hacer pasar por ella a otros seres en algún lugar de la Tierra.
- Sí. Todo está vinculado. El reparto de papeles no es fruto del azar, sino que responde a las leyes, o más bien a los imperativos de una organización de la vida muchísimo más sutil de lo que se cree. La genética no es más que el último eslabón de esa organización, el último paso que conduce a la realización de una exigencia.
- ¿Así que todos vosotros sabíais que vuestro cuerpo estaba programado, en cierta forma, para una grave malformación y que vuestras madres se negarían a llevar a término su embarazo?
- Nosotros sabíamos cuál era nuestro defecto. En cuanto a que el aborto se llevara cabo... era sólo una probabilidad. Una de las mayores grandezas del espíritu humano es su libertad y, por lo tanto, su aspecto imprevisible.

Las miradas se van animando en el seno de nuestro pequeño grupo. Florence se ha retirado un poco, contempla el lago y el horizonte de montañas que se divisa a lo lejos. Parece ausente; satisfecha, simplemente, de la reunión que ha organizado. Pero la conozco ya lo suficiente como para adivinar que no se pierde una sola palabra de las que se están pronunciando aquí.

- Entonces, mientras habéis estado en la atmósfera que rodeaba al embrión, incluso después, ya en el interior de un pequeño feto con una malformación, ¿Habéis sentido una angustia constante?

Todos querrían hablar, pero esta vez es una presencia masculina la que se adelanta a las demás.

- No necesariamente. En cuanto a mí concierne, yo incluso me sentía muy sereno. Es porque, ¿sabe?, mientras estamos en contacto consciente con la verdadera morada de nuestra alma, tenemos una perspectiva muy distinta de las adversidades o prueba que sabemos se nos van a presentar.
- El defecto que yo tenía era de orden psíquico. Una vez, encarnado, mi consciencia habría estado completamente dormida y sólo habría despertado durante el sueño. Sólo durante el sueño me habría reintegrado a mi verdadero mundo, a mi auténtica realidad. El

resto hubiera sido una vida entre paréntesis. Habría vivido siempre con la inconsciencia de un niño pequeño que depende absolutamente de sus padres.

- En realidad la prueba no era para mí, sino para los que debían acogerme y ocuparse de mi persona. Yo era el test, el punto de interrogación que la Inteligencia de la Vida ponía en su camino. Lo único que yo hice fue aceptar ser el instrumento, porque también estaba en mi camino. Vivir en la Tierra sumido en una especie de somnolencia no me parecía que fuera una cosa tan terrible. Al menos no lo era para mí.

- Así que… ¿angustia? No. No. Salvo el momento mismo del aborto. Se produjo de una manera… digamos, técnica, aséptica, sin emoción ni amor. Eso sí que me hizo sufrir. Tanto los que rechazaron mi llegada como los que desencadenaron químicamente mi partida consideraban que yo no era un alma sino apenas un trocito de carne completamente desorganizada. Pero yo era fuerte, y enseguida subí de nuevo a la superficie de mi propia realidad sin caer en la rebeldía de la indignación.

- Pero sé de algunos seres menos fuertes que yo que han vivido situaciones análogas y a quienes la falta de amor les ha causado una profunda herida en el corazón. En su próxima encarnación, sentirán una gran carencia afectiva a lo largo de todo el camino. Una carencia, un miedo que ningún argumento *razonable* podrá explicar.

- No hay una regla general, como ya se ha dicho aquí, porque no hay dos seres humanos idénticos. Ni muchísimo menos. Hay millones de niveles posibles en la escala de su realidad corporal y afectiva.

- Yo me sentí muy herida.

El ser que ha pronunciado estas palabras tiene la apariencia de una niña de unos diez años. Era una presencia tan discreta, allí, con su vestido amarillo, que me había pasado totalmente desapercibida.

- Yo me sentí muy herida porque mi defecto no era tan importante. Sólo me faltaba el brazo izquierdo. Podía haber vivido así, ¿comprende? Tendría que haber vivido así. Mi alma tenía algo que aprender: paciencia, tolerancia y compasión. No habría sido fácil, desde luego, pero era mi decisión. Quería cultivar todas esas cualidades.

- ¿Puedes decirme algo más?

- ¡Oh! Mi caso no es complicado. Yo ya había vivido una existencia en la que me había mostrado especialmente dura e intolerante con las personas que tenían alguna malformación física, incluso las despreciaba. No sé como expresarlo. Para mí era algo repugnante, me daba miedo, como si la minusvalía corporal indicara una mancha del alma, o como si fuera contagioso.

- La única forma de sanar esa actitud estúpida y tan poco afectuosa era encarnarme yo misma en un cuerpo mal formado. ¿Sabe? La compasión no es un regalo que nos cae del Cielo un buen día, sino que procede del interior. Para hacerla crecer en nosotros hay que poner los medios, es decir, hay que aprender a sentir lo que el otro siente, a experimentar lo que él experimenta. Sólo así se nos caerán de los ojos las escamas que nos impiden ver con claridad. Yo ya había comprendido esto.

- Pero no vaya a sacar la conclusión de que todas las personas a las que le falta un brazo o una pierna están en la misma situación. No. Yo sólo quería hablarle de mi experiencia porque ha sido muy dolorosa y creo que puede hacer reflexionar.

- Yo quería vivir, ¿sabe? Así que, cuando mis padres decidieron interrumpir el embarazo tras el informe médico, yo viví aquello como un fracaso personal. Su rechazo, además, revestía cierta gravedad, porque eran conscientes de que en el feto había *alguien*.

- ¿Acaso no se sintieron bastantes fuertes? ¿O tal vez pensaron que no podrían estar a la altura de aquello en lo que creían?

- No, no era eso. Querían a alguien perfecto en todos los aspectos, a alguien que estuviera exactamente a la altura de sus aspiraciones…, es decir, de sus condicionamientos sociales. Vivían en Norteamérica y, en su ambiente, todo tenía que parecer irreprochable. Mi defecto hubiera sido para ellos una vergüenza, o la prueba de alguna tara personal.

- No comprendieron… No comprendieron que, en realidad, no creían en lo que decían creer. Seguían yendo a la iglesia todos los domingos, y rezaron para hacerse perdonar. Le rezaron a un dios de estampas de tonos suaves… Eso fue todo. Y, respecto a mí, se dieron buena prisa en borrar mi nombre de su memoria. Ya sabe usted que hay personas así, que tienen gran capacidad para alejar de su mente lo que les perturba.

La pequeña niña de diez años ha terminado estas palabras con una pizca de amargura, que me sorprende un poco porque desentona bastante con la serenidad del jardín donde nos encontramos… Necesito saber más.

- Por lo que dices, tú estabas casi segura de que tus padres iban a aceptarte en las condiciones que habías elegido, ¿no? Eso es lo que me extraña.

Tras un largo silencio, interrumpido sólo por algunas sonrisas aquí y allá, mi interlocutora responde al fin.

- No estoy aquí para fingir – me dice -. Si he querido venir a tomar parte en esta reunión, ha sido para hablar con sinceridad. En realidad yo también quería una familia absolutamente perfecta. Limpia en todos los aspectos, bien educada, irreprochable y creyente. Creía que así tendría más posibilidades de compensar mi carencia. Los guías me dejaron hacer. ¡Estaba tan segura de mí misma!
- ¿Pensabas tal vez reanudar antiguos vínculos con los que se suponen tenían que acogerte?
- No. No había entre nosotros ninguna deuda kármica. Fue por eso precisamente que había pensado que una relación nueva por completo era lo mejor.
- Y ahí fue donde me equivoqué. Me creí más adulta de lo que era. Puede reírse…, no me ofenderé. Cuando tomé conciencia de ello, al volver aquí, no pude menos que confeccionarme, en pensamiento, un cuerpo de niña. Ya no puedo imaginarme de otra manera. Me parece que es más dulce, más tranquilizador. Necesito sentirme así hasta que mi herida se cierre del todo.
- Ésa es la realidad… Yo tengo mi parte de responsabilidad en lo que ha ocurrido.

Al oír estas palabras, que de pronto se han convertido en una confesión más bien dolorosa, Florence se vuelve hacia nosotros y abandona su mutismo.

- Pero, Suzie – dice con la voz ligeramente velada por la emoción -, ¿no te reuniste nunca con tus futuros padres mientras dormían? ¡Todos intentamos ponernos en contacto con ellos en cuanto su consciencia abandona el cuerpo!
- ¡Claro que lo hice! En teoría, los dos estaban de acuerdo conmigo. Un nacimiento en tales circunstancias habría sido considerado como una prueba, como una adversidad que se habría cruzado en su camino para hacerles salir de su ***rigidez*** y enseñares a romper con algunos esquemas erróneos. En los breves encuentros que tuvimos, estuvieron de acuerdo conmigo.
- ¿No conseguisteis hablar mucho?
- Pues la verdad es que no había entre nosotros un puente realmente sólido. No lográbamos familiarizarnos del todo. Ya sabes. Éramos como esos colores que no casan por más que uno se empeñe. Ahora me doy cuenta de que, en realidad, cada uno pretendía suscribir con el otro un contrato para responder a una necesidad de su propia evolución. Pero no era así como tenían que hacerse las cosas, no. ¿Necesito decir que nos faltaba?
- De todas formas, me di cuenta de que por la mañana, al despertarse, no conservaban ningún recuerdo de los pequeños momentos privilegiados que habíamos pasado juntos. Ni el brillo de una mirada, ni siquiera la sensación *de haber vivido algo diferente*.
- Ya sabéis que hay personas en las que existe una distancia enorme entre su realidad cotidiana, incluyendo su papel social, y su alma profunda; y no hay permeabilidad alguna entre los distintos niveles de su ser. Es como si tuvieran un barniz interior con el que tratan de protegerse, sin duda por miedo, y no hay manera de que se agriete. ¡Y eso no tiene nada que ver ni con la cultura ni con las creencias! Yo no lo comprendí a tiempo, tuve que meter la mano en el fuego…
- Pero, ya ve – añade Suzie, dirigiéndose ahora a mí directamente -, tal vez haya sido mejor así. ¡Hay tantos niños que nacen en el seno de una familia cuya sensibilidad no armoniza con la suya!
- ¿Crees que eso puede explicar la incompatibilidad, que no podemos por menos de constatar, que existe a veces entre un hijo y su padre o su madre, o los dos?
- ¡Oh! Yo no soy más que un alma que está aprendiendo; sólo puedo responderle algo que esté a la altura de mi comprensión. Yo creo que eso puede explicarlo en parte, si. Los antiguos conflictos que se llevan arrastrando de una vida a otra tienen su papel, desde luego; pero también interviene la falta de permeabilidad entre las almas que están aprendiendo a conocerse. Por eso no me parece coherente hacer juicios de valor ni etiquetar de un modo categórico determinados comportamientos o situaciones. Existen tantos escenarios posibles como seres humanos.
- Si nos hacemos sufrir unos a otros es porque todos tenemos algo que aprender. Yo voy a tientas. Y creo que, tanto a este lado del gran telón como al otro, lo peor es no querer reconocer que uno va a tientas. Lo peor es haber elegido libremente y de modo permanente, como opciones básicas de la vida, la ceguera y la sordera.
- ¿Has conseguido entonces no juzgar a tus padres, Suzie?
- Le pregunta Florence.

- Digamos que es el ideal que trato de alcanzar. Creo que ya he comprendido, desde un punto de vista intelectual nada más, su miedo frente a mi malformación. ¡Ellos ya tenían un niño de cinco años precioso, perfecto! Yo hubiera roto su armonía familiar.
- La pregunta que me hago ahora es ésta: ¿Qué hubiera hecho yo en su lugar?. Porque estoy empezando a darme cuenta de que sólo ante los obstáculos tiene uno la posibilidad de calibrar sus limitaciones. Y, si éstos no se presentan… ¡el corazón se miente a si mismo con mucha facilidad!
- Para muchos de nosotros, el amor es todavía un concepto vago e impreciso. Creemos que está arraigado en lo más profundo del alma y protegido por grandes principios, cuando, muchas veces, no es más que una fina capa superficial.
- No se puede negar que las palabras que acaba de pronunciar la *pequeña* Suzie han hecho caer un velo de melancolía sobre el grupo. Sobre el lago, el cielo se ha teñido de malva y las columnas de piedra han perdido su brillo. Nuestra charla se ha suspendido de pronto. Se diría que cada uno se ha refugiado en sí mismo, como en una apnea del alma. En todos los presentes se han removido recuerdos y han surgido preguntas, y eso repercute invariablemente en la estructura de su mundo.

No puedo menos que constatar, una vez más, que el universo al que me ha sido dado acceder desde mi primer encuentro con Florence es muy parecido a nuestro mundo. Sólo que los pensamientos adquieren en él una fuerza suplementaria y pueden tejer su realidad inmediata o destejerla por completo. Yo no he sido invitado a un lugar, sino a una esfera de consciencia en la que se trata de comprender el sentido de una adversidad, y en la que se está lo bastante despierto como para esperar despertar más aún.

Me atrevería a decir que es una especie de tranquilo *Purgatorio* concebido no *para*, sino *por* unas almas que tienen una sensibilidad común.

¿Se va a borrar ahora ante mis ojos? ¿Voy a ser expulsado de él para reintegrarme bruscamente a mi cuerpo? Todo es posible. Pero aún tengo muchas preguntas. Tal vez el hecho de que estén presentes en mi espíritu es lo que me mantiene todavía aquí, con Florence, Suzie y los demás. Así que me apresuro a romper el silencio.

- Hay una cosa que me llama la atención. Aparentemente, todos vosotros habéis salido de lo que en la Tierra llamamos el mundo occidental. Os encarnasteis en la misma sociedad, y eso es lo que os ha hecho vivir el aborto terapéutico. Si no hubieran detectado vuestra malformación a través de un reconocimiento médico, habríais nacido. Parece, pues, como si la tecnología médica hubiera trastornado vuestros planes, incluso a este lado. ¿Creéis que, en la organización profunda de la Vida, eso ha sido un bien? ¿Cuál es vuestra opinión?

Apenas he terminado la frase, un hombre de tez pálida y ojos claros se adelanta a responder. Es el único que está sentado en un sillón de mimbre, de los que suelen ponerse en los jardines de invierno.

- Escuche – me dice -, yo fui médico en Gran Bretaña, en el siglo XIX. Teníamos muy pocos medios. Yo pensé mucho en el problema que usted plantea ahora. Presencié muchos dramas, y a veces traje al mundo algunos seres… difíciles de aceptar. Hoy en día, con todo lo que he vivido desde entonces y tras la reflexión que he llevado a cabo con mis guías en este mundo, he comprendido que también el libre albedrío nos hace crecer. A través de las decisiones que toda consciencia ha de tomar, a través de lo que ha de elegir, tiene la posibilidad de crecer.
- Podría decirse, desde luego, que respetar lo que la Naturaleza lleva a cabo en el cuerpo humano, sin interferir en absoluto, es una forma de sabiduría. Pero también podríamos pensar que hay determinados momentos de nuestra evolución en los que la Inteligencia de la Vida nos ofrece la posibilidad de tomar las riendas, hasta cierto punto, de nuestro devenir. A mí no me parece que eso sea oponerse a las leyes naturales o ir en contra de las disposiciones divinas. Creo, en cambio, que darse cuenta de la posibilidad que uno tiene de utilizar su libre albedrío es un paso importante hacia su pleno desarrollo. Desde mi punto de vista, es lógico que cambie nuestra relación con la vida.
- De modo que, respondiendo en concreto a su pregunta, si, en mi opinión es un bien poder observar un feto, en su aspecto terapéutico, antes del nacimiento. Es un bien porque ofrece a los padres la ocasión de hacerse algunas preguntas; en particular, las relativas al sentido y oportunidad de la adversidad que se les viene encima, que considero fundamentales.
- Por otra parte, creo que la posibilidad de elección nunca se nos ofrece *gratuitamente*: es un test, no sólo de la sinceridad del corazón, sino también de la lucidez de la personal, de la lógica de su mente y de la voluntad de su alma. Y, dado que no hay dos vidas iguales, las respuestas son estrictamente individuales.

- Algunas personas piensan que, para acoger a un ser con una malformación grave en el cuerpo o en la mente, basta amar sin reservas. Yo no estoy tan seguro. Creo que también hace falta fuerza física y resistencia moral. Y no hay que silenciar los recursos económicos, que deben ser suficientes para asegurar una vida digna al ser que decide recibir contra viento y marea. Yo he visto deshacerse parejas y desintegrarse familias enteras por haber sobrestimado sus fuerzas o por no ir en contra de sus creencias religiosas.
- Me dirá usted que tal vez esa desintegración formaba parte de su karma. No sé, a mí no me lo parece. Yo creo que el karma se construye a cada instante, y que las dificultades y las pruebas difíciles se fijan tanto menos en el alma cuanto mayor es la lucidez y autonomía del ser. ¡Padecer no es un fin ni una fatalidad!
- Yo quise aprender desde dentro el significado del aborto. Pensé que era mi papel de médico. Si hubiera llegado a nacer, hace algunos años del tiempo terrestre, había sido mongólico. Sabía que impedirían mi llegada; pero ignoraba la *verdadera* razón por la que se debe respeto al feto al que se quita la vida.
- Cuando acabaron de practicarle el aborto a la mujer que iba a ser mi madre, *me* vi como un paquetito de carne sanguinolenta en un recipiente de metal. Para los que estaban en el quirófano, aquello no era nada, sólo una cosa informe que nunca había tenido alma.
- Pero mi alma, mi plena consciencia, se lo digo yo, estaba presente en la sala de intervención. Estaba allí, como un ojo desmesuradamente abierto y doliente que observaba todo preguntándose por qué… Por qué la indiferencia, por qué *la más absoluta carencia de amor*. No fue el acto en sí lo que me hizo daño, sino la frialdad con la que tomaron la decisión de eliminarme y con la que la llevaron a cabo. Constatar que no daban más importancia a mi ser que a una vesícula o a un fibroma… ¡eso sí que hizo cesar los latidos de mi corazón!
- Pero, a pesar de todo, mi opinión es que nadie tiene que dar lecciones a nadie. ¡A nadie! Aunque también sé por experiencia que la entidad que está preparándose para habitar un cuerpo mal formado comprende y acepta las cosas mucho mejor cuando se le habla con amor, es decir, cuando se acepta su existencia, cuando se reconoce su presencia.
- Ya sé que lo que acabo de decir no es nada extraordinario. Pero las cosas importantes no tienen por que ser grandes, llamativas o espectaculares, ni siquiera tienen por que ser complicadas. La necesidad de amar y de ser amado es, ciertamente, un principio fundamental común a todas las formas de vida.
- Ya es hora de que se deje de considerar el alma como un simple concepto filosófico o una idea religiosa, que no deja de ser algo muy vago y que se presta a toda clase de malabarismos intelectuales y dogmáticos.
- Existe una biología de lo sutil que en modo alguno hay que menospreciar ¡porque es anterior a la otra! Si no hubiera alma, no habría cuerpo, ¿comprende? Y si no hubiera carne para luchar por ella, pues bien… ¡entonces el alma no crecería! ¡Hable de la complicidad entre los mundos! ¡Hable de su complementariedad y de sus continuas interacciones! ¡Es tan hermoso!

El hombre de ojos claros ha conseguido transformar por completo la atmósfera de nuestra terraza. Ahora que se ha callado, todas las presencias se limitan a sonreír aprobando sus palabras. El cielo de nuestros pensamientos comunes se ha liberado de su anterior melancolía y parece que los rosales se entrelazan con su abrazo las columnas del jardín han florecido de nuevo.

A mi izquierda observo a una Florence entusiasmada que desea hablar, ir más lejos, profundizar más. A pesar de que no ha pronunciado una sola palabra, tengo la sensación de que su voz resuena dentro de mí. ¿Necesitará acaso mover los labios para manifestar lo que hay en el fondo de su corazón? Enseguida comprendo que no, porque siento una especie de fusión instantánea con su pensamiento.

- Escuche, hay un montón de ideas sobre las que no podemos pasar así, sin más. Yo no quiero que pasemos tan pronto la página. En medio de las muchas cosas de gran elevación espiritual que se han dicho aquí, se ha hecho alusión al peso que tienen los dogmas religiosos. Yo creo que, también en esto, lo mezclamos todo. Y, a este propósito, yo me hago algunas preguntas:
- ¿Qué es lo que hace que, una vez encarnados, queramos o no tener hijos? ¿Qué es lo que hace que nos orientemos y que tratemos de orientar a nuestros descendientes en una dirección u otra?
- ¿El fondo de nuestro corazón? ¿O las creencias que se han ido depositando poco a poco en él y hemos acabado por aceptar y, luego, por soportar? ¿Son realmente nuestros los proyectos que realizamos para acordar nuestra conducta a nuestras creencias? ¿O no hacemos sino prolongar los de la colectividad en la que hemos nacido?

- En todas estas cuestiones que yo me planteo no hay especulación filosófica, sino se de verdad, de auténtica verdad, es una reacción frente a la atadura que crean algunos condicionamientos religiosos y determinadas creencias. La corriente de la Vida no se detiene en los dogmas ni en las creencias, sino que va mucho más allá; cuando se está en medio de la corriente, se comprende con facilidad. La Vida nada tiene que ver con los pretextos de la religión, porque la Vida es Espíritu, y el Espíritu no pacta con ninguna bandera.
- Por eso creo que no debe apelarse a tal o cual religión para aceptar o rechazar el aborto, y no debería decirse nunca más que "está prohibido porque es pecado…"
- ¡La Fuerza, a la que algunos llaman Dios, no es patrimonio de una raza o de unas culturas determinadas! ¿Cómo se le pueden entonces atribuir unas palabras y unas normas de conducta que están a merced de la moral fluctuante de los seres humanos? Lo que yo llamo Dios es, antes que nada, el sentido común que vive en lo más hermoso de nuestro corazón y que, de vez en cuando, a fuerza de valor, conseguimos no ahogar.
- Así que, cuando a mí me llegue la hora de volver a tomar un cuerpo de carne, sólo les pediré a mis padres una cosa. Y es que espero de ellos, tanto si aceptan mi llegada como si la rechazan, que decidan con plena consciencia, con toda responsabilidad, con respeto y con todo el amor del que sean capaces, pero que no actúen obedeciendo algo exterior a ellos, como un dogma o una ley. Le rezaré a la Vida para pedirle que me hablen y para que vuelquen su corazón en el mío cualquiera que sea su decisión.

Apoyada en una columna de piedra, la pequeña Suzie atrae de nuevo mi atención. Las últimas palabras de Florence han animado especialmente su rostro y su mirada se ha ido encendiendo al ritmo de la emoción de Florence. Al cabo de un momento, su voz se impone por encima de los comentarios dispersos del grupo.

- ¿Sabe lo que me gustaría decirle? Me gustaría contarle un antiguo recuerdo. Uno de esos que quedan vivos en el alma, como la huella que deja un libro leído mucho tiempo atrás y cuya historia encajaba perfectamente con la nuestra.
- No es una vida, con todos sus detalles, lo que quiero relatarle. No. Es más bien una experiencia terrible en la que estuve inmersa entre dos existencias en la Tierra. He aquí como comenzó todo.
- Hace varios siglos yo era miembro de una iglesia muy cerrada y puritana. Mi vida como mujer estaba codificada hasta en los menores detalles, tanto en las normas de conducta como en las relaciones sociales. Podría decirse que teníamos el cuerpo y la consciencia puestos sobre raíles. Lo que debía hacerse y lo que no, todo era en nombre del dios en el que creíamos. Observábamos un credo, una fe; pero, aparte de eso, no había nada que tuviera la menor posibilidad de ser verdadero o luminoso. Veo que sonríe…, pero piense en lo engañosas que son esas cosas.
- Los condicionamientos se establecen así, poco a poco, de un modo progresivo y, por lo tanto insensible. ¿Qué decir pues de los que se reciben de forma congénita?
- Por lo que a mí respecta, elegí la vía puritana por consejo de mis guías porque parecía la mejor solución para centrar una personalidad dispersa y disoluta. Un mal para conseguir un bien, en cierta forma.
- Mi vida transcurrió como estaba previsto: lo observaba todo con estrechez de miras y juzgaba continuamente lo que estaba fuera de nuestra línea de pensamiento. Pero llevé muy lejos mi ceguera y, en numerosas ocasiones, contribuí a que se expulsara de nuestra sociedad a algunas mujeres que habían abortado o que habían dado a luz fuera del matrimonio. Desde mi punto de vista, era lógico y no había apelación posible puesto que el mismo Dios había depositado en nosotros la verdad indiscutible sobre el orden de las cosas.
- Hasta que llegó el día en que, como todo el mundo, tuve que pasar al otro lado del telón. Y allí, al otro lado de la vida, fue donde al fin me atraparon mis fantasmas. Como usted sabe, no vemos las cosas claras de repente por el hecho de habernos muerto. Al contrario, durante mucho tiempo viajamos con las mismas anteojeras que teníamos antes y consideramos que, en cierta forma, todo sigue yendo bien porque nos creamos un decorado a imagen, más que nunca, de nuestras propias limitaciones.
- Pero siempre llega el momento del despertar. En mi caso, fue el encuentro con los terribles padecimientos que habían causado mis juicios implacables. Para despertar, tuve que sumergirme de lleno en el océano de sufrimiento de las mujeres a las que había maldecido y en el de los fetos o bebés que había entregado a las llamas del infierno.
- Le aseguro… que viví, uno tras otro, su miedo, su soledad, su angustia y su desamparo. Lo viví desde dentro. Supe lo que era sentirse encerrado en la prisión mental que yo había contribuido a imponerles. Como se puede imaginar, aquello fue mi verdadero infierno.

- Siempre terminamos por sufrir el sufrimiento que hemos hecho padecer al otro. Tuve que pasar por ello para comprender al fin el sentido de la palabra compasión. Y para admitir que no había en algún lugar un dios a mi conveniencia que distribuyera puntos positivos y negativos. Si hay un Dios – y así lo creo -, ahora sé que nos ha hecho el mejor regalo posible: el de construirnos nosotros mismos nuestro infierno o nuestro paraíso.
- Así que, juzgar..., no, nunca más, ¿sabe? Y para que se grabara profundamente en mí esa revelación percibida in extremis entre dos existencias terrestres, se me dio la posibilidad de encarnarme enseguida; estuve trabajando en un país africano, en una Misión en la que ocupé un puesto subalterno. Aunque no comprendí del todo la belleza de las diferencias, abrí, sin embargo, mis brazos y contribuí a la adopción de muchos niños. Y a pesar de darme cuenta de que muchas cosas me superaban, aprendí no obstante a bendecir la Vida, por dondequiera que viniese. Era la Vida, y no tenía por que adornarla con los colores que a mí me gustaran.
- Eso es todo. Ahora tal vez me dirá usted que se me había invitado aquí para hablar de mi aborto, y no de otro tema. Es cierto... Pero le he hablado de la vida que, en lugar de expandirse como debiera, se encoge bajo las anteojeras; y del desprecio que hacia ella supone el hecho de ahogarla bajo juicios y condenas.
- En el fondo es un poco lo mismo, ¿no?

V. LAS CATACUMBAS DEL ALMA

Esta vez ha sido Florence la que ha venido a mi encuentro. Apenas había entrado en ese estado de consciencia que permite viajar al otro lado de nuestra realidad, cuando ella se ha presentado ante mí. Sigue llevando su largo vestido azul, pero tiene algo más corto el cabello, como para indicar que un cambio se ha operado en ella.

Hace ahora casi tres meses que nos conocemos. Tengo la sensación de que ya no sufre tanto; aunque, a pesar de todo, noto cierta gravedad en su mirada.

Hoy ha llegado ante mí en medio de una luz irisada. Parece como si quisiera hablarme de un tema espinoso y estuviera conteniendo palabras difíciles de pronunciar.

Pero, como he experimentado mil veces, como experimentamos todos en cuanto abrimos los ojos al otro lado de la frontera de carne, el alma no necesita pronunciar palabras para hacerse comprender. Tiene un recurso mucho más rápido, comunicando de corazón a corazón. Y así es como capto las palabras de la joven tras sus labios inmóviles.

- ¿Sabe? Hay algo que hemos silenciado, una cuestión muy dura, muy dolorosa. Pero era preciso que yo me estabilizara antes de conducirle a usted en esa línea. Bueno; también ha hecho falta que me empujaran un poco.
- ¿Tus guías?
- Sí. Mis guías y mi padre, mi alma-raíz. Ellos son los que han entreabierto la puerta del mundo en el que vamos a tener que penetrar usted y yo.
- ¿Tan difícil es?
- Es delicado. Hay que tener valor para ir *allí* y, sobre todo, mucha ternura. En principio no debería ser yo quien le acompañara, sino más bien los que iluminan mis pasos.
- Pero ¿no me has dicho que son ellos los que te han empujado?
- Sí, es cierto. Para que aprenda. Yo quisiera llegar a ser como ellos para poder aconsejar y ayudar. Desde que me he restablecido y usted, con su presencia, me ha obligado a ir al fondo de mi ser, he pensado mucho. Y he comprendido algo esencial para mí, algo que tenía en lo más profundo de mi corazón y que corresponde a una orientación claramente definida de mi ser. Es decir, que me he dado cuenta de que mi aborto y las condiciones en las que lo he vivido – por encima de consideraciones kármicas – ha sido una auténtica puesta en escena de lo que podría llamar mi consciencia superior.
- Desde hace mucho tiempo deseo ayudar a las almas a darse luz a sí mismas..., ¿comprende? Convertirme en una especie de comadrona de lo sutil, que es donde de verdad se establecen las reglas del juego. Y como nadie puede hablar de lo que no conoce... era razonable y lógico que viviera de un modo plenamente consciente la adversidad en la que estaba sumida cuando usted vino a mi encuentro. Era una experiencia por la que tenía que pasar para poder luego tender la mano a los demás.
- Es curioso. Cuando uno se encuentra metido en un cuerpo de carne, con todas las contingencias materiales que eso supone, se imagina que la existencia de los que están *arriba* es plácida y más bien pasiva, como unas eternas vacaciones. ¡Pero es absolutamente falso! En todo caso, es falso desde el momento en que uno despierta tras la fatiga inicial y su llamita interior se aviva al tomar plena consciencia de su ser.

- Yo quiero ayudar. Creo que cuando estuve en la Tierra no ayudé bastante. Para que la vida sea un completo éxito, no basta con no ser malo. Hay que ser bueno, e imprimir fuerza a la bondad que uno tiene. Y eso... ¡se aprende! Todos los que me aman están colaborando para enseñarme el arte de ayudar.

- Pero aún no le he dicho cuál es el *lugar* al que desean que le acompañe. Vamos a intentar entrar en la consciencia de unos seres que hubieran podido nacer como fruto de una violación, en la consciencia de unos seres cuyas madres potenciales se encontraban en el más absoluto desamparo, en la más terrible angustia moral. ¿Cómo y por qué se han visto en esa situación? ¿Estaba eso previsto en su camino? Me han dicho que no había que evitar tales preguntas. Para comprender de verdad la vida y dejar de considerarla como algo que se soporta, hay que tener el valor de recorrerla en todas direcciones, ¿no le parece?

Así pues, Florence va a convertirse una vez más en mi hilo conductor. Yo ya sé lo que tengo que hacer. Dejarme ganar por la claridad irisada en la que se me ha aparecido y aceptar que se infiltre sin la menor resistencia en todos los poros de mi cuerpo de luz. Sumergirme en otro estado del alma, fundirme en el seno de su sensibilidad, sintonizar con un universo diferente. Un nuevo ejercicio de desapego. Sonrío interiormente y, al cabo de un instante, me siento arrastrado por un torbellino tan repentino, brusco y vertiginoso como delicado y breve.

- ¿Sigue ahí?

La voz de Florence me ha alcanzado en pleno corazón de la borrasca. Es tan sonora que casi parece como si me despertara, cuando en realidad no he perdido la consciencia ni un solo instante. Ya está. Hemos cambiado de *cadena*, de *canal de vida*, es decir, de *emisión*.

Aquí, donde he seguido a Florence, todo es gris. No sé cómo describir este espacio. No hay decorado propiamente dicho, y apenas se puede respirar. El mundo en el que acabo de posar el alma es todo niebla. Imposible saber si camino en él o es él el que se mueve a través de mí. Niebla... o tal vez una gigantesca telaraña, muy espesa y desagradablemente pegajosa. Sí, es la idea de resina, o de pez, lo que me viene a la mente. Todo es hasta tal punto denso y desconcertante que no percibo siquiera mi propio cuerpo de luz, ni tampoco el de Florence.

La joven apenas es un roce a mi lado, una voz que surge dentro de mí y que se intercala entre mis pensamientos para darles respuesta. Florence también ha entrado en un país desconocido, y estoy seguro de que tiene una ligera sensación de náuseas, como me ocurre a mí.

Ante nosotros, y luego en torno a nosotros y como surgidos de la estructura misma de la niebla, aparecen una especie de alvéolos. O más bien... no; son capullos, al parecer distintos ente sí. En realidad creo que no son capullos, sino seres, formas humanas más o menos acurrucadas, más o menos desdibujadas. Todas atrapadas en mayor o menor grado en lo que yo llamaría un algodón pegajoso. Se diría que duermen. Algunos se agitan un poco y me recuerdan a las crisálidas en el difícil momento de su alumbramiento.

¿Se puede hablar de silencio aquí, en este mundo perdido en medio de la nada y donde, aparentemente, nada se dice? Me temo que ni siquiera eso, porque todo está impregnado de esos pensamientos tan graves y reprimidos que no encuentran palabras para estallar. Suspiran un poco. Apenas se atreven a gemir. Es evidente que no esperan nada, ni a nadie.

Algunas de las presencias que entreveo pertenecen a pequeños fetos, otras evocan más bien siluetas de niños, mientras que otras, más numerosas, son las de seres adultos tan acurrucados que parecen enrollados sobre sí mismos.

- Así es como ellos piensan que son – murmura Florence en el fondo de mí -. Su alma está en contínua apnea. Está bloqueada, petrificada entre dos grandes estratos de vida. Son... los amputados de la esperanza. Como puede ver, todo se ha entumecido en ellos por falta de amor.

No es necesario que la joven diga nada más. No puedo menos que pensar en la gota de agua que observé un día, aprisionada desde toda una eternidad, en medio de una geoda. Lo adivino todo. Comprendo el terrible escenario en el que se han dejado encerrar esas almas tratadas con violencia. Expulsadas de un vientre del que se ha abusado, odiadas, ignoradas o negadas desde que su corazón latió por primera vez, han terminado por rechazarse a sí mismas.

¿Sufren? Es difícil decirlo. Una vez más, cada una tiene su propia historia. Es su secreto, un secreto que le imprime a cada una un ritmo y las hace vivir a un nivel diferente de la consciencia humana.

Aparte de la ignominia que las ha forzado a zambullirse en una matriz de carne durante varias semanas o algunos meses, no tienen en común más que una cosa que las hace refugiarse en la misma ausencia de respiración: están vacías de amor. No saben llamar al amor porque han olvidado su nombre.

Tengo la clara percepción de aquí el tiempo no transcurre. No significa nada porque no existe dinámica alguna. Toda forma está replegada en sí misma.

- ¿Esos seres tendrían que haber vivido? – me pregunta Florence. ¿Su madre tendría que haberlos acogido contra viento y marea? Yo tenía varias ideas, casi hasta una teoría. Pero cuando veo esto, ya no lo sé. Sólo atino a sorprenderme al constatar hasta que punto la consciencia puede segregar una especie de pegamento paralizante.
- Yo creo, sin embargo, que no es sólo su propio pegamento el que produce su parálisis. También está el del ser o el de los seres que no han aceptado su realidad. El asco, el miedo y el odio proyectan una auténtica materia pegajosa en los mundos sutiles. Precisamente es a ese espacio al que me has traído. Los universos se generan unos a otros. Viven de sus autores, desde luego, pero los mantiene también todo lo que se vierte en ellos.
- Si creas asco y rabia, generas inmediatamente una línea vibratoria de asco y rabia que va a sumarse a otras del mismo tipo. Un mundo nace siempre de una forma-pensamiento colectiva, en otras palabras, de un egregor. Es el fruto de una complicidad inconsciente, tanto en la luz como en la sombra.

Florence no responde. Siento que está madurando y que recuerda el espacio interior en el que, hasta hace poco, no hacía sino dar vueltas sobre sí misma.

- Hay que avanzar – termina susurrando, a pesar de todo -. No nos han hecho venir a este lugar sólo para contemplar un espectáculo de angustia y desamparo. Hay otra cosa.

Una vez más, no sé si son nuestras almas las que se desplazan o si es un tren de ondas el que se acerca a ellas. A decir verdad, tengo la sensación de que entre las gotitas de la niebla que nos envuelve empiezo a percibir *algo diferente.*

Si, eso es exactamente. Dos realidades que se superponen e interpenetran en un espacio único. Casan como los átomos de azúcar y agua en un vaso. Pronto no habrá más que luz y, si continúa abriéndose así, será del color de la luna, del color del sol, y tendrá la frescura del cristal.

Ahora veo a dos seres sentados ante mí. Un hombre y una mujer. Ignoro si están desnudos o vestidos de blanco, pues no consigo ver más que su rostro. Adivino que, debajo de ellos, el sol es inmaculado, pero nada más. Ningún decorado, una especie de horizonte que parece contener todos los horizontes, hasta el infinito.

Florence está también ahí, a mi derecha. No la veo ahora mejor que antes, pero la siento con toda claridad. Noto como una respiración, propia de ella, que reconozco enseguida.

Es evidente que nos estaban esperando. Nuestras miradas se cruzan y parecen enlazarse en un abrazo... que afirma, o confirma, cierta complicidad. Y he aquí que, sin haber intercambiado una sola palabra, nos encontramos sentados todos en el blanco suelo formando un pequeño círculo de quietud. Es un baño de luz. ¿Cómo hubiera podido yo esperar, imaginar siquiera, una dulzura semejante hace solo un momento? ¿Cómo es posible que dos realidades tan opuestas estén tan cercanas?

Sin esperar a que formule las preguntas que me estoy haciendo, la presencia con rostro de hombre empieza a responder.

- Para que la Vida mantenga viva su antorcha hace falta voluntad. ¡Hay tanta tristeza y tanto peso en algunos sueños! Os preguntabais cómo podían esperar todas esas almas rechazadas emerger un día de su pesado y cruel letargo, ¿no? Pues bien, nuestra misión consiste en resolver esa cuestión. Nosotros somos voluntades precisamente, y por eso hemos pedido establecernos aquí durante algún tiempo.
- ¿Os sorprende tal vez la palabra voluntad? Sin duda esperabais que fuéramos, ante todo, unas presencia de amor. Pero el amor que la Vida necesita aquí quedaría completamente informe sin una inmensa voluntad.
- Sí, es cierto que hemos elegido vivir en este mundo para darle poco a poco el amor del que está terriblemente privado, ¿cómo negarlo? Sin embargo, nuestra fuerza y nuestra capacidad de despertar residen en nuestra permanencia, en nuestro infatigable soplo. Voluntad y paciencia. Si nuestro amor estuviera privado de esas dos alas, quedaría reducido a un bonito deseo insustancial, a una especie de molde vacío.
- Amar, sí, ¡desde luego! ¡Pero amar verdaderamente, con intensidad y durante mucho tiempo! No hay estímulo posible, ni esperanza, ni despertar sin esa amplitud en el amor.
- Nosotros hemos expresado el deseo de estar aquí para encarnar la Vida. Pero no como una pequeña llama que mantendría el recuerdo del fuego en el fondo de una gruta, no. ¡Desde luego que no! Sino más bien como una hoguera que está crepitando sin cesar hasta que el canto de sus llamas atraiga la atención de los seres que está ahí y se abran a lo que el fuego pueda contarles.
- ¿Quiénes son ustedes? – interrumpe Florence -. Díganme quienes son. Yo querría comprenderlo todo.
- ¿Quiénes somos? Dos seres humanos, dos almas como vosotros, sencillamente. Sólo que, en lugar de volver a tomar un cuerpo de carne, hemos elegido permanecer aquí, en este mundo de postración a fin de aportarle impulsos de vida. ¡No hay ningún secreto en

todo esto! Hemos llegado a un punto de nuestro itinerario personal en el que la idea de Servicio se ha impuesto por sí misma. Esta esfera de existencia nos ha atraído profundamente porque nos sentíamos preparados para aceptar sus exigencias.

- Pero ¿qué hacen aquí? ¿Meditan? Rezan en medio de todas estas almas rechazadas por la violencia y el odio?

- Pues depende de la realidad que creas se esconde tras esas palabras. Si les atribuyes plenamente el sentido que tienen, entonces si, somos todo oración y meditación.

- Compréndeme... Quiero decir que nuestro ser está orientado a proyectar, en sentido literal, a nuestro alrededor una energía que es como una mano que a veces acaricia y a veces zarandea. Actuamos con nuestros dedos de luz, unos dedos que se han ido tejiendo poco a poco, a medida que el corazón y la mente se iban uniendo cada vez más estrechamente. Ya sabías que existía esa posibilidad, ¿no? El corazón insufla el amor; la mente, la voluntad y la claridad en la dirección que hay que mantener.

- Y, además, ¡hablamos! Sí, les hablamos a cada uno de esos seres cuyos *nidos de niebla y angustia*, como les llamamos nosotros, acabáis de ver. Les llamamos por su nombre, esa vibración íntima que es el *código genético* de su alma desde la Noche de los Tiempos. Ese código es el que, con su melodía, una melodía específica para cada ser, puede estimular la consciencia y hacerla salir al final de su letargo.

- Y es entonces cuando revienta la pústula de sufrimiento, ¿no?

- Es entonces, sí, cuando el recuerdo de la violación, del rechazo de amor y del aborto sube a la superficie. En esos momentos, más que nunca, seguimos ofreciendo nuestras manos de sol, nuestras palabras y la oleada sin nombre de la Vida.

- Nuestra misión es consolar, ¿sabes?, Consolar de verdad. No hipnotizar el espíritu cubriéndolo con un velo que lo apacigüe y lo duerma de nuevo. No. El verdadero consolador es el que desenmascara el dolor, el que permite mirarlo de frente, y despierta luego en el otro suficiente fuerza como para que tome altura y vea por encima de su laberinto.

- Así que no nos apiadamos de esas tristes almas que duermen o fingen dormir acurrucadas sobres sí mismas. No las compadecemos. Nunca entramos en el abismo de sus heridas. Nuestra compasión se expresa mediante la vigilancia y el discernimiento.

- Pero, ¿por qué ha dicho que fingen dormir? – no puedo menos que preguntar -. ¿Hay acaso mentira en su sufrimiento? ¿Se puede mentir a ese nivel de la vida?

Me responde la presencia femenina. Sus ojos se hace minúsculos y son pura sonrisa. Hablan de haber dado ya la vuelta al universo; pero, pese a todo, conservan su serena belleza. Creo que son ellos los que me transmiten el mensaje.

- Yo no he hablado de mentir. Fingir no significa necesariamente mentir. Se puede fingir para ocultar un temor, para no reconocerlo. No. Sí algunos de los que están aquí fingen estar ahogados en un océano de letargo, no es por deseo de mentir a la vida, desde luego, sino para protegerse de ella. Su disimulado entumecimiento es, en realidad, una última llamada de socorro, porque están deseando hundirse en un auténtico sueño. Ellos saben que estamos aquí, sienten sutilmente nuestra presencia. Es su forma de gritar, porque ya no encuentran palabras para expresar su cólera y su desconcierto.

- Sin embargo, lo que nos mueve hacia esos seres no es la piedad que ellos quieren despertar en nosotros. La piedad nunca eleva; al contrario, hunde. Hunde en la fosa al que la recibe y ahoga sutilmente al que la ofrece. Debéis comprender que *la piedad no es más que un simulacro de compasión.* Ninguna acción de luz se emprende por piedad en ninguno de los innumerables mundos que existen. La piedad puede poner una venda en la herida, pero no la cura.

- Nuestra misión aquí, amigos míos, consiste en ir al fondo de las cosas. Ante un inmenso dolor hace falta una inmensa clarividencia. Hay que saber escuchar lo que estos seres, atrapados, pegados a su sufrimiento, expresan a través de lo que irradian. Ésa es nuestra meditación, nuestra oración. Intentamos desenmarañar la madeja de circunstancias que los han llevado a ese punto de su historia personal.

- ¿Comprendéis? Antes de enseñarle a un alma el arte de respirar hay que vaciar sus pulmones del agua de su cólera, de su desesperación y de sus incomprensiones.

- Las verdaderas preguntas son éstas: ¿qué es lo que ha llevado a un ser, que está ahí enroscado como una pelota y duerme, o finge dormir, o gesticula, o tal vez se está endureciendo, a descender a un feto concebido mediante una violación? ¿De qué se castiga? ¿Qué misterio se esconde detrás de esa trampa absurda?

- Cómo podéis suponer, es una cuestión delicada, porque concierne a lo más profundo, incluso diríamos a la esencia, de tres seres. La de la agredida, la del agresor y la del ser que, aprisionado en un embrión, tenia una especie de cita con ellos.

- Nuestro objetivo ahora no es abordar con vosotros los motivos y sinrazones que empujan a un ser a abusar de otro en lo más íntimo de su cuerpo y de su alma, puesto que existen millones de circunstancias que remiten a multitud de bagajes kármicos. ¿Por qué motivo una mujer, y no otra, ha tenido que vivir la monstruosidad de una violación y el aborto consiguiente? Hay una infinidad de respuestas posibles.
- Lo que nosotros deseamos es iluminar el corazón del ser que se encuentra acorralado como consecuencia de un intolerable acto de la carne. Su situación y su sufrimiento, que en muchos casos le hacen sentirse casi descuartizado, ¿creéis que es fruto del azar? Ciertamente no. Como bien sabéis, la referencia a un golpe de suerte es el argumento de la ignorancia. La historia de una vida está estrechamente vinculada a una red formada por miles de millones de historias de otras vidas.
- El destino de cada ser no es el resultado de un juego de azar; corresponde a una matemática tan infinitamente elevada que el ser humano es incapaz de comprender, por fina y sutil que sea su inteligencia. Los destinos se disponen en una zona de la Consciencia Divina en cuyo seno carecen de sentido nuestros conceptos clásicos de justicia e injusticia.
- Toda causa produce un efecto, y este, a su vez, se convierte en causa de otro efecto, y así indefinidamente. Por eso nosotros no juzgamos nada ni a nadie. Nuestra misión es acoger, despertar, iluminar, consolar y, después, dinamizar de nuevo.
- Y, tanto como parece que somos ahora, pues algún día de nuestra propia historia también fuimos violadores, o mujeres violadas, o fetos rechazados. Pero cada vez, por encima de las heridas y llagas que esas pruebas dejaron en nuestro cuerpo y en nuestra alma, hemos vuelto a levantarnos, porque en nosotros habita la Fuerza fundamental del Universo. Aquí, en este lugar de consciencia, hemos llegado a un punto tal de nuestro desarrollo personal que vemos, con mayor claridad que nunca, que debemos participar en la acción de esa Fuerza, y no limitarnos a observarla.
- También aquí expresamos el deseo de que todos los que están encarnados en la actualidad en la Tierra se oriente hacia la vida desde lo más profundo de su ser y no siembren más la muerte. No hace falta que os diga que no sólo se mata con un arma, con una sustancia química o con un pequeño instrumento quirúrgico. La destrucción empieza por la privación de amor.
- Todas las almas junto a las que hemos elegido permanecer son prisioneras de un vacío total del corazón, de nada más. ¿Sabéis qué es lo que ha hecho de ellas esa especie de parias? La manera como han sido llamadas a descender a un vientre, y el asco con que han sido expulsadas después.
- ¿O sea, que su madre hubiera tenido que aceptarlas? – pregunta de pronto Florence sin poderlo evitar.
- ¿Crees que se puede responder a tu pregunta con un simple sí o no? ¡Nadie es quién para decirle a una mujer lo que debe hacer o no debe hacer en un caso semejante! Es ella, en lo más íntimo de su consciencia, la que debe hacerse la única pregunta importante, la que debe prevalecer sobre todas las demás: ***¿Seré capaz de amar a ese ser que ha venido a mí de un modo tan terrible?***
- Si la respuesta es no, como ocurre en la inmensa mayoría de los casos, nosotros, aquí, en este mundo que llaman invisible, lo comprendemos perfectamente, porque nadie debe sobrestimar sus fuerzas.
- Lo que lamentamos, en cambio, tal como nosotros vemos las cosas, es que se prive de alma a los que se expulsa en tales circunstancias. Porque rechazar a un ser impulsados por la cólera, el asco y, muchas veces, el odio, es sin duda alguna usurparle el alma y hacerle perder el respeto hacia sí mismo.
- El que se ve atado a un embrión después de una violación es un ser humano de pleno derecho y en ningún caso debería ser comparado a una cosa de la uno se deshace con repugnancia.
- Si una mujer le dice: “No, no tengo la fuerza necesaria para recibirte”, está en su derecho. El error comienza cuando lo rechaza con desprecio como una cosa nauseabunda, entonces es cuando siembra la muerte.
- Digamos una vez más, amigos míos, que *el respeto de todo lo que existe* es un deber de todos y cada uno hacia la Vida, una necesidad individual y colectiva, una responsabilidad. ¿Es tan difícil, admitir esa realidad? La mujer que vive una situación semejante podría susurrar desde el fondo de su corazón: “Me han herido y me siento horrorosamente mal. Pero tú, que has sido depositado tan cruelmente en mi vientre por el Destino y a quien no puedo acoger porque me faltan fuerzas, tú eres un ser humano, lo sé; sé que tienes alma y también corazón. Ignoro quién eres, desde luego, y por que tú y no otro; pero quiero que sepas que, aunque me separo de ti, no te acuso de nada. Y te respeto”

- Ahí empieza el amor, aunque no parece llevar su nombre. El respeto es la semilla del amor, la primera letra de su alfabeto. El respeto es el que puede separar los barrotes de todas las prisiones del universo, comenzando por las prisiones interiores, las que se construye uno mismo y las que proyecta en el corazón de los demás. La ausencia total de respeto es, sin duda alguna, lo que ha contribuido a tejer las telarañas mentales y esa especie de resina psíquica que habéis atravesado para llegar hasta nosotros. Y es para restablecerlo por lo que estamos aquí. Consolando y despertando, esperamos restaurar una dignidad olvidada.

¡Sí, una dignidad olvidada! Palabras que han sido lanzadas al viento, es decir, a la atmósfera que nos rodea, con una fuerza muy especial. Ellas solas resumen un millón de cosas, tanto en esta vertiente de la vida como en la otra. ¡Es tan sencillo y evidente! La dignidad olvidada no es otra que la esencia luminosa del ser humano, que ha sido relegada al rango de los mitos, pisoteada y, después, negada.

Sin duda, es para recibir esa enseñanza por lo que se me ha hecho venir aquí en compañía de Florence. La dignidad es la nobleza innata que tienen todas las formas de vida – aunque no se hayan realizado aún por completo – y nadie debería permitirse alterarlas lo más mínimo. La dignidad está unida a la raíz de **"EL QUE VIVE",** cualesquiera que sean los niveles de floración de la vida, detrás de los balbuceos y del aprendizaje a veces tan aberrante, al menos en apariencia. Es posible que lo sepamos desde un punto de vista intelectual; pero ¿hay otra manera de recordarlo? Pues sí, a través de la adversidad probablemente, cuando uno se encuentra en circunstancias difíciles y se rebela, y profiere imprecaciones porque no comprende...

Ahora tengo la sensación de que alrededor de mí, de nosotros, la luz se ha hecho más dorada, de modo que mi mirada alcanza a ver, una vez más, el decorado silencioso de las almas enviscadas. Sí, siguen ahí, en esas catacumbas de la negación de sí. Me hacen pensar en el limbo del que hablan los textos antiguos, al que hemos rebajado al rango de una mera superstición.

También yo deseo interrogar a las dos presencias que son como dos antorchas en este *lugar* oscuro.

- Díganme. Aparte de las particularidades de sus historias individuales, ¿existe un esquema global que haya hecho caer en la trampa a esos seres y los haya llevado a la situación en la que se encuentra ahora? ¿Han aceptado ellos voluntariamente los riesgos de semejante experiencia de encarnación frustrada? ¿Se han visto obligados a ello?

- ¡Oh! ¡Ese recorrido lo han elegido bien pocos, te lo aseguro! Algunas almas, entre las más evolucionadas, saben que, de vez en cuando, deben pasar por una adversidad de ese tipo. En cuanto a las demás... Pues bien, las demás, salvo rarísimas excepciones, han sido aspiradas en el torbellino vibratorio de una violación y, después, en el vientre de una mujer debido a lo que no nos queda más remedio que llamar sus bajas frecuencias. La expresión puede parecer caricaturesca, pero traduce una situación de hecho que no se puede expresar de otra forma con mayor claridad.

- Algunas almas se han contaminado durante toda una fase de su evolución: se han contaminado a causa de sus desenfrenados impulsos sexuales, de sus obsesiones de todo tipo y de las imágenes de recuerdos dolorosos, a menudo vinculados con la violencia, que han reactivado en su mente una y otra vez. Aquí decimos que se han hecho densas y pesadas, que se han *metalizado*. Y entonces, como el hierro, se han dejado imantar por el ambiente de otras presencias *metalizadas*, es decir, por presencias densas, pesadas y primarias. Así es como son absorbidas, tragadas, literalmente, por un contexto terrestre análogo al suyo.

- ¿No es lógico que la belleza genere belleza, y que la fealdad y la crueldad se relacionen con sus semejantes?

- Otra de las razones por las que hemos venido aquí es para romper ese círculo vicioso. La gran fuerza de resurrección que ofrecemos es, en definitiva, la compasión. En ese sentido, somos una especie de descontaminadores psíquicos. Acogiendo a esos seres a pesar de todo, acariciando sus almas, las limpiamos de las pesadillas que los han llevado a renegar de su identidad profunda.

- Sin duda os preguntáis que ha podido hacer densas y pesadas a esas alma, ¿verdad? Es muy sencillo: guerras y masacres en las que han participado o que han consentido, violaciones colectivas y, en algunos casos, la drogodependencia. En una palabra, todo lo que envilece y aprisiona doblemente al ser, en su mente y en su corazón.

- ¿Y también en sus células?

- Sí, tienes razón. Tendría que haber hablado de una triple prisión. Entre dos encarnaciones, cada ser conserva la memoria celular acumulada de vida en vida, que se encuentra en lo que se llama tradicionalmente el *átomo-germen*, en el corazón del núcleo de la consciencia. Los impulsos incontrolados y los reflejos viscerales proceden en su mayor parte de esa memoria celular, que induce una auténtica programación en la carne.

Se trata, de hecho, de una especie de carga eléctrica que sólo un inmenso amor puede, no combatir, sino hacerle perder vitalidad poco a poco hasta agotarlo, como una batería.

- Pero quisiera volver otra vez sobre que es lo que atrae a las almas al contexto de una violación o de otro comportamiento bestial. No penséis que son sólo seres con la memoria *metálica* los que se dejan atrapar en semejante contexto. Muchas almas grandes o, sencillamente, almas viejas, eligen una experiencia de ese tipo a fin de vivir a fondo la compasión plena. Al aceptar un comienzo de encarnación en el seno de la ignominia, abren más su corazón.

- Así que, como ves, circunstancias similares pueden ser vividas de forma opuesta; todo depende del nivel de consciencia del ser que las afronta. Según el que lo padece, el sufrimiento genera dos tipos de consecuencias diametralmente opuestas: o bien estrecha y reseca el corazón, o lo dilata haciendo florecer en él las más delicadas flores de amor.

- Y, respecto a las hermosas almas que eligen pasar una prueba de esa clase, es más justo hablar de travesía que de estancia. Porque nada en ellas puede llevarlas a encerrarse en un lugar como el que habéis visto. Son demasiado ligeras, se desprenden rápidamente del aura de violencia y sufrimiento que han querido conocer. Así que vuelven enseguida a su mundo, enriquecidas con una fuerza nueva.

- De modo que los actos humanos más intolerables sirven a veces de camino de crecimiento a presencias radiantes. ***No hay morada, ni cuerpo, ni corazón tan oscuros o heridos que no puedan recibir la visita de una suave luz.*** He aquí una verdad que todos deberían escribir en letras de oro en el fondo de su corazón.

- Pero, dígame – murmura Florence con la voz ligeramente entrecortada por un sollozo -. Dígame… todos estos seres que se rechazan a sí mismos y que veo ahora a su alrededor, ¿están aquí bloqueados para toda la eternidad?

- ¿Eternidad? No olvides que aquí el tiempo no significa nada. No pasa ni lenta ni rápidamente. La sensación de rapidez o lentitud que pueda tener una consciencia depende de su nivel de desarrollo. O se expande en su ilusión o bien se anquilosa.

- Aunque, para darte una respuesta más concreta, te diré que aquí nadie permanece eternamente. Este espacio perdido en medio del universo es como un hospital para heridos graves. Un hospital en el que, sin embargo, ningún herido muere, porque todos reciben amor y porque la muerte en él es imposible. Todos salen… al cabo de unos meses, de unos años o, a veces de algunos siglos de tiempo terrestre, con el único recuerdo de haber dormido y haber hecho un mal sueño. Entonces a cada uno le llega el momento de volver a la Tierra, y vuelve más ligero, desembarazado de una gran parte del *metal* que había acarreado hasta aquí.

Los dos seres, cuyas voces se han ido superponiendo poco a poco hasta fundirse en una sola para responder a nuestras preguntas, se han convertido ahora en una inmensa sonrisa. El pesado sueño de una multitud de almas heridas sigue ahí, denso, compacto; sin embargo, yo me siento colmado, alimentado por la paz que me ha transmitido la enseñanza recibida.

No sé exactamente cómo está viviendo Florence todo esto. La adivino detrás de mí, embargada por una intensa emoción que no exterioriza.

- ¿Florence? – atino a llamarla.

El silencio que obtengo por respuesta me invita a girarme en medio de la luz que nos envuelve.

Florence está ahí. La veo con claridad, con su cabello corto y su largo vestido azul. Está llorando en silencio, dulcemente, pero creo que no llora de tristeza, ni tampoco de alegría. Sus lágrimas fluyen una a una del exceso… del desbordamiento de las vivencias de su alma.

- No hace mucho tiempo…, ¿comprende? – consigue decir al fin -. He querido hacerme la fuerte acompañándolo hasta aquí, pero sin duda me he sobrestimado.

- ¿No me habías dicho que te habían empujado a guiarme?

- Le he mentido un poco. He sido yo quien he insistido para venir. Quería combatir los últimos recuerdos de mi corazón herido viendo unas heridas mayores que las mías. Los guías me han dejado hacer. Pensé que de este modo me reharía con más rapidez.

- ¿Querrá seguir conmigo a pesar de todo? Es porque, ¿sabe?, un poco esto se ha convertido en mi misión...

VI. RAZONES PARA NO NACER

Florence se marchó de nuevo a su mundo, en el breve instante de una sonrisa. Cuando se alejó, yo no sabía cuando ni cómo volveríamos a vernos.

He acabado por acostumbrarme a esas citas informales que se han convertido en un ritual de compartida complicidad. Al principio las deseaba; ahora me gustan mucho.

Las semanas han ido pasando silenciosamente, hasta es tímido amanecer del que apenas empiezo a salir siguiendo a la que se llamaba a sí misma *"no deseada*" y que me entreabre de nuevo la puerta de su universo.

Para reunirme con Florence sólo me ha hecho falta un instante; mi alma estaba preparada y mi pluma impaciente por dar testimonio.

Así que, ya está, he cruzado de nuevo la frontera entre los mundos como un pez que atraviesa la superficie del agua y descubre el aire libre.

- Pensé que no vendría más.
- ¿Por qué?
- Porque ahora ya me he reconstruido, y porque…
- ¿Porqué me mentiste un poco hace varias semanas?

Florence me sonríe, incómoda.

- Ya le había dicho que, cuando uno llega al otro lado y se encuentra entre los que la gente cree *muertos*, viaja consigo mismo. Ahí tiene la prueba una vez más. ¡Que le vamos a hacer! Seguimos teniendo nuestra personalidad ¡con los excesos y carencias que cada uno lleva en su corazón!
- Ya lo sé, Florence. No se convierte uno en omnisciente ni en todopoderoso sólo por haber pasado al otro lado del telón de la vida terrestre. Ni se convierte en un ángel, al que los familiares puedan rezar, por el simple hecho de haber desplegado un poco las alas de la consciencia.
- Entonces no le sorprenderá que el sitio al que quiero que vayamos se parezca a un lugar terrestre.
- ¿Es un lugar de sanación? – le pregunto, dejándome llevar por la intuición.
- No exactamente... Digamos, más bien, que es un lugar en el que se puede volver a las fuentes... en el que se puede reflexionar.

Mientras escucho a Florence, que titubeaba buscando las palabras, me doy cuenta de la ausencia de decorado que, una vez más, caracteriza el espacio en el que acabamos de reunirnos. Parece una esclusa mental, una zona privilegiada en la que todo es posible.

- Escuche – continúa Florence -. Durante estos últimos tiempos, he estado reflexionando mucho, de verdad. Eso es lo que se nos pide que hagamos cuando regresamos de una estancia en el mundo de la carne, por breve que haya sido. Yo ya he relativizado todo lo que he vivido, y he sentido la necesidad de mirar más allá del dolor del aborto. Porque, en efecto, no es solo el aborto provocado el que plantea mil preguntas en torno a un embarazo y aporta su parte de sufrimiento.
- ¿Te refieres a los abortos naturales?
- Entre otros. Porque están también todos esos *incidentes* o *accidentes* del camino que hace que un feto no llegue a buen término, y abren una brecha de desasosiego en el corazón de los padres.

Florence se ha adelantado a mis preguntas. Ahí era, precisamente, adonde yo quería llegar, a reflexionar, con una perspectiva más amplia, sobre los misterios que rodean el desarrollo de la vida en el vientre materno, abordando el tema con una mirada nueva.

No es fácil traducir lo que acaba de producirse en este instante. El cuerpo de mi alma no se ha movido y, sin embargo, todo se ha modificado alrededor. Esto me hace sentir, con mayor intensidad que nunca, que los numerosos universos de los que está compuesto el Universo se superponen y convergen en un solo punto del enigma de una consciencia desplegada que reúne en si todas las dimensiones. O acepto su evidencia, o me limito a reintegrarme a mi cuerpo, tumbado en la penumbra en algún lugar de la Tierra. ***(Esta reflexión nos hace pensar en el reciente descubrimiento de dos físicos, Lisa Randall y Ramón Sundrum, que han demostrado la existencia de una quinta dimensión "curva" infinita. Este descubrimiento abriría, además, la puerta a la posibilidad de otras siete dimensiones más allá de la quinta...)***

Ya está. Respiro profundamente..., y descubro que Florence camina a mi lado. Nos encontramos en una especie de parque inmenso o en un invernadero enorme. No sé. Por encima de nuestras cabezas, el cielo está claro y límpido y, a nuestro alrededor, la vegetación es abundante. No somos los únicos que caminamos por estos bosquecillos. Hay hombres, mujeres y niños. Algunos parecen estar en animada conversación, otros se relajan tumbados en la hierba o sentados en algunos asientos que hay por ahí.

Florence me lo había advertido. Todo lo que hay en este lugar, que me hace pensar en un clásico paseo dominical, no puede ser más trivial.

- Síganme, por favor. Les estamos esperando allá abajo.

Un joven, vestido con un traje gris claro, se nos ha acercado y enseguida ha tomado a Florence del brazo. Al fondo, cerca de lo que parece un macizo de hortensias, un adolescente y una mujer están sentados en la hierba y nos observan.

- ¿Son ellos? – pregunta Florence.
- Están deseando hablar con ustedes.

Y, como para explicarme lo que no le había preguntado, el joven se vuelve hacía mí y añade:

- Ustedes están ahora… yo diría… que están en el país de los que tienen mil razones personales para no volver a la Tierra.

Los que están en la hierba nos sonríen dulcemente, con una conmovedora sonrisa llena de melancolía.

- ¿Es usted quien va a ser nuestro interprete?

Muevo la cabeza afirmativamente y pronuncio unas palabras para confirmarlo. Pero en ese mismo instante sé que mi respuesta ha llegado por encima de las palabras… porque enseguida se ha tendido un puente entre nosotros. Un puente que se ha suspendido en el aire en cuanto nos hemos cruzado la mirada.

Solo me queda sentarme yo también, como acaba de hacer Florence. Sentarse y escuchar. Quieren que dé testimonio y que me apresure a hacerlo.

El adolescente es que muestra mayor impaciencia por hablar. Al principio balbucea un poco torpemente, pero, al cabo de un momento, parece que se siente más seguro de sí mismo y entonces sus palabras fluyen a raudales.

- ¿Sabe? Hay que decir las cosas. Yo he comprendido, después de lo que me ha pasado, que no hay que aprisionar nada en uno mismo durante mucho tiempo. Si un sufrimiento permanece bloqueado detrás de un dique, acaba por hacerlo saltar tarde o temprano, y entonces es tan devastador como un maremoto. Yo puedo hablar de eso porque lo sé. Me cuesta reconocerlo pero, por eso precisamente es por lo que acabo de quitarme la vida.
- ¿Hablas de verdad de un suicidio?
- Bueno. Digamos que, en la Tierra, no se le da ese nombre. En realidad, he hecho todo lo posible para que mi corazón dejara de latir. Hacía apenas siete semanas que mi consciencia tuvo que descender por primera vez al vientre de una madre. Cada vez que penetraba en ese pequeño feto que iba a servirme de cuerpo, me oprimía la angustia. Compréndame. ¡Estaba todavía tan presente en mi memoria el peso de mi vida anterior…! Resurgían en mí todos los olores de la Tierra, los de mis frustraciones, remordimientos y antiguos temores. Me resistía a aceptarlo y quería volver a *mi hogar*.
- Sin duda por eso, en cada una de mis inmersiones en la materia tenía la impresión de que se me cortaba la respiración. Y cuanto más intensa era la llamada del cuerpo que se estaba formando para mí, más insoportable se me hacía esa especie de apnea forzosa.
- ¿Tan pesado y duro era tu bagaje kármico que te causaba pánico volver?
- Ahora veo claramente que no. Es un pequeño equipaje, una maleta no mayor que la de otro cualquiera. Sólo que, debido a mi modo de ser, yo nunca había querido compartir su contenido; siempre estaba atemorizado y encerrado en mí mismo y metía mis sentimientos bajo llave. La decisión de aceptar o no una carga y de avanzar con ella no depende de lo pesada y dura que sea, sino de cómo la perciba uno, del color del cristal con que la mire.
- Pero yo aún no lo había comprendido. Por eso decidí decir que no, y al cabo de seis semanas puse los medios oportunos para no tener que bajar nunca más al vientre que me acogía.
- La imantación de la Tierra era muy intensa, así que tuve que movilizar toda mi energía. No nacer no es tan sencillo, ¿sabe? Durante cinco o seis días de tiempo terrestre tuve la impresión de nadar contra corriente, hasta que llegó un momento en que sentí como un portazo en la nuca. Entonces supe que había sido liberado y que no iba a entrar en la nueva historia que la Vida se disponía a poner en escena para mí.
- Antes de que eso ocurriera, y durante todo el tiempo en el que evité entrar en el feto, me había imaginado que lo viviría como una victoria y un alivio. Pero no fue así, ¡de ninguna manera! Al contrario, sentí auténtico pánico. Ya no sabía adónde ir. Acababa de rebelarme contra los consejos de mis guías y había rechazado a mis padres.
- Entonces me vine abajo. Sentí verdadero horror, tanto más cuanto que seguía imantado por la materia y recibí como un latigazo toda la pena que acababa de causar a los que habían decidido abrirme los brazos. ¡Había roto unilateralmente el contrato de ternura!
- Pero la inteligencia de la Vida no trató de evitarme ningún sufrimiento. Y, para que aprendiera, me hizo ver aquella cosita sanguinolenta que salía del cuerpo de mi madre y que tendría que haber sido yo.
- Aquella lección fue la que hizo que me diera cuenta de mi error. Abrió una gran herida en mi alma y la dilató hasta llevarme de nuevo junto a mis guías. Ellos no me han

reprochado nada. Me han dejado solo conmigo mismo durante algún tiempo. Luego me han acompañado hasta aquí para que deje de hacerme daño y…

El adolescente deja la frase en suspenso. Su voz parece haberse ahogado en un sollozo; pero, al cabo de un momento, su terso y ovalado rostro nos obsequia con una sonrisa, como para decirnos que está bien.

- Creo que pronto estaré preparado – continúa al fin -. He visto que los que iban a ser mis padres siguen dispuestos a acogerme de nuevo. Ahora he dicho que si. Hemos hablado durante su sueño. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿sabe?

- Tengo una estrecha relación sobre todo con el que va a convertirse en mi padre. En otros tiempos fuimos hermanos; pero una cuestión de herencia poco clara acabó sembrando entre nosotros la discordia. ¡Que estupidez! ¿Verdad? ¡Si comprendiéramos que siempre encontramos nuestro *jardín* en el estado en que lo hemos dejado…! Y cuando las semillas que plantamos en él son las cosas que no hemos dicho, que no hemos sabido o querido decir, llega un día que recogemos sus frutos. Cada vez que uno retrocede ante un obstáculo, puede estar seguro de que se lo volverá a encontrar. Ya ve, ¡la misma verdad a los dos lados del telón de la vida!

- Pero si le cuento todo esto, no es sólo porque aquí he aprendido al fin a liberarme de mis secretos, sino, sobre todo, porque he visto hasta que punto la joven que iba a ser mi madre se ha culpabilizado por haberme perdido.

- Como otras muchas mujeres, durante varios meses vivió con la sensación – casi con la certeza – de haber sido ella la principal responsable del aborto. ¡Y nada más falso! ¡Fui yo quien no quiso nacer! No estaba preparado, sencillamente; es decir, no estaba maduro en mi corazón. Es preciso que estas cosas se sepan, porque al ver llorar a mi madre y ver luego que se echaba la culpa de todo, me he dado cuenta, de un modo más o menos consciente, de que el sentimiento de culpabilidad es un veneno para el ser.

- ¿Sabe? Yo creo que esa constatación es la que me ha empujado a volver tan pronto hacia ella. Si, ¡porque yo también me he sentido culpable! Si no se está alerta para reaccionar con rapidez, se puede entrar fácilmente en una ronda sin fin.

- Eso es lo que se llama tejer un Karma, ¿no? – comenta Florence.

- Tienes razón, pero yo no pensaba en eso. La palabra *karma* resulta práctica para hablar de la lógica profunda de nuestro universo y expresa con exactitud lo que vivimos en él.

- Por otra parte – dice el hombre del traje gris -, no crean que la idea del vínculo kármico es evidente para todos por el hecho de haber cruzado el umbral de la muerte. Muchas almas, que aún no han despertado, no comprenden su coherencia, y con frecuencia se hunden en un perpetuo *estado de víctima*. Siempre es la Vida la que se muestra injusta con ellas. Lo Divino las ha abandonado sin duda “por no merecen ser amadas debido a que no son buenas ni hermosas”.

- Se trata de una trampa perversa en la que muchos de nosotros caemos en un momento u otro de nuestra historia personal. Caemos en ella fácilmente porque nos descarga de nuestra responsabilidad. Y eso es lo que nosotros, aquí, tratamos de poner en evidencia para desactivar su mecanismo.

- Hasta un tiempo muy reciente de la historia de la humanidad terrestre, la mayoría de los abortos espontáneos estaban causados por el miedo a nacer, es decir, por el miedo a tener que hacer frente a las circunstancias sembradas con anterioridad. Las responsabilidades hacen huir.

- En definitiva, nadie puede forzar a un alma a respirar la vida en el vientre que querría hacerla nacer. Si tiene fuerza y voluntad suficientes, siempre consigue hacer marcha atrás.

- ¿Y el amor que vuelcan en él sus futuros padres no puede hacer cambiar las cosas? – pregunto yo.

- Es lo único que podría hacerlas cambiar, si, y tranquilizar al alma frente a sus temores. Si hay algún secreto que pueda suavizarlo todo, es ése precisamente. **¡No deje de decirlo!**

- No obstante, aunque una pareja sea capaz de inmensos tesoros de escucha y amor, es posible que tenga que hacer frente a un aborto espontáneo. La libertad, sobre todo a ese nivel, sigue siendo un principio sagrado y hay que respetarlo como tal. De modo que las personas que se vean confrontadas a una decepción semejante, deben decírselo a sí mismas una y otra vez. La copa de amor que estaban dispuestos a ofrecer al alma que iba a reunirse con ellos debe verterse en otra dirección: en una aceptación real. Es la única salida.

- Yo estoy escuchando y tengo buen cuidado de grabar en mi corazón toda la información que recibo. De lo que se ha dicho hace un momento, ha habido algo que me ha llamado especialmente la atención. No creo que se haya mencionado por casualidad, ni mucho menos por error; me intriga el mensaje implícito.

- Acabas de decir que, hasta un tiempo muy reciente, la mayoría de los abortos naturales se debían al miedo a nacer. ¿Por qué has hecho esa restricción respecto a nuestra época?

En el rostro de la presencia femenina sentada en la hierba junto al adolescente se dibuja una leve mueca. Hasta ahora no había dicho nada; se había limitado a observarme. Sin embargo, veo que mi pregunta le ha hecho reaccionar más que a los demás. Se incorpora, y el intenso azul de sus ojos penetra con toda su fuerza en los míos.

- ¿Le sorprende? – dice -. Quisiera hablarle del tiempo reciente. Yo he tenido… digamos, algunas dificultades para llegar a este lugar de reposo, aquí, donde usted me ve ahora. La cólera que sentía era tal que me impedía encontrar en mi corazón la puerta de acceso. He tenido que quitar montañas de escombros formados por reproches y rebeldía antes de conseguir estar aquí y hablar pausadamente.

- El problema, si es que puedo llamarlo así, es que yo quería realmente nacer, ¿comprende? Me había hecho todo un plan de vida. Una especie de esquema ideal con las mejores resoluciones del mundo, como hacen los niños el primer día de escuela: se dice uno a sí mismo que será aplicado, que será mejor aún a sabiendas de que no va a resultar fácil… Y, aunque sólo sea un bonito deseo, uno se lo cree, y le ayuda ponerse los zapatos con más alegría.

- Ése era pues mi estado de ánimo al regresar, y me sentía más bien dichosa por ir al encuentro de una pareja cuya sensibilidad sintonizaba con la mía. Iba a estar bien, y en un país en paz. Un país en paz, si.

- Pero como sin duda sabe, ¡se puede luchar contra la vida a varios niveles! De eso es de lo que quiero hablarle.

- El hombre del traje gris acaba de posar suavemente la mano en el hombro de la joven, que habla con más seguridad cada vez. Un gesto con el que, sin duda, trata de tranquilizarla. Por mi parte, ahora me doy cuenta de hasta que punto mi pregunta ha dado de lleno en una realidad dolorosa.

- Mis guías se guardaron muy mucho de informarme de todo – continúa en un tono más suave -. Al principio me molestó y sentí hacia ellos cierta animosidad. Pero ahora me doy cuenta de que tenían razón. Si lo hubiera sabido todo, no habría tenido el mismo impulso ni habría vivido lo que, en definitiva, se convirtió en una ocasión de crecimiento. Bueno, en realidad me habían prevenido un poco en cuanto a la existencia de ciertos riesgos, pero yo enseguida relegué sus palabras al trastero de mi consciencia. No era asunto mío, y el posible peligro que habían evocado vagamente me parecía mínimo.

- Todo comenzó maravillosamente. Descendía feliz y con tanta frecuencia como podía al embrión que iba a servirme de casa durante toda una vida. En la medida en que podía darme cuenta, mis padres eran conscientes de lo que pasaba. Se informaban, leían, en una palabra, estaban convencidos de que no vivían sólo ellos dos, sino que estaban empezando a recibir a *alguien*.

- Apenas dos meses después de saber que yo estaba en camino, ya habían preparado mi habitación: pintada de blanco, la habían decorado con una delicadeza conmovedora. Yo lo vi todo, ¡se lo aseguro! Incluso me paseé un par de veces por aquel decorado que iba a ser mío; una de ellas, mi madre me sorprendió: “¡Oh! ¡Una hermosa bolita azul, cerca de la puerta!”, exclamó. Y su entusiasmo hizo aumentar el mío.

- Poco después, las cosas empezaron a estropearse. El primer síntoma fue una breve pero penosa sensación de frío cuando ya estaba en el feto desde hacía un rato.

- Nunca había sentido algo así. Cuando descendemos a un vientre para habitar en él durante algún tiempo, si todo transcurre con armonía notamos como si nos acariciara una suave brisa y escuchamos el tenue sonido que produce la circulación de los fluidos en el cuerpo que nos acoge.

- Al principio es como el canto de un riachuelo que fluye entre el musgo y los guijarros acompañado de un vientecillo tenue que juega entre un follaje invisible. Después, el canto se amortigua y nos envuelve un ambiente más silencioso. Entonces empezamos a captar los sonidos y pensamientos que proceden de nuestro futuro universo. A partir de ese momento nuestros padres no pueden ocultarnos nada ¡porque bebemos directamente en la fuente de su corazón!

- Así que, como digo, fui presa de una desagradable sensación de frío que me hizo salir rápidamente del cuerpo de mi madre. Traté de olvidarlo, pero la vez siguiente me envolvió la misma frialdad. Sentí que me recorría una especie de escalofrío, al mismo tiempo que mi madre se quejaba de dolor de vientre. No duró mucho tiempo. Lo que más me inquietó aquella vez fue no oír los sonidos de la forma habitual: en lugar de una melodía clara y continua, percibía sonidos entrecortados e irregulares.

- Al día siguiente las cosas tomaron otro cariz. Me costó mucho entrar de nuevo en el feto. Igual que hacen todos los que nacen voluntariamente, comencé a deslizarme por la

coronilla – la fontanela -, es decir, de la misma delicada forma con la que uno se pondría un guante que le queda muy ajustado.

- Me sentí mal. Habría jurado que mi cuerpo no quería saber nada de mí, que rechazaba mi presencia, que consideraba mi alma como una intrusa. Recuerdo que intenté moverme; incluso luchar contra aquella adversidad. Fue una especie de reflejo…, pero también una reacción consciente para decir que era yo quien daba órdenes a mis brazos y piernas, y que estaba decidida a entrar por completo en mi cuerpecito.

- Mi madre se quejó una vez más. Dentro de mí, vi cómo se tendía en la cama y llamaba a mi padre.

- No hace falta que le diga que estaba tan angustiada como yo. En el instante siguiente fui expulsada del pequeño feto. Parecía como si una fuerza exterior a mí estuviera dirigiendo la retirada. Yo quería mantenerme, desde luego, pero…

- Entonces asistí a todo lo que pasó. Vi a mi madre, que se retorcía de dolor; vi a mi padre que llamaba por teléfono; vi la ambulancia, que llegó enseguida, y mi vi muerte en la camilla. En realidad debería decir que vi mi *despegue* porque, para ser sincera, yo no sentí dolor alguno, como si estuviera anestesiada, como si todo aquello no fuera verdad. Sentí frío de nuevo, pero era un frío diferente, que no me hacía tiritar; me sentía envuelta en algo fresco que, poco a poco, iba haciéndose cálido y tierno.

- Me di cuenta de que procedía de mi padre, que estaba rezando, ¿comprende? No sabía muy bien a quién dirigía sus oraciones, pero rezaba. ¡Si supiera cuánto me ayudó su plegaria!

- Pero lo que me sostuvo en aquellos momentos no fueron las palabras que mi padre pronunciaba dentro de sí y que yo percibía claramente, sino la fuerza del amor que había tras ellas, que superaba con mucho las pequeñas incomprensiones que posiblemente habríamos vivido en común.

- No pude quedarme mucho tiempo junto a mis padres porque mis raíces en la Tierra eran poco profundas.

- Al cabo de unas horas fui aspirada hacia lo alto, transportada por una especie de corriente de aire luminoso. Como ve, no sufrí realmente, no. Sólo que regresé con una gran frustración, una frustración que se transformó en cólera en cuanto comprendí lo que había pasado.

- ¿Lo comprendiste enseguida? Te informaron tus guías, supongo – dice Florence.

- Me estaban esperando, si. Pero solo para consolarme; al principio no quisieron decirme nada. Me lo explicaron después, cuando conseguí salir casi por completo del ambiente terrestre.

- “Es un nuevo problema, al que nos enfrentamos cada vez con mayor frecuencia”, me anunciaron, “un problema social que pone de manifiesto la creciente toxicidad que hay en la actualidad en la Tierra”.

- Evidentemente, los acosé a preguntas. En cierta forma, creo que me hubiera resultado más fácil aceptar razones de tipo psicológico, o incluso que hubieran apelado a un karma oculto. Pero no. Lo que me dijeron era de orden estrictamente mecánico.

- ¿Una malformación?

- ¡Nada de eso! La fragilidad de mi madre. Al parecer, en el metabolismo humano se está produciendo un debilitamiento progresivo, bastante rápido en general. Según me explicaron, afecta más a las mujeres que a los hombres debido a que su organismo es más complejo. Quiero decir que la capacidad que tiene la mujer para llevar a un niño en su seno y darlo a luz hace que organismo sea mucho más delicado y que se estropee con más facilidad que el de un hombre. Eso no es un secreto para nadie, pero el problema se está haciendo cada vez mayor porque la toxicidad del medio ambiente terrestre está creciendo fuera de toda proporción.

- ¿Quieres decir que muchos de los abortos que tienen lugar en la actualidad se deben a la polución? – pregunto yo.

- Todo depende de a que llame polución. Mi guías no me han hablado sólo del aire que se respira y del agua que se bebe; también ha hecho referencia a la calidad de los alimentos, a los campos electromagnéticos y a la multitud de ondas de todo tipo que recorren la Tierra. Toda esa química agota los cuerpos, en especial los de las mujeres jóvenes, y las predispone a embarazos difíciles y abortos espontáneos. *(1)Las estadísticas oficiales reconocen que hoy, en América del Norte, un primer embarazo de cada tres termina en aborto espontáneo).*

- Tú cuenta lo que pasa…

Nuestra interlocutora se ha vuelto hacia el hombre del traje gris. Es evidente que el tema le afecta profundamente. Pero, para no enfurecerse, prefiere que hable él.

- Sí, Marie – responde, aceptando inmediatamente la propuesta -. Vale más que sea yo quien continúe. Tú estás aquí desde hace muy poco tiempo y no sirve de nada que te hagas daño como estás empezando a hacerte.
- No sé si comprende – dice, clavando en mí su mirada – que, hoy en día, todo está dispuesto para que, en la práctica y de un modo absolutamente desconsiderado, el cuerpo humano pierda su equilibrio fundamental y su capacidad autorreguladora. Por otra parte, como usted ha podido constatar en numerosas ocasiones, la frontera entre los mundos es mucho más porosa de lo que la gente se imagina en general. Por lo que, al envenenar de mil maneras el cuerpo físico, se acaba desestructurando también su contrapartida sutil. No hablo del *cuerpo del alma*, por supuesto, sino del cuerpo etérico, como se le llama tradicionalmente, es decir, del campo de fuerzas organizado que sostiene la realidad física de un organismo.
- Y así como se puede afirmar que algunas enfermedades tienen su origen en la información procedente del mundo sutil, así también la polución terrestre de todo tipo tiene un impacto innegable en el espacio etérico.
- Eso supone no sólo que los órganos de la carne se ven alcanzados cada vez más por multitud de venenos, sino que el envenenamiento llega también a las glándulas y, en particular, a las endocrinas, lo cual es mucho más grave. Cada una de las glándulas endocrinas está relacionada directamente con un chakra concreto, que, en condiciones normales, es el que proporciona la información que la glándula necesita.
- Sin embargo, lo que está ocurriendo hoy en día tiende a invertir cada vez más esa relación. Quiero decir con esto que las órdenes que los chakras transmiten al sistema endocrino y a las distintas partes del cuerpo físico son cada vez más débiles en proporción a lo que el organismo de carne recibe del mundo material.
- En otras palabras, las agresiones que bombardean los cuerpos físicos, cada vez más violentas y constantes, son más potentes que la acción de reequilibrio energético que llevan a cabo los chakras, ¿comprende?
- Como usted sabe, el cuerpo de la mujer sufre una enorme transformación cuando se queda encinta, en particular si se trata del primer embarazo. Eso significa que algunos de sus centros energéticos tienen que trabajar por primera vez a un ritmo diferente del habitual. Y si han sido ligeramente desestabilizados por lo que acabo de mencionar, el riesgo de aborto es considerable. Con mucha frecuencia, el segundo embarazo llega a término porque el cuerpo sutil se ha estabilizado de nuevo y reacciona mejor.
- ¿Eso significa – pregunta Florence -, en palabras sencillas, que cada vez con mayor frecuencia las mujeres jóvenes harán un *primer ensayo* antes de estar en condiciones de llevar a término un embarazo?.
- ¡Así de claro! El cuerpo humano está hoy en día sometido a tensiones tan nuevas y brutales que se está desorganizando de un modo considerable. Pero ten en cuenta, Florence, que lo que hace daño al cuerpo hasta desestructurarlo a veces profundamente no es sólo lo que se ingiere por la boca o se respira por la nariz, sino también el espacio vibratorio que le rodea, en el sentido más amplio del término.
- Me refiero a toda una nube de ondas eléctricas y campos magnéticos de diversos orígenes que lo agraden continuamente. Me refiero a los hornos de microondas y a los teléfonos móviles que se utilizan a un ritmo cada vez más inconsciente y cuya toxicidad no parece preocupar a casi nadie. Hablo también de las corrientes eléctricas de alta tensión…
- *(1) Como información complementaria, hay que resaltar que el ejército norteamericano está llevando a cabo investigaciones avanzadas sobre las propiedades de las ondas electromagnéticas con el fin de actuar sobre la ionosfera de nuestro planeta (Proyecto H.A.A.R.P., entre otros). Uno de los objetivos que se persigue es constituir una especie de arco-antena eléctrica con el objetivo de provocar, por multitud de razones tácticas, una lluvia de radiaciones militares, claramente reconocidas, los proyectos en cuestión tienen por objeto modificar el equilibrio meteorológico del planeta por motivos económicos y políticos y afectar por medio de frecuencias extraordinariamente altas o bajas, las funciones cerebrales propias del pensamiento, generar problemas de salud y exacerbar conflictos psicológicos… en aquellos lugares donde algunos lo consideran "necesario".*
- ¿Cómo hay que reaccionar ante todo esto? No me corresponde a mí decirlo. Yo no hago más que denunciarlo. El mundo del alma envía señales incesantemente a los seres encarnados, pues son su prolongación terrestre; pero no moverá una varita mágica por encima de una humanidad que se niega con obstinación a considerar seriamente lo que ocurre en su seno.
- La sensatez, Florence, debe empezar en la base de la pirámide humana, es decir, en la materia, con las manos y los pies en el barro. No se impondrá desde lo *alto* porque, para que merezca ese nombre, hay que buscarla siempre y en todo.

- Muchas personas encarnadas en la actualidad tienen debilitada, algunas incluso muy dañada, la re de *nadis* – que es, en cierta forma, el sistema circulatorio del cuerpo sutil – de modo que, con frecuencia, se producen cortocircuitos que dan lugar a toda clase de patologías nuevas y misteriosas.

- No es extraño pues que, en semejante contexto, todo lo que concierne a la procreación se vea especialmente afectado. También se está dañando el sistema hormonal de ambos sexos, por lo que no habrá que sorprenderse de que aparezcan cada vez más aberraciones.

- Así pues – continúa el hombre del trajes en unto que trata de ser menos grave -, ya ve que, aunque hay muchas razones por las que algunos seres no quieren volver a la Tierra, hay otras muchas que se lo impiden. Pero, pese a todo, ¡la Vida debe continuar!

- Lo más dramático es que, a menos que el alma haya adquirido cierta madurez, no se comprenda que la posibilidad de tener un cuerpo en un mundo como el de la Tierra es un regalo inestimable. Muchas personas lo toman en cambio como un castigo, como si arrastraran a todas horas una enorme bola de hierro.

- ¡Se parece a eso tan a menudo! – exclama Florence de pronto, exclamación de la que Marie se hace eco inmediatamente.

- Por falta del comprensión, de sencillez. ¿No es para intentar, una vez más, remediar eso por lo que nos hemos reunido aquí y estamos hablando? Todas las cosas son sencillas cuando uno está dispuesto a observarlas con la sensatez de un corazón abierto.

- ¿Ha existido eso alguna vez? – protesta de nuevo Florence con una pizca de amargura que trata de disfrazar de buen humor.

- Con frecuencia hay que perder algo para que nos demos cuenta de que nos falta. La libertad que se nos ha dado debe ayudarnos a esa toma de conciencia, ¿comprendes? Es un regalo que a veces nos da pistas falsas y nos mete en algún atolladero en el que estamos atascados hasta que reconocemos nuestra orgullosa terquedad.

- ¿Libertad? ¿Nos hemos beneficiado realmente de libertad lo que hemos venido aquí después de no haber podido nacer por diversas razones, todas ellas frustrantes y dolorosas? A mí me parece, por el contrario, que estamos atrapados en un mecanismo de precisión que se llama Karma y que no deja pasar nada. Yo, en concreto, no pedía más que volver a empezar una vida sencilla, hermosa y pura, sin tener que luchar para nacer, ¡y sin tener que arrastrar luego la bola de un pasado que no recuerdo!

Marie ha hablado dirigiéndose al hombre del traje gris, que no reacciona. Sabe lo que va a pasar. Yo también lo sé, lo he comprendido.

En un abrir y cerrar de ojos, la presencia de Marie se difumina y al instante desaparece por completo de nuestro círculo. Su cólera la ha llevado lejos. Lejos es otro espacio mental del universo, una zona de consciencia más conforme a la realidad interior que vive en este momento. *(4)(En realidad se trata del mismo fenómeno que experimentamos todos en el mundo de los sueños, cuando el decorado en el que nos encontramos se modifica de un modo instantáneo, o cuando las personas que vemos en él cambian repentinamente de aspecto. No se trata de "fantasías de nuestra imaginación", en el sentido clásico del término, sino de realidades de tipo holográfico que vivimos en otros universos o niveles de consciencia).* Marie atravesará allá lejos su tormenta, sola o en compañía de otros seres; después volverá a algún lugar de por aquí para completar su sanación.

- Bueno, algo de razón si tenía…

Florence clava su mirada en el hombre del traje gris. También ahora la noto a ella menos presente, como si hubiera hecho suyos algunos de los interrogantes de Marie.

- Todos tenemos razón en el universo que habitamos, ¿sabes? Porque un universo es, ante todo, una realidad interior que se forja cada uno y en la que sitúa elementos en resonancia con su ser. Y entonces, claro, la razón cambia y se modela según la altura que uno es capaz de alcanzar. En eso se parece a la Verdad, no porque sea una ilusión, sino porque está formada por multitud de facetas. Sea cual sea el lugar donde nos encontremos, nos cuesta mucho percibir el diamante pluridimensional de la Vida por la sencilla razón de que tenemos los ojos pegados contra una de sus facetas.

- Marie acaba de acusar al Karma de ser un mecanismo despiadado y, en definitiva, desprovisto de compasión, puesto que nos hace volver al mundo con unos *virus* que apenas comprendemos. En un primer momento, su cólera parece lógica. La considera uno lógica si no ha identificado al autor de la Ley de Causa y Efecto. ¿Es acaso la Divinidad, o lo que denominamos así? Ciertamente no.

- El Karma es una invención del Tiempo, que, a su vez, es invención de una de las manifestaciones que la Consciencia ha elegido en la Ola de la Vida que llamamos Creación.

- Lo que nosotros designamos con el nombre de Dios está muy por encima de todo eso. Yo diría utilizando una imagen, que nuestros conceptos son hasta tal punto inadecuados que somos incapaces de aprehender ni siquiera la altura de Sus talones.
- ¿El Karma? Lo pone en marcha el movimiento que uno imprime a su vida, y es un modo de regular y equilibrar los desfases que se produce en ella. Todos nosotros lo mantenemos activo desde el momento en que hemos penetrado deliberada y colectivamente en esa especie de prisión mental que es el Tiempo.
- ¿Sabe? Yo también me he rebelado muchas veces antes de estar en condiciones de hablar así. La capacidad de rebeldía es uno de esos regalos inestimables que la Fuerza de la Vida ha depositado en nosotros. Supone la existencia de una energía de movimiento y, en consecuencia, es saludable.
- No se entristezca por Marie. Ella sigue su camino, como yo, como todos. A veces tenemos la sensación de que la Vida – o lo Divino, como queramos llamarlo – se equivoca porque mantiene la injusticia. Pero, créame, *no hay un solo obstáculo* que carezca de sentido.
- Allá donde se conciben y organizan los nacimientos y las muertes, esto se enseña antes que ninguna otra cosa.

VII. EL DON DE PAZ

De nuevo he dejado pasar días y noches, semanas enteras… sin saber cuántas han sido. Han ido transcurriendo en silencio hasta esta mañana, en la que el cuerpo de mi alma ha sentido intensamente la necesidad de levantar el vuelo de nuevo hacia su espacio propio. Sin oponer resistencia y sin saber hasta que puerto tendría que bogar, he ido cubriendo distancias.

Y así es como he llegado de nuevo, por segunda vez, al pequeño apartamento amueblado de Emilia. El ambiente está muy tenso; inmediatamente me siento agredido por él.

Pierre está ahí, de pie, cerca de la salida, con la mano en el tirador de la puerta, como queriendo salir pero sin quererlo del todo. Está pálido, casi lívido; es evidente que está ahogando una cólera que no puede expresar. Aparece rodeado de volutas grises y marrones – las secreciones de su alma doliente -, otras tantas masas de energía que van a infiltrarse en las paredes materiales del apartamento.

En cuanto a Emilia, la veo sentada en el borde de la cama, con los ojos rojos y el cuello tendido hacia donde está él, al que no puede ver pero del que adivina el menor movimiento. El delgado tabique que los separa y a través del cual intentan hablarse se ha convertido en realidad en una espesa muralla.

- ¡No aguanto más que vivas con eso! – acaba por soltar Pierre -. ¿No ves que te estás consumiendo y me estás destrozando a mí también?
- ¿Por qué hablas así? ¿Por qué sigues llamándola *eso*? *¡Eso, eso*!

Las palabras de Emilia quedan ahogadas en medio de los sollozos. Pierre no responde. Se encuentra en un callejón sin salida, y no sabe que decir. Se oye un portazo seco en el otro extremo del pasillo. Se acabó. Se ha marchado, tragado por su propia soledad.

¿Es una verdadera ruptura? Tal como yo veo las cosas, diría que sí, con toda certeza. Pierre y Emilia viven ahora en dos planetas diferentes: uno de ellos, formado por motivos razonables; el otro, pavimentado de culpabilidad. ¿Habrá algún ser que quiera intervenir y trate de tender un puente entre ambos?

- Desde luego yo no. Y creo que es mejor así.

La voz que acaba de susurrar de esa forma su verdad es la de Florence. La joven ha surgido de pronto en mi espacio de luz; también ella ha captado todo lo que ha ocurrido, incluso mis pensamientos, que ha atrapado al vuelo. En una fracción de segundo ha penetrado de lleno en mi campo de visión.

Me parece que ella también ha cambiado de planeta. Su sonrisa es más amplia, más plena, más apacible… además, ya no lleva el largo vestido azul que sólo hablaba de la tristeza de su alma. Va vestida de amarillo, como para dar testimonio de un sol que al fin ha conseguido encontrar. ¡Ojalá Emilia pudiera verla así! Emilia, por su parte, se ha tumbado en la cama y, con el rostro hundido en la almohada, llora con grandes sollozos.

- No, no seré yo quien tienda un puente – continúa dulcemente Florence, al mismo tiempo que se vuelve hacia ella y le acaricia el cabello -. Para poder armonizar dos voces, las dos han de querer tararear la misma canción. Yo sé que su historia común en esta vida termina aquí; mis guías me lo han hecho ver con claridad.
- No es un fracaso, no. Creemos que, cuando se rompe un vínculo, hay que hablar de fracaso. Pero ¿por qué? Un auténtico vínculo de amor libera, nunca ata. Si dos corazones

eligen el silencio para enmascarar sus diferencias en terreno neutral, están sembrando en si mismos y a su alrededor semillas de discordia y de sufrimiento.

- ¿Me oyes Emilia? Hay que aprender a mirar la realidad y no hacer de ella un drama. Fingir que se habla el mismo lenguaje, eso sí que es un fracaso.

En la pequeña pantalla de un radio-despertador que hay en el suelo, sobre la moqueta, parpadean incesantemente unas cifras luminosas de color verde: son las 9,30 de la mañana.

Emilia no irá hoy a clase. No está en condiciones de hacerlo. Se quita las sandalias y busca algo a tientas en el fondo del bolso que está junto a la cama. Enseguida comprendo de qué se trata: una cajita de somníferos. Levanta febrilmente la tapa de plástico, toma dos comprimidos de color blanco y rosa, y empieza a sollozar de nuevo. Tal vez sea mejor así. En lugar de arrastrarse todo el día hecha un mar de lágrimas, quizá sea mejor que duerma.

- Por eso es por lo que le he llamado – me dice serenamente Florence mientras continúa pasando la mano por el cabello de Emilia -. He visto lo que iba a pasar. No tardará en dormirse y, con un poco de suerte, podremos reunirnos con ella como hace algún tiempo, ¿recuerda? Ir a su encuentro en cuanto salga de su cuerpo, abrazarla, hablarle… Es la única solución para ella y para mí.

- ¿Y Pierre? ¿No has intentado entrar en contacto con él de la misma manera?

- Sí, lo he intentado, pero no ha servido para nada. Ha puesto mucha distancia entre su cuerpo y mi alma, así que no recuerda nada de las breves conversaciones que hemos tenido. En realidad, su formación y su sensibilidad son actualmente tan diferentes de las mías que su consciencia se aleja enseguida de mí y se sitúa en una frecuencia de vida a la que yo no tengo acceso.

- Sé que hubiera sido un buen padre, eso no tiene nada que ver. Pero su concepto de lo *que es* es tan diferente del mío que nuestras almas no pueden unirse de verdad en el mismo plano de existencia. Ha tomado otro camino, eso es todo.

- Él es coherente en el interior de su mundo, en el que se mueve con soltura; pero sus reflexiones no pueden ir más allá de los límites que se ha puesto. Se ha construido una lógica, y se atiene a ella, como la mayoría de la gente. En el fondo lo sabe; pero, si se suelta de la barandilla, le entra miedo. ¡No todo el mundo está dispuesto a hacer una inmersión en lo infinito de la Vida! Por eso nunca está enfermo. ¡Al rodearse del hormigón el alma, se ha hecho también un cuerpo de hormigón!

- ¿Intentas decirme que, cuando uno empieza a plantearse las verdaderas preguntas, se hace más frágil?

- ¡Es evidente! Si uno se pregunta sobre qué hay antes y después del transcurso de una vida, si está dispuesto a profundizar en el cómo y el por qué, se arriesga a sentir un enorme vértigo. Y es entonces cuando el organismo físico pierde sincronización... hasta que, después de años de esfuerzo y de sufrimiento, le crecen una especie de alas a ambos lados del corazón que lo empujan y le ayudan a encontrar de nuevo el equilibrio.

- ¿Y, volviendo a lo de Pierre... ?

- Es su historia personal. La decisión es suya. Pierre es una buena persona; se miente a sí mismo para protegerse, pero no podrá hacerlo siempre. Usted sabe perfectamente que la realidad del alma no es opcional. Aunque uno la niegue, la realidad sigue ahí, y siempre termina por aparecer. ¡La Inteligencia de la Vida prepara a veces unos escenarios increíbles!

- ¿Ve a Emilia? Pues estoy convencida de que el rechazo de un hijo va a ser para ella la ocasión de descubrir una nueva dimensión de su ser. Pero antes tendrá que derribar el muro de su sentimiento de culpabilidad.

Al observar como me habla ahora. Florence, que sigue acariciando los cabellos de la que debería haber sido su madre, acaba constatando que es un ser distinto al que encontré hace unos meses. Salir por fin del laberinto le ha dilatado el corazón.

En la habitación se ha hecho poco a poco el silencio. Los profundos sollozos de la joven se han ido espaciando hasta convertirse en una lenta respiración que habla de agotamiento, Florence y yo, al pie de la cama, contemplamos a una Emilia entregada al sueño y cuyos puños acaban de soltar la almohada.

De pronto el cuerpo de Emilia se mueve un poco. Quiero decir, el cuerpo de su alma, su forma de luz. Hela ahora aquí de pie, casi frente a nosotros, con ojos despavoridos. ¿Nos ha visto? No lo creo. Más bien parece que trata de despertarse mientras intenta correr una cortina de lágrimas para recordar quien es.

Sin embargo, su mirada se cruza enseguida con la de Florence y luego se hunde en ella.

- ¿Otra vez tú? ¡Oh, déjame! Ya ves, no sirvo para nada. ¿Por qué me persigues? ¿No tienes piedad de mí?

Por toda respuesta, Florence trata de tomar a la joven entre sus brazos, como si la niña que tendría que haber sido se hubiera convertido de pronto en madre. Pero la forma de Emilia se le

escapa, se ha deslizado subrepticiamente entre las partículas de luz y se ha ido a un rincón de la habitación.

- ¿Y él? ¿Quién es? – dice con aire cansino al verme.
- Un amigo.
- ¡Ah, sí! Ya lo sé, me lo habías dicho. Escucha Florence, déjame. Ayer vi unas fotos en una revista. Unas imágenes increíbles, a los dos meses, a los tres meses, a los seis... Se diría que todo está planeado para hacerme sufrir y que allá *arriba* se empeñan en que me ponga más enferma aún. Por más que me digo que no es cierto, veo una especie de precipicio ante mí y no puedo hacer nada.

Sin quererlo, desconecto de la conversación, o más bien de las quejas de Emilia. Veo que no hace sino volver sobres sí misma como un disco rayado, y cada frase que pronuncia hace que el surco de su sufrimiento se vaya haciendo un poco más profundo, un surco que se ha convertido en una auténtica prisión entre cuyas paredes no existe otro horizonte que su sentimiento de culpabilidad.

Eso mismo les ocurre con frecuencia a los que sufren, que quedan cautivos en su atolladero porque la cultura occidental les condiciona de tal modo que les impide mirar desde la altura, y no comprenden en sentido profundo de lo que viven.

“Esto está bien... Aquello está mal...” La sociedad nos ha enseñado a reaccionar únicamente ante dos principios de un dualismo pueril. En consecuencia, el *Bien* y el *Mal* se envían la pelota el uno al otro sobre el telón de fondo de nuestras consciencias que, poco a poco y año tras año, van tomando el aspecto de un campo de batalla.

¡Pero somos nosotros los que decidimos la lucha que queremos llevar adelante!, me dan ganas de decirle al oído a Emilia, que continúa huyendo de la ternura de Florence. Si te dejas devorar por un pasado que te hace daño, si entras en guerra contra una parte de ti misma que te desagrada o que te avergüenza, no harás más que ponerte una armadura encima de otra para librar incesantes batallas.

Invitar a la paz no significa negar derechos o sufrimientos, ni los nuestros ni los del otro, ¿comprendes? Tampoco es cerrar los ojos o taparse los oídos. Es tener el valor de sobreponerse al reflejo casi congénito de destrucción o autodestrucción. ¡Hay tantas cosas que esperan ser construidas!

Por desgracia, Emilia no ha captado mis pensamientos, que no he querido proyectar delante de ella por discreción. Está atrapada en su mundo de desasosiego y empieza a generarlo a su alrededor. Va a modificar el universo de su habitación, cambiándolo al ritmo de la ola de amargura que sube de su corazón. Nos arrastra a nosotros también a su frecuencia, y ya no hay nada que no tenga el color de su mirada.

Estamos en un desierto barrido por el viento. Algunas borrascas forman torbellinos de arena que se elevan hacia el cielo color ocre desplazándose al mismo tiempo por el horizonte. Pero nada hace ruido. Incluso el silencio está seco, vacío de vida.

Emilia se ha dejado caer en el decorado que ha nacido de pronto de su alma derrotada y proyecta a su alrededor su soledad, como una onda que quisiera borrarlo todo. Florence también está ahí. Se ha arrodillado junto a ella y le ha tomado la mano.

- Estoy a tu lado – le dice dulcemente -. Existo, respiro, vivo, mi corazón late. Ya ves que no me has matado. No se puede matar la vida, ¡es imposible! A veces se consigue desviarla un poco... para que siga otro camino. Eso es lo que ha ocurrido, simplemente, ¿comprendes? ¡No es como para morirse; el sol continúa brillando!
- ¿Me escuchas, Emilia? Mírame. Ya no eres mi madre ni yo soy tu hija. En realidad apenas somos dos seres humanos que intentan avanzar como pueden. A veces juntos, a veces cada uno por su lado, pero siempre lo mejor posible. Sí, de algunas páginas de las muchas que escribimos nos sentimos orgullosos porque son hermosas; pero hay otras que querríamos arrancar y echar a la papelera. Bueno, ¿y qué? Sin duda lo que ha pasado tenía que pasar. La libertad de dirigir la propia vida no significa que se comprenda y domine siempre todo; también eso contribuye a la belleza de un ser, ¿no crees?

Emilia tiene los ojos clavados en la seca arena. Se niega a mirar a Florence y no parece haberse dado cuenta de la intensa dulzura que encierran las palabras con las que acaba de obsequiarla. ¿Las ha oído siquiera? El desierto es ella. Ahora lleva la bata de algodón, algo arrugada y con dibujos de un personaje de tebeo, la que suele dejar descuidadamente al pie de la cama. Es para ella un punto de referencia y se la ha puesto mentalmente incluso en esta zona de su alma.

- ¿No te parece, Emilia? – continúa Florence -. ¿Quieres seguir estando enferma?
- ¡Yo no estoy enferma!

La joven ha dado un salto y, con un gesto vivo, ha liberado su mano de la de Florence.

- Es casi lo mismo. Cuando uno se siente culpable y el sentimiento de culpabilidad vuelve una y otra vez, es como un virus que invade todo el organismo. Nos hace perder vitalidad,

no sentimos alegría por nada y nos volvemos irritables. ¡Si a eso no le llamas tú enfermedad...!

- Calla, por favor. Sólo estoy horrorosamente triste. Triste y sola, y con la sensación de haber fracasado.

- Tienes derecho a estar triste. ¡Llora todo lo que necesites, hasta que se te acaben las lágrimas, si es preciso! Y, sobre todo, vacía tu alma de todo lo que guarde la memoria de tu tristeza. Es justo que lo hagas, no seré yo quien te diga lo contrario. Pero no te quedes en ese callejón sin salida, en ese desierto sin sentido.

- Quiero decir que nos acostumbramos enseguida a compartir la vida con la tristeza, con los remordimientos y todo eso. Acabamos por olvidar su compañía, pero esos sentimientos tapizan incluso las paredes de nuestra habitación. Los llevamos pegados a la piel del alma y, aunque lo sepamos pero no queramos saber nada de ellos, continúan invitándose a la mesa. ¡Han vivido tanto tiempo con nosotros!

- ¡Así que reacciona pronto, Emilia! Eso es lo que he venido a decirte. Muévete, piensa algo, ¡pero no te quedes ahí estancada! La Vida necesita pasar a través de ti y puede hacerlo de mil formas diferentes. No tienes que combatir nada. ¿Tus imperfecciones? ¿Tus debilidades? ¿Y qué más? Un ser humano no es una máquina que deba responder siempre de la misma forma, ni un robot de movimientos fijos y perfectos. Por eso, aun en medio de las dificultades, puede manifestar su grandeza. O, quizás haya que decir, *sobre todo* en medio de las dificultades.

- La soledad, el rechazo, los remordimientos, la incomprensión... También yo he vivido todo eso, a mi manera, no hace mucho tiempo. ¡Mírame ahora! ¿No me he reconstruido acaso? Esto es lo que también he venido a decirte. Aunque tomes esto por un sueño, aunque borres estos momentos de tu memoria, quiero que estas palabras se graben profundamente en tu corazón.

- No te ofrezco mi piedad, nunca serás “La pobre Emilia” a quien la vida no ha tratado bien y a quien su compañero no ha sabido comprender. No. Tú eres una mujer, una persona adulta, un ser humano, sencillamente, que está aprendiendo... a convertirse en alguien más humano todavía.

- ¿Sabes lo que desearía darte? Mi alegría recién encontrada. Una alegría que procede de la capacidad de reanudar la marcha, de saber reanudar el camino. Te sorprende, ¿no? ¡Saber reanudar el camino! Pues sí, ahí está el secreto, en pleno corazón de la renovación. No te diré ingenuamente que la vida es fácil y que basta atravesarla pasando de una cosa a otra con los ojos vendados y dejando que todo resbale. No, no es fácil, es cierto. Te diré más que, para saber reanudar el camino, no hay que perder nunca de vista lo esencial.

- ¿Lo esencial? ¡Hablemos de eso! ¿Qué es lo esencial?

- Es... ni más ni menos lo que vive *ahí*..., ¡exactamente *ahí*!

Y, con dulzura, con una infinita delicadeza, Florence posa la mano en el centro del pecho de Emilia. La mantiene ahí durante mucho tiempo, mucho tiempo, tanto que las dos jóvenes parecen comunicarse interiormente mediante un lenguaje que no capto, un lenguaje cuyo secreto es sólo suyo y que parece fruto de su larga y dilatada historia común.

Lo que estoy recibiendo en este momento es una auténtica enseñanza. Florence no es un maestro de sabiduría, pero sí lo es la Vida que Florence ha dejado expandirse en ella. La Vida, que nos susurra con sencillez al oído que todos nosotros, al encontrarnos unos a otros, al enfrentarnos a veces, incluso al rechazarnos otras, no hacemos sino seguir tejiendo largas historias comunes en el seno de las cuales el amor es la búsqueda suprema.

- ¿El amor? Sí. ¡La gran palabra! Pero ¿qué amor, por cierto? Aunque parezca extraño, primero el amor a sí mismo. No un amor narcisista, no. Sino el amor de *Él* que vive en nosotros y nos empuja a avanzar sin cesar. Ese amor sí es el amor de lo Divino, de la Fuerza que se filtra por todas partes. ***¡Por todas partes!*** Hasta germinar incluso en lo que se toma por el más oscuro de los abismos.

- Esa Fuerza no habla de religiosidad. Habla de lo que palpita en cada uno de nosotros y que, de vida en vida y de borrador en punto muerto, vamos aprendiendo a reconocer más allá de los espejos deformantes de nuestras culturas.

- Es ella, sólo ella, la que nos empuja a reanudar el camino y la que intenta enseñarnos, a través de mil meandros, a posar en nosotros mismos una mirada de ternura. ¡Porque no es fácil mirarnos así! Nuestra mirada, la de siempre, la que encontramos cada día en el espejo está tan acostumbrada a juzgar – a sí mismo y a los demás – que inscribe las arrugas de sus juicios en todas nuestras actitudes, en todos nuestros actos.

- Yo quisiera, Emilia, que tu camino fuera la ternura. Nadie tiene nada que hacer en este desierto de amargura en el que escondes tu soledad. Que desaparezca esta sequedad depende solo de ti. Sí, ¡eres tú quien decide! Si quieres que tu vida sea una auténtica vida,

si no quieres que tu casa sea un sótano abarrotado de recuerdos gravosos y enmohecidos, es ahora cuando tienes que reaccionar.

- ¿Perdonar? No tienes nada que perdonar, ni a ti misma ni a ninguna otra persona. ¡No te dejes atrapar en una telaraña semejante! Tal vez has actuado con torpeza, tal vez no has sido bastante lúcida. Sí, eso es posible. Pero debes saber que el que no ha estado nunca en medio de la niebla no se arriesga a hacer transformación alguna para mejorar. Cuando uno avanza, encuentra forzosamente diversos climas y paisajes. Es la prueba de que la vida circula en nosotros y de que no estamos durmiendo. No hay nada peor que el sueño del inmovilismo. ¡Nada es peor que una vida en la que no pasa nada!

- Tener la sensación de haberse equivocado no es grave. Lo que sí es grave, en cambio, es no intentar nunca nada, no elegir nada, y circular por la autopista de la existencia con la seguridad de tener en todo momento bien ajustado el cinturón. ¡Entonces es cuando uno se muere!

- ¡Mírame ahora, Emilia! ¡Atrévete a mirarme! Vivo, ¿lo ves? ¡Y no te acuso de nada! Te sonrío y espero... Te esperaré todo el tiempo que haga falta..., hasta que lo Divino tienda de nuevo un gran puente entre nosotras. No sé si será pronto o tarde, pero eso no tiene ninguna importancia porque será en el momento oportuno.

Emilia acaba mirando a Florence a los ojos. Incluso es ella la que ahora intenta tomarle tímidamente la mano. Pero el desierto sigue ahí. Su decorado continúa instalado en el fondo de su alma, y si duda hará falta algún tiempo para que deje de recorrer sus pistas.

Florence me busca ahora con la mirada. Ignoro si de verdad me percibe en la intimidad de ese espacio de polvo y arena que se ha tejido con rapidez en pleno corazón de la habitación de Emilia.

- Yo sé lo que va a pasar – exclama de pronto dentro de mí, como si su interlocutora ya no pudiera oírla -. Sí. He visto cómo la Vida va a distribuirlo todo de nuevo entre nosotras.

- ¿Entre Emilia y tú?

- Sí, ¡Es muy sencillo! ¡Y muy hermoso y evidente! Hace algún tiempo se lo pedí con todo mi corazón, y acabo de recibir la respuesta. Ahora es una certeza.

- ¿Puedes decirme algo más?

- No hay en ello ningún secreto. Además, no debe haberlo porque, como ya le he dicho, quiero que todos los pasos que he dado con usted sirvan para informar, enseñar y tranquilizar a los que se plantean las verdaderas preguntas de la vida.

- Mire, cuando llegue el momento, volveré a descender a la Tierra. Tomaré el cuerpo de un niño al que sus padres abandonarán porque no podrán ocuparse de él. Entonces aparecerán otros padres dispuestos a acogerlo. La mujer será Emilia, lo sé. Me adoptará. Y, al actuar así, conseguirá al fin apaciguar su alma. Será nuestra solución común; un nuevo impulso de amor y complicidad que borrará por completo las cicatrices de las dos. La trama de toda esta historia ya está diseñada. Es hermosa, ¿verdad?

Yo siento que mi alma sonríe.

- Sí, Florence, es hermosa ¡y también lógica! Pero ¿has pedido la adopción porque ya sabes cómo funciona? ¿Es siempre así? ¿Consecuencia de una ley de compensación?

Florence se me acerca y tengo la clara percepción de que, al esbozar ese movimiento, penetramos en otro espacio. El desierto de Emilia ya no existe, ha sido barrido por una ola de esperanza, es el momento de sembrar una sonrisa, un proyecto, es el momento de que el alma envíe un deseo puro al Universo, es también el momento de la absoluta convicción de lo que debe ser.

Tres pasos en la luz... y estamos de regreso en la pradera de nuestros primeros encuentros, caminando entre las matas de hierba crecida. Allá, en la lejanía, los mismos caballos siguen correteando libremente.

- ¿La adopción? ¡Oh! Puede haber mil razones diferentes para una adopción. No hay que considerarla como la compensación sistemática de un error de otros tiempos, por supuesto, ni como algo que sirve para borrar un antiguo sentimiento de culpabilidad. No, no. El amor, el amor puro y gratuito ¡existe! Afortunadamente, ¡no siempre actuamos a base de contenciosos o teniendo que saldar con el Cielo *cuentas pendientes*!

- Muchos amigos y personas de mi familia de este mundo me han dicho que recuerdan haber pasado por la adopción. Además, según me han enseñado mis guías, todos los seres humanos la han vivido, como padres y como hijos.

- El impulso de un corazón hacia otro, la llamada del alma hacia la Fuerza de la Vida, forma parte del aprendizaje del Amor, sencillamente. Es un modo evidente de aunar lo más noble de lo Humano con lo más universal de lo Divino.

- Es cierto que hay reencuentros en la mayoría de las adopciones, pero no se deben siempre a deudas pendientes. Puede ser un reencuentro de ayuda, de cooperación y de apoyo. Puede constituir el desenlace de un hermoso desafío de crecimiento que se han

lanzado dos, tres o más almas. Puede ser un auténtico juego que pone a prueba la fuerza del corazón y le obliga a superarse con voluntad firme.

- Pero, por encima de todo, cuando un ser va hacia otro del que lo ignora todo o casi todo, adonde va realmente es hacia sí mismo, para hacer retroceder sus fronteras y reconocer, al fin, que éstas no existen. Siempre es a nosotros mismos a quienes buscamos desesperadamente a través del otro, de ese otro al que queremos amar, sea el hijo que anhelamos engendrar, el niño que deseamos adoptar, o el adulto que esperamos hacer nuestro.

- ¿*Quién* decide todo esto, Florence? Tu explicación es idílica, pero tú sabes que las cosas no son siempre tan sencillas. Existen adopciones muy complicadas, incluso a veces muy dolorosas de vivir. Yo no estoy tan seguro de que las almas se elijan unas a otras como tú acabas de decir.

Florence, que camina delante de mí, se detiene. Se vuelve hacia mí y mueve afirmativamente la cabeza con una cordial sonrisa de aprobación.

- Tiene razón – dice -. Confieso que sólo pretendía hablar en términos generales. Evidentemente, esa relación ideal no es patrimonio de todos. No se puede negar la existencia de vínculos conflictivos entre algunos padres y el hijo que han adoptado. Pero la tensión que a veces se establece entre ellos no siempre habla de una antigua guerra cuya paz haya que firmar. Con mucha frecuencia no es más que el testimonio de una herida que tiene el niño frente a la vida, una llaga que no procede de un pasado común con sus nuevos padres.

- Cuando un ser decide hacer de la compasión el eje de su existencia, puede optar por abrir los brazos a algún herido grave de la vida... que le está esperando en algún sitio, tal vez lejos, quizás en otro país.

- ¿Qué quién decide todo esto? Pues una parte de nosotros, por supuesto, como ya le he dicho. Sin olvidar que, en algunos casos, a la otra parte de nosotros no le queda más remedio que aceptar.

- ¿Debido a lo que se llama el Orden Divino?

Apenas he formulado la pregunta. Florence hunde sus ojos en lo más profundo de los míos. Es una mirada turbadora, casi como la de un niño pequeño, a la vez dulce, penetrante, llena de ingenuidad y transparente como el cielo.

- ¿Quiere decir *Dios*? ¡Oh! Eso depende de lo que signifique esa palabra para usted. ¿Sabe? En los mundos en los que yo he estado hasta ahora apenas se utiliza esa palabra.

- ¿Porqué no creen en lo que evoca?

- No, al contrario. No hace falta creer en Él, porque se sabe, o, mejor dicho, porque se conoce por desde dentro la Inteligencia de amor y equidad, de equilibrio y compasión que genera el océano matricial en el que estamos inmersos... y al que se nos pide que aportemos nuestro granito de arena.

- Sí, en *mi hogar* creemos en lo Divino, pero no como en la Tierra. Sabemos que participamos de Su Fuerza, que la alimentamos, que la construimos y, sobre todo, que no es exterior a nosotros.

- Desde lo que llamamos el Principio de los Tiempos, hemos estado sembrando, sembrando y sembrando sin cesar en lo Invisible, tanto y tan bien que, mediante esa siembra, hemos inventado nosotros mismos el orden de los mundos en los que vivimos. Y somos, en definitiva, los inventores de las leyes por las que sufrimos y amamos, y por las que, afortunadamente, aprendemos a crecer.

- A medida que vamos comprendiendo todo eso nos vamos acercando a la auténtica verdad de lo Divino. En el origen de *todo* lo que nos ocurre estamos nosotros, siempre, en *todo*, ¿comprende? Y no hay *nada* de lo que nos pasa que no tenga una razón... ascensional.

Florence, que no ha dejado de mirarme a los ojos, tiene ahora una sonrisa más amplia. Al contemplarla, tengo la certeza de encontrarme ante un alma que ha cerrado su círculo. Lo ha completado. Ha cruzado ya el muro de sus temores y rebeldías y está preparada para recorrer otro tramo del camino, en otro lugar, de otra manera.

- ¿Quiere seguir conmigo un momento más? – añade. Quisiera verla otra vez.

Ya sé lo que va a pasar. La pradera de Florence, con sus hierbajos, su riachuelo y sus caballos haciendo cabriolas, empezará a perder consistencia poco a poco. Se fundirá en la luz y, de esa misma luz, emergerá otra realidad, la de un pequeño apartamento amueblado en algún lugar de la Tierra.

¿No es extraño constatar hasta que punto todo cohabita y se entrecruza? Es exactamente como si la luna, el sol, la tierra, el agua, el fuego, el aire y el misterioso éter formaran una sola y única cosa. Entre la noche y el día, el estado de sueño y el de vigilia, entre el espacio de una realidad y

la dimensión de otra, no existe más que un ligero desplazamiento de consciencia. Tan ligero... que tendremos que acabar atravesándolo algún día, con toda lucidez y aceptación.

Ya está. La metamorfosis se ha operado una vez más. Nos hemos deslizado suavemente de una frecuencia a otra y estamos de nuevo en el interior de la habitación de Emilia, envuelta en la penumbra. Bajo el edredón aparece relajada la silueta de la joven, que sin duda acaba de abandonar *su* desierto llevando en sus ojos la sonrisa de paz de Florence.

No sé si el recuerdo del sueño le durará mucho tiempo, pero le acompañará ciertamente en el fondo de su ser ofreciéndole en secreto su consuelo.

- Mira – me dice Florence, que por primera vez se toma la libertad de tutearme -. Mira, al verla así dormida, como si fuera mi hermanita pequeña, ya sólo tengo ganas de una cosa. De que pase el tiempo, de que corra, de que vuele para que al fin llegue el día en que venga a mí encuentro junto al ser que ame. Será en cualquier lugar de la Tierra: en el bando de un orfanato, en el dispensario de algún pueblo, en Asia, en África, o en otro sitio. Será sencillo y hermoso, ¿verdad? ¡Oh, sí! Será hermoso porque, aquel día, las dos seremos verdaderamente *deseadas*.

Florence y yo nos despedimos con un tierno abrazo del alma. Desde entonces no la he vuelto a ver. Sé que continúa en su universo y que allí tiene mucho que hacer. También sé que Emilia está bien, que ha reanudado su vida de estudiante y que trata de comprender lo mejor posible lo que la vida le ofrece.

Cuando mi cuerpo de luz abandonó su habitación, a través de las paredes llegaba el sonido apagado de un televisor. El de su vecino, que, con el mando a distancia, cambiaba sin cesar de un canal a otro, de un mundo a otro, sin saber que yo también había estado pasando de un mundo a otro, pero de otra manera... Con el alma.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Qué hay que pensar de los nacimientos de nalgas?

En la mayoría de los casos, un nacimiento de nalgas expresa la resistencia o aprensión que experimenta el alma frente a su encarnación. Se trata en realidad de una media vuelta interior, o de una marcha atrás, que la consciencia hace dar al cuerpo. Por eso se presenta "avanzando hacia atrás", porque vive la salida del vientre materno como el comienzo de la inseguridad.

Hay que saber que el ser que se prepara para nacer no está totalmente privado de su memoria anterior. Aunque ésta comienza a oscurecerse y se encuentra cada vez más invadida por elementos provenientes del mundo en que va a sumergirse, no por ello es una memoria embrionaria ni está anestesiada en el momento del parto ni en los días precedentes. EL futuro recién nacido lleva todavía en sí las imágenes de lo que ha sido y de lo que teme. El que viene al mundo es pues un ser de pleno derecho, es decir, que sabe lo que quiere y lo que no quiere.

En la mayoría de los casos, esa consciencia disminuye rápidamente a la salida del útero y queda albergada en las profundidades del ser. En cuanto al cuerpo, expresará hasta el final la primera actitud del alma frente a la vida.

Pero, atención, no hay que sacar conclusiones apresuradas e imaginar que, porque un niño se presente de nalgas, viene con una pesada carga kármica. Pensar así porque su primera expresión haya sido de temor es esquematizar demasiado las cosas. Hay que tener cuidado con los estereotipos porque pueden llevarnos a adquirir ideas erróneas que luego, sin darnos cuenta, podríamos proyectar sobre el propio niño.

Además, el temor a nacer no significa necesariamente rechazo a vivir en nuestro mundo. Puede traducir sólo la aprensión frente al momento del nacimiento. Hay que establecer una clara distinción entre la venida al mundo y la vida en él, exactamente de la misma forma que se puede temer el momento de la muerte – puesto que uno ignora las condiciones en las que tendrá lugar – sin temer, en cambio, a la muerte en sí misma.

Igual que hay muchos colores en el arco iris, también hay almas retraídas, entusiastas, reservadas o combativas. Ese simple hecho puede inducir un tipo de comportamiento u otro a la hora de nacer, sin que eso tenga nada que ver con determinadas características resultantes del pasado.

Dicho esto, no hay que olvidar que el ser que viene al mundo hereda un bagaje genético que imprime en él ciertos comportamientos reflejos, que no traducen forzosamente la naturaleza de lo que en realidad vive en él.

De modo que, un nacimiento "hacia atrás" puede expresar también ciertos aspectos frágiles de la familia que lo acoge. Por ejemplo, su dificultad para afirmarse, para tomar decisiones o su falta de dinamismo.

Evidentemente, el hecho de nacer en una determinada familia no es ***casualidad.*** *La herencia genética que ésta nos proporciona responde a nuestras necesidades kármicas..., sin que por ello sea preciso pararse a examinarlas. Aprender a vivir sin tratar de desmenuzar todo lo que hay en nuestra vida es también una forma de sensatez.*

El nacimiento mediante cesárea ¿deja huella en la consciencia del recién nacido? ¿Cómo la vive el niño interiormente?

La Cesárea deja huella en la consciencia del ser que viene al mundo, por supuesto, porque no olvidamos nada de lo que vivimos. Hay que reconocer que un nacimiento así no es lo ideal, porque es quirúrgico. Pero no por eso hay que suponer que la cesárea causa siempre al bebé un trauma digno de ese nombre.

Cuando un parto se presenta problemático, difícil o peligroso, se habla siempre de sufrimiento, de dolor o de miedo. Eso constituye, en general, un trauma mayor que la cesárea en sí. De todas formas, cuando es necesario practicar una cesárea, no hay que discutirla. La mejor manera de reducir el estrés del bebé que no nace de un modo natural consiste en dirigirse a él con palabras de adulto y explicarle las razones de la situación, al mismo tiempo que se le da la bienvenida. El hecho de ser así tenido en cuenta facilitará muchísimo que acepte las circunstancias de la intervención.

Desearía "hacer sonar aquí la alarma" respecto a una escuela de pensamiento que tiene cada vez más adeptos entre el personal sanitario y el cuerpo médico de algunos países de los llamados civilizados. Los seguidores de esa escuela de pensamiento tratan de convencer a un número creciente de padres de la cesárea es el mejor medio para dar a luz porque está perfectamente controlada, se evitan posibles dolores y se controla mejor el momento del nacimiento... para comodidad de todos. Creo que no hace falta comentar la aberración de semejante actitud que desprecia las leyes del cuerpo y la complicidad que une a la madre y al hijo en la elección interior del momento del nacimiento, en beneficio evidente de consideraciones técnicas y financieras.

¿Por qué a veces un alma intenta encarnarse a través de un cuerpo que, en principio, está radicalmente cerrado a la procreación o que quiere sustraerse a ella (ligadura de trompas o esterilidad)?

Como ya he dicho, hay almas muchísimo más decididas que otras y que, por razones que sólo ellas saben, desean absolutamente una determinada familia y no otra. Con su fuerza de voluntad consigue a veces "forzar las puertas" de una matriz para intentar instalarse allí.

Hay que comprender que toda materia es permeable a la energía psíquica y que sutil preexiste a lo denso. De modo que un deseo, un pensamiento y una voluntad mantenidos con firmeza pueden teledirigir el encuentro de dos células hasta engendrar la vida en circunstancias consideradas improbables, incluso imposibles. La biología de lo sutil puede fácilmente suplantar la biología de lo denso.

Cuando una mujer se encuentra encinta en circunstancias ilógicas desde el punto de vista médico, debería tratar de comprender ante todo que significa eso. ¿No será que hay buenas y sólidas razones para que un ser haya querido entrar en ella, por encima de todo, en las condiciones especiales en las que se encuentra? Si la Fuerza de la Vida insiste hasta ese punto, ¿no será porque trata de decirle algo? Si un ser la ha llamado así para que sea su madre, ¿qué querrá hacerle comprender? Cualquiera que sea su respuesta y su decisión de mujer, el asunto requiere una verdadera reflexión, lucida, sin trampas ni engaño.

Cuándo se ha interrumpido un embarazo por una razón cualquiera y resulta que la cita fallida afecta más al hombre que a la mujer, ¿a qué puede deberse?

Al tratar del embarazo, siempre se habla más del papel de la madre que el del padre. En un primer nivel es lógico, puesto que la mujer lleva al niño en su seno y forma su cuerpo con su carne y su sangre.

Pero, al hablar así, parece como si el papel del hombre quedara limitado al acto de la procreación y se ignora a menudo el lugar que puede ocupar junto al ser que va a venir. No hay que olvidar que los vínculos profundos conciernen más al mundo del alma que al del cuerpo físico.

Cuando se toma conciencia de esto, se comprende que pueda haber mayor complicidad de alma a alma entre el padre potencial y el feto que entre la futura madre y el ser que lleva en su seno.

La educación que hemos recibido nos hace creer que los vínculos de sangre – y, con mayor razón, los que unen a un bebé con su madre – son siempre más fuertes que cualquier otro. Es cierto en muchísimos casos, evidentemente, pero hacer de ello una verdad absoluta supone no

tener en cuenta la preexistencia del alma respecto al cuerpo. Supone olvidar que cada alma tiene una historia que es sólo suya.

Cuando uno se da cuenta del significado verdadero de esto, es decir, no sólo como un principio filosófico seductor sino como algo real, no hay ningún problema para comprender que un padre pueda estar más atento a la llegada de un hijo que la mujer que lo lleva en su vientre.

Las almas que han previsto reunirse son conscientes de su aproximación antes de que se haya concretado el encuentro, incluso aunque éste no llegue a producirse. En tal caso, es lógico que la sensación de cita fallida pueda afectar más al hombre que a la mujer.

Para comprender mejor los vínculos que unen a un ser en devenir con su padre, recordemos que es el hombre el que, en el acto de amor y por medio del líquido seminal, comunica al óvulo desde el primer momento la continuidad de la memoria y, por lo tanto la continuidad de la identidad del que va a encarnarse. Por esa razón, el bagaje kármico de un alma que viene a unirse a lo que se convertirá en un ser humano para por el canal masculino durante la procreación. Esa carga energética, que es una memoria sutil completa, se alojará en el germen del futuro corazón y, después, en el ventrículo izquierdo, y no lo abandonará hasta el momento de la muerte. Esa memoria profunda del ser es la que viaja de vida en vida y se conoce tradicionalmente con el nombre de átomo-germen

Por otra parte, y para terminar, ciertas ideas preconcebidas nos hacen pensar que, en la pareja, la mujer es más sensible que el hombre. No siempre es así. Además, ya sería hora de que la sensibilidad de un alma – o de un corazón – no fuera considerada como una debilidad moral, sino como una particularidad, incluso como una cualidad que permite la expresión de diversos estados de consciencia y facilita la permeabilidad entre los mundos.

¿Por qué algunas almas deciden encarnarse en el vientre de una mujer que tiene cáncer y otra enfermedad grave, sobre todo si la enfermedad está ya en una fase muy avanzada?

En primer lugar hay que saber que no siempre es el alma la que decide por sí misma las condiciones de su encarnación o de su intento de encarnación. Ni muchísimo menos. Para que un ser esté en condiciones de decidirlo es necesario que tenga ya cierta madurez de consciencia. Cuando a un alma que aún no es adulta del todo, es decir, que todavía no es capaz de verse a sí misma con lucidez, de ver con claridad sus facultades y carencias, le llega la hora de regresar a una envoltura carnal, entonces son sus guías quienes la “orienta” para que tome una dirección determinada y no otra. En ese aspecto, los guías ejercen el papel de padres.

No tenemos más que ver lo que ocurre en nuestro mundo. ¿Dejamos que un niño pequeño tome decisiones importantes que conciernen a su porvenir? ¿Acaso es él quien decide, por ejemplo, el lugar de residencia de la familia o el colegio donde va a hacer sus estudios? No, evidentemente. Son sus padres los que toman esa clase de decisiones e intentan hacer las cosas lo mejor posible, de la misma forma que lo llevan de la mano para cruzar la calle, porque la atención, vigilancia y despertar del niño son todavía insuficientes y no le permiten comportarse de modo autónomo. Desarrollamos nuestra libertad a medida que vamos creciendo.

Algo análogo ocurre cuando se pone en marcha el proceso para elegir una nueva vida. Cuanto más madura es el alma, tanto mayor es la libertad de la que dispone.

No obstante, no habría que sacarla conclusión de que todos los seres que intentan reencarnar en mujeres gravemente enfermas sean almas jóvenes y, por lo tanto, con poca autonomía. Eso sería razonar de un modo simplista y no tener en cuenta que una consciencia adulta puede optar por intentar encarnarse en circunstancias difíciles con pleno conocimiento de causa.

¿Qué puede motivar semejante elección? Sencillamente, la historia secreta que une a esas almas, aunque sólo caminen juntas durante algunas semanas o unos pocos meses. Su historia profunda puede llevarles a adquirir un nivel superior de compasión, por ejemplo, o a aprender una forma elevada de desapego.

Rara vez se trata de un mecanismo de auto-castigo generado por las propias almas, aunque no se puede negar esa eventualidad. En este caso, tal vez se trate de un bagaje kármico común en vías de eliminación. Eliminación dolorosa, sin duda, pero cuyo objetivo último será hacer que la consciencia dé un paso más.

Me doy cuenta perfectamente de que es muy fácil hacer referencia a conceptos metafísicos, pero aceptarlos y comprender su sentido profundo no siempre lo es, sobre todo cuando uno se encuentra ante una prueba de esta dimensión.

Ningún argumento, por razonable que sea, puede borrar un sufrimiento verdadero. Pero estoy convencido de que intentar explicar y comprender sus motivos puede hacer más llevadera la carga que nuestra lógica de seres encarnados hace indignante y absurda y, por ello, agotadora.

También es cierto, por otra parte, que cuando aceptamos pasar por una determinada prueba estando aún en la otra vertiente de la vida, tanto si le han decidido nuestros guías como si lo

hemos hecho nosotros mismos, en general nos parece mucho más sencilla que cuando, ya en esta vertiente, nos encontramos ante ella. El hecho de revestir un cuerpo de carne hace que veamos las cosas desde menos altura y que olvidemos las razones profundas de la particularidad de nuestro camino.

Sin embargo, una cosa es segura: esas razones tienen como único objetivo aportar a nuestro ser esencial una mayor pacificación. Lo Divino se vamos expandiendo poco a poco e nosotros y, de existencia en existencia, trabaja en Su florecimiento sin que nuestra percepción del tiempo que pasa ejerza sobre Él la menor influencia. Él sabe adónde quiere llevarnos y, as Su ritmo, lo consigue. Y, con mucha frecuencia, a través de los meandros más increíbles

¿Por qué algunos bebés nacen con una enfermedad en sistema inmunitario (por ejemplo, con superproducción de linfocitos) que los sitúa en unas condiciones de sufrimiento y de rechazo de su propio cuerpo difícilmente aceptables? ¿Son en realidad víctimas del sistema hospitalario y de la sociedad?

La causa primera de tales nacimientos está relacionada con lo que se ha dicho en respuesta a la pregunta anterior. Sin embargo, la verdadera pregunta que habría que formular al respecto es ésta: ¿a qué se debe que exista en nuestra sociedad ese tipo concreto de enfermedad, al parecer cada vez más frecuente e incomprensible?

La causa esencial de los obstáculos que se oponen a la vida incipiente de esos seres hay que buscarla en las condiciones deplorables de nuestro entorno y de nuestra alimentación. Aunque el problema ya se ha tratado en este libro, hace tantos estragos – de los que muchos de nosotros somos poco conscientes – que vale la pena abordarlo de nuevo.

¿Qué pensar de la gestión de un mundo en cuyo seno es casi imposible encontrar agua perfectamente pura y con el adecuado equilibrio químico, donde ni siquiera se habla de la toxicidad del aire que respiramos? ¿Qué pensar de una industria agro-alimentaria que manipula pesticidas y aditivos y, ahora, genes, sin el menor recato y con una indecente hipocresía? ¿Qué pensar de una concepción de la cocina que se parece cada vez más a un trabajo de laboratorio químico y de las nuevas costumbres de cocción (los hornos de microondas) que matan la vida del alimento al mismo tiempo que lo hacen tóxico?

Pues que se debe, sencillamente, a la inconsciencia; y que está llevando al suicidio a toda una sociedad que quiere atrapar el tiempo cada vez con mayor rapidez y persigue, sobre todo, el beneficio económico.

En el caso que aquí nos preocupa, y cualesquiera que sean los motivos kármicos que intervengan, yo no dudaría en decir que esos recién nacidos son "víctimas" de la sociedad. Y son también víctimas de un sistema hospitalario que se empeña demasiado a menudo en experimentar nuevos métodos y productos, a veces de efectos despiadados, sin preocuparse de atacar por su base el verdadero problema, que es nuestra higiene de vida. Estamos enfocando la cuestión de la salud como una lucha constante contra la enfermedad, cuando lo que deberíamos hacer es proteger nuestro equilibrio fisiológico y espiritual de un modo sistemático, lógico y natural.

Es evidente que los recién nacidos que padecen una grave enfermedad del sistema inmunitario nos están apuntando con el dedo. Son los primeros testigos de nuestras aberraciones. Una enfermedad o un desequilibrio siempre se originan por "algo"; somos nosotros quienes fabricamos los elementos de la enfermedad y después los transmitimos. Y si aún no comprendemos la señal de alarma que nos envían los niños que padecen esa clase de enfermedades ¡es que el sueño de nuestra consciencia es verdaderamente profundo!

Después de un aborto, sea natural o provocado, ¿quedan huellas profundas en la anatomía del cuerpo sutil?

Nunca se dirá bastante hasta qué punto el cuerpo es en sí mismo una memoria. En su cuerpo se inscribe no sólo todo lo que vive la persona, sino también todo aquello de lo que es testigo, aunque la información almacenada pase a menudo y rápidamente al segundo plano de su vida. El olvido es sólo aparente. Si todas las zonas del cuerpo recuerdan su propia historia, es precisamente porque tienen una contrapartida sutil, energética, que es la que, en realidad, memoriza y conserva el "molde" de una eventual herida.

Ahora todo consiste en saber si hay que situar el aborto, natural o provocado, al mismo nivel que las heridas. Responder solamente sí o no sería demasiado simplista. Como es lógico, todo depende de las circunstancias y condiciones del acontecimiento en cuestión.

En primer lugar, habrá que establecer una diferencia entre el aborto provocado y el natural puesto que, en el primer caso, se trata de un acto voluntario; en el segundo, en cambio, es algo que se padece.

No es difícil darse cuenta de que, al provocar un aborto, se ejerce violencia contra el cuerpo. Y la violencia supone, forzosamente, huella o cicatriz. Aunque no deje huella en el cuerpo físico si se practica una técnica adecuada, no ocurre lo mismo en su equivalente energético, el cuerpo etérico, ni en el conjunto de esas otras realidades más sutiles a las que damos globalmente el nombre de alma.

La organización general de la red de nadis del cuerpo etérico de la mujer puede verse afectada, por supuesto.

Y, en cuanto al alma, aunque en su manifestación encarnada, es decir, en la personalidad, aparezca encubierta se ve necesariamente afectada en su dimensión emocional o astral.

La profundidad de las huellas o de las heridas depende, como es natural, de la historia de cada uno y de las circunstancias en las que todo se ha decidido y se ha vivido.

Hay que comprender que no conseguiremos pacificar y fluidificar nuestra contrapartida sutil mediante el olvido, sino a través de la superación. Algunos tal vez prefieran llamarlo transcendencia. No se trata de borrar lo que se ha inscrito en, por y sobre nosotros, y también sobre el otro, sino de comprender su sentido y su enseñanza; después, hay que saber tomar altura. No hay nada que deba ser vivido como irreparable o dramático... nada que deba ser vivido como anodino.

Sería una aberración poner el aborto provocado a la misma altura que los métodos anticonceptivos, como se hace en cierto país del Este, donde es normal que una mujer tenga siete u ocho abortos a lo largo de su vida.

Respecto a los abortos naturales, es evidente que la memoria que queda en la dimensión sutil del ser es mucho menor; y se supera con mayor facilidad, ya que no entran en juego las mismas fuerzas. En este caso, hablaremos sencillamente de huella, no de cicatriz.

Algunos nacimientos prematuros se dan en condiciones tales que parece como si la tecnología médica se encarnizara con ellos. ¿Qué sentido tiene todo eso?

Mi opinión personal es que se trata realmente de encarnizamiento. Para algunos equipos médicos, el conseguir que sobreviva un prematuro – en la actualidad se "salvan" fetos incluso de veinte semanas – se ha convertido en una especie de desafío técnico ***(A las veinte semanas, el niño cabe en la mano de una mujer. Apenas se le han formado los pulmones, por lo que debe ser intubado. Algunos investigadores tienen la intención de alcanzar el umbral de las diez semanas…)*** *En muchas ocasiones, lo de "conseguir que viva a toda costa" parece una hazaña más que una acción sensata. A fuerza de querer suplantar cada vez mas a la Naturaleza – o, si se prefiere, al orden Divino – en sus "puestas en escena" y en sus decisiones, se puede llegar fácilmente a verdaderos absurdos, incluso a despreciar lo que debería ser respetado. No se trata de ir en contra de auténticos e innegables progresos médicos; pero la sensatez más elemental debería ser una constante en el modo de proceder de los hospitales.*

La muerte no debe ser considerada como un fracaso de la vida, sino como una transformación, como un aspecto de ésta. A mi me parece muy importante que la metamorfosis que implica se vea acompañada de comprensión y de esa cualidad del amor que se llama compasión.

Si la tecnología médica puede vanagloriarse, en principio, de conseguir que sobrevivan prematuros de unas veinte semanas, sus defensores deberían honestamente preguntarse por las carencias, a veces irreversibles, de los sujetos de sus experiencias ***(La mayoría de los niños "salvados" en torno a las veinte semanas padecen secuelas durante toda la vida – pulmonares, entre otras – y corren el riesgo de quedarse ciegos)*** *He frecuentado el mundo médico lo suficiente como para saber que las estadísticas no reflejan, ni muchísimo menos, la realidad de la situación. Como todo el mundo sabe, las estadísticas están condicionadas a menudo por la obtención de subvenciones, concedidas por determinados laboratorios... que son los que las encargan.*

¿Qué hay que pensar de la clonación humana?

A juzgar por los pasos que se están dando en los últimos años en la investigación genética y, en concreto, en la clonación, se diría que todo lo que vive, incluyendo el ser humano, es sólo un mecanismo extraordinariamente perfeccionado. Pero, dado mi itinerario personal y debido a la cantidad enorme de experiencias concretas que he vivido durante los últimos treinta años, es evidente que no puedo estar de acuerdo con semejante concepción de las cosas.

La clonación del ser humano sobreentiende que la noción de alma es pura fantasía, ya que se puede conseguir un duplicado a partir de lo que se llama, simplificando mucho las cosas, una célula-madre.

Para mí, que he sido testigo de otra faceta del universo, está claro que limitar la vida a lo que vemos y podemos medir es completamente absurdo. Ningún organismo existiría, mucho menos

aún el ser humano, si no estuviera sostenido y dirigido por un principio que llamamos alma. Y no hago esta afirmación como un principio filosófico; lo afirmo porque he tenido experiencias directas que me han llevado a una percepción clara y a una comprensión profunda del aspecto sagrado de la vida.

Partiendo de esa visión de las cosas, o más bien de esa certeza, resulta inconcebible que se juegue así con los engranajes más íntimos de la organización de un cuerpo físico, es decir, como si ese cuerpo no estuviera vinculado a nada.

De hecho, una de las primeras preguntas que habría que plantearse es la siguiente: ¿de dónde viene el alma a la que se fuerza, en cierta manera, a injertarse en un cuerpo fabricado por completo con unas características genéticas concretas y que corresponden a unas necesidades específicas?

Observen que no hablo del futuro, sino del presente.

En realidad, tengo la certeza de que las investigaciones en materia de clonación humana están muchísimo más avanzadas de lo que se dice. Se está esperando, simplemente, a que la idea se trivialice en la opinión pública para declarar que se ha convertido en realidad.

El objetivo confesado es estrictamente humanitario, por supuesto; es decir, tiene como fin mejorar nuestra salud, nuestro equilibrio y, por lo tanto, nuestra felicidad.

Sin embargo, según fuentes muy concretas a las que he tenido acceso, el objetivo final es muy distinto. Se trata de crear hombres y mujeres a medida, especializados en determinados campos o programados para ejecutar determinadas tareas sin hacerse demasiadas preguntas; es decir, personas que tengan una consciencia reducida y cuyas capacidades físicas sean específicas.

¿No será más fácil gobernar a la humanidad si los seres que la forman no tienen capacidad psíquica o corporal para hacer valer su libre albedrío ni para rebelarse en caso necesario? Algunos de los que gobiernan nuestro mundo sueñan desde hace ya mucho tiempo con un ejército formado por soldados "perfectos" y una masa de individuos que realicen las tareas más rutinarias o ingratas sin rechistar. En definitiva, el objetivo último e ideal de esos dirigentes consiste en crear una pequeña elite que reine sobre una masa esclavizada e incapaz de reaccionar.

Sin duda se me acusará de haber entrado en un delirio e ciencia-ficción. Pero, si no sabemos reaccionar a tiempo, me temo que un futuro no muy lejano me dará la razón. En la vida actual utilizamos conceptos e instrumentos tecnológicos que, todavía ayer, eran pura fantasía literaria. Deberíamos reflexionar sobre eso.

Hay un número cada vez mayor de cosas que desconoce la población de nuestro planeta. Para darse cuenta, no hay más que conectar entre sí informaciones dispersas y pararse a pensar con un poco de sensatez.

El ADN, el cerebro y los sistemas nervioso y endocrino son los intermediarios entre lo sutil y lo denso. Desde el momento en que se los manipula sin la menor ética ni conciencia digna de ese nombre, se pone inevitablemente un obstáculo entre el alma y e cuerpo, el contacto entre ambos se hace opaco, se embrollan los vínculos, y se aprisiona a cada uno en sus mundos respectivos. Estamos pues ante una verdadera tentativa de ahogar la consciencia con fines de dominación.

Que nadie piense por esto que yo me opongo a la investigación genética. Al contrario, estoy convencido de que es un deber del ser humano contribuir a la expansión de la Vida y mejorar sus manifestaciones. Pero, en mi opinión, semejante tarea requiere corazón y alma; lo que significa, en la práctica, un alto sentido de la responsabilidad.

Lo Divino acepta y pide que participemos en su Creación, pero no de cualquier manera, desde luego. Lo Sagrado no es una quimera. Nadie podrá negarse a considerarlo eternamente como tal, ni podrá negarse a beber de Su Fuente sin acabar por desecarse él mismo.

UN MÉTODO SENCILLO PARA LAS CITAS DEL ALMA

En lo más profundo de su corazón dé a su alma el nombre que quiera; elija el que le gustaría llevar o el que usted sienta en lo más íntimo que es el suyo. No se lo diga a nadie, que sea para usted solo; es la llave de su jardín interior.

Cada noche, antes de dormirse, en estado de plena consciencia, con clara intención y mucha ternura, llame a su alma por su nombre. Pídale que, durante el sueño, vaya a reunirse con el alma del ser al que usted desearía dirigirse y que le entregue un breve mensaje. Un mensaje hecho de frases cortas, concretas, afables y confiadas. Repítalas intensamente tres o cuatro veces.

De esa forma, "algo" de usted viajará durante la noche, entregará el mensaje… tal vez reciba otro de vuelta.

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización: José Manuel (España) – Revisión y Edición Electrónica de Hernán
Rosario – Argentina
10 de Junio 2004 – 22:47